



SUMARIO

Europa: ¿pues va a ser que no?	3
7-J	6
¿Un nuevo revisionismo? ¿De veras?	9
Una vez más, sobre la camarilla derechista / 1	36
La historia se repite una vez más	96

EDITORIAL

Europa: ¿pues va a ser que no?

El batacazo plebiscitario que ha sufrido el plan de unidad europea es el síntoma evidente del cuadro de indigestión que presenta el europeísmo tras el pantagruélico festín del último periodo. La Unión Europea (UE) no sólo ha aumentado en diez miembros de un solo bocado, sino que ha situado su zona de influencia directa en las mismísimas puertas de la Casa Rusia. Esta voracidad, que no ha tenido el menor escrúpulo en zamparse de golpe (de Estado) todo un país de *naranja* como postre, aún a riesgo de ponerlo al borde de la guerra civil, ha terminado por provocar un episodio de hiperclorhidria y la consiguiente factura médica. Ahora, todo está parado porque se discute quién deberá pagarla.

Las contradicciones que carcomen al nuevo imperio

La Cumbre de junio mostró la crisis política que experimenta el proceso europeo porque puso de manifiesto la heterogeneidad de los puntos de vista sobre el carácter de la Unión entre las clases dominantes de los diversos Estados miembros. Principalmente, las desavenencias entre el eje franco-alemán e Inglaterra. Para ésta, la unidad tiene un fin netamente mercantil. Desde que la burguesía industrial ganó la batalla de la plusvalía relativa contra las *Corn Laws*, en la primera mitad del siglo XIX, el librecomercio se convirtió en la seña de identidad de la clase dirigente británica, no sólo como instrumento de forja de un imperio, sino también como el medio para mantener el valor de la fuerza de trabajo a un nivel asumible que no encareciese demasiado el soborno de las masas controladas por las *trade unions*, ni impidiese, posteriormente, la inclusión de ciertas medidas de carácter social en el modelo estatal. Ambas líneas de actuación continúan siendo hoy las que distinguen a Gran Bretaña en Europa. Con una política exterior de clara orientación atlantista, y con una política monetaria independiente del Banco Central Europeo, que mantiene la libre circulación de la Libra como divisa, garantizando la autonomía de la relación del mercado interno con el mercado internacional, y la oposición a la Política Agraria Común (PAC), que convierte en irrenunciable el *cheque* británico –so pena del retorno vengativo del espíritu de *sir* Richard Cobden–, el imperialismo inglés demuestra ante el continente que no quiere ser europeo. Por el contrario, para el más ambicioso eje franco-alemán, *padre* del proyecto europeísta, éste debe alcanzar el plano político,

lo cual exige un mayor esfuerzo porque requiere la más amplia base social posible. Así, la PAC es lo que se convierte en irrenunciable para París –so pena de la deserción en masa del campesinado francés del europeísmo–, y Berlín se salta el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (que no permite rebasar el déficit público por encima del 3% del PIB) por lo menos hasta 2007 –so pena de que la tragantona que se dio con la Alemania del este se convierta, esta vez sí, en una peligrosa indigestión que resquebraje todo el edificio institucional del Estado. Pero Alemania es la locomotora económica de Europa y debe tener pláacet, y Francia la despensa, lo cual es un argumento muy a su favor cuando se trata de la construcción de un proyecto imperialista –y, por lo tanto, expansionista– que debería incluir en el capítulo de costos la independencia en materias primas de orden estratégico sin mirar el precio. Por lo que pueda pasar.

Pues bien, es esta pirámide de consenso social en torno a la Unión lo que hace aguas. Los referendos francés y holandés han evidenciado que el pacto social sobre el que está erigida la aspiración europeísta se resquebraja. A las contradicciones en horizontal, entre las clases dominantes de los distintos Estados, se unen ahora las contradicciones de orientación vertical, entre los distintos sectores y clases sociales que sostienen la UE, fundamentalmente en el seno de aquellos Estados que han llevado el peso del proceso hasta ahora. Porque no se trata del reparto de los presupuestos o de quién contribuye más o menos, no se trata del temor al agravio comparativo en el derecho al disfrute de los fondos de cohesión y compensación. Éstos son sólo el anzuelo con que pescar para la cesta del europeísmo y del hegemonismo del gran capital monopolista a las burguesías nacionales periféricas, que con este sencillo mecanismo de beneficencia han sembrado con éxito impensable el europeísmo como discurso ideológico entre las clases subsidiarias de su entorno. Al contrario, se trata de algo mucho más serio, de la amenaza sobre la posición social de amplios sectores sociales. En particular, la pequeña burguesía y, sobre todo, la aristocracia obrera han terminado comprendiendo que pueden pagar muy caro no haber leído la *letra pequeña* del Tratado de Maastricht. Para estos sectores sociales, el problema no proviene del inspector de Hacienda, sino del *fontanero polaco* (es decir, la muy cualificada y muy barata mano de obra inmigrante); el problema consiste en que la absoluta libertad de movimientos de los factores económicos dentro de la UE de los Veinticinco significará la ruina en masa de amplios estratos de población y la caída brusca en el nivel de vida de los asalariados. Lenin decía que unos Estados Unidos de Europa eran algo imposible o reaccionario. Hasta ahora, han demostrado esto último, ser muy reaccionarios; a partir de ahora, también parecen imposibles.

¿Reformismo o internacionalismo?

La trascendencia política de los resultados de los referendos francés y neerlandés se debió a que reflejaron fielmente las contradicciones principales que hoy gobiernan el acontecer político del continente. En el Estado español, en cambio, pasó prácticamente desapercibido para la ciudadanía porque no puso de manifiesto más que contradicciones de clase secundarias. A diferencia de Europa, aquí no rige la situación la contradicción oligarquía financiera-clases medias (englobando en término tan laxo a los sectores acomodados de los asalariados y de los pequeños y medianos propietarios), sino la que existe entre los dos partidos del gran capital enfrentados dentro del bloque hegemónico (imperialismo europeísta vs. imperialismo atlantista). Lo cual dice mucho sobre el déficit en la *convergencia sociológica* con Europa y pone en evidencia el carácter subsidiario, secundario, del Estado español en el tablero europeo.

Y, por supuesto, tampoco domina el proscenio, por mucha imaginación que le eche la izquierda consentida en cualquiera de sus expresiones, la contradicción capital financiero-masas trabajadoras, como han manifestado quienes han interpretado el fiasco de las consultas como una victoria producida por la movilización autónoma de las masas populares y como la reactivación de la lucha de resistencia contra los desmanes del capitalismo neoliberal de la *Europa de los mercaderes*. Nada más descabellado. En el continente, porque fueron los sectores sociales medios instalados los que movilizaron a los sectores populares desde distintos puntos del arco político, desde el fascismo hasta la extrema izquierda, pasando por la socialdemocracia y el eurocomunismo; y, en España, porque las grandes masas se fueron ese día de fin de semana. Todos esos sectores de oposición plantean como alternativa modelos que no son más que trasposiciones ideológicas del discurso europeísta dominante articulado por el capital. Ninguna de ellas sale ni puede salirse de la dinámica eurocentrista impuesta por la cultura política del capital. La *Europa social*, la *Europa de los pueblos*, la *Europa de los trabajadores*, *de las naciones*, *de los ciudadanos*, etc., todas son repeticiones de lo mismo adecuadas ingenuamente a las necesidades concretas de cada una de las clases subalternas que las diseñan. Todas ellas quieren entrar, de alguna manera, en el reparto y compartir con el gran amo los beneficios que pueda reportar la nueva empresa imperialista. Es el modo como todas ellas manifiestan su deseo de formar parte en la amplia alianza de clases dirigida por la burguesía imperialista. Desde los más liberales hasta los más *izquierdistas*, todos tienen *in mente* una Europa que les pueda llenar los bolsillos. Todos están dispuestos a compartir la *pesada carga* de la explotación de los pueblos oprimidos y de las masas trabajadoras. Todas, excepto estas últimas, claro está.

Frente al discurso europeísta, esencialmente imperialista, la clase obrera posee un discurso propio e independiente, internacionalista. En primer lugar, porque no excluye a ninguna nación de la unión libre con otra nación, por encima de hemisferios y continentes. En segundo lugar, porque su objetivo último no se circunscribe a una región determinada del globo, sino al globo entero: la unión mundial de los pueblos libres. Este modelo sólo puede llevarse a cabo a través de la lucha de clases revolucionaria encabezada por el proletariado, que irá rompiendo la cadena imperialista mundial que somete a los pueblos sucesivamente por sus eslabones débiles, por los puntos donde se vaya fijando en cada momento la crisis desestabilizadora del sistema imperialista de relaciones internacionales. Estos eslabones, como naciones libres del yugo imperialista, se irán uniendo en una federación internacional, independientemente del lugar del planeta en que se encuentre cada una de ellas. El mejor modo de obstaculizar o impedir una Europa unida imperialista no consiste en hueras adjetivaciones alternativas ni en parches reformistas –por muchas falsas expectativas que la negativa popular en los referendos haya abierto en este sentido–, sino en empezar en el seno mismo de Europa la obra revolucionaria. Una base de apoyo de la Revolución Proletaria Mundial en el corazón de Europa. ¡Sería un magnífico comienzo!



7-J

Los poderosos del imperio se han quedado helados. Lo dijeron el primer día y luego lo acallaron. Es peligroso; mejor no difundirlo. Pero ya está aquí. El mensaje más terrible. Los suicidas de Londres eran británicos, de clases acomodadas y educados por la civilizada, cosmopolita y democrática metrópoli en la *tolerancia* y los privilegios del modo de vida occidental. Ése que Blair dice que hay que defender a toda costa; es decir, a costa de quebrar las espaldas del mundo, a costa de mantener por la fuerza las materias primas y las fuentes de energía a precios ruinosos para los pueblos, a costa de la pobreza ajena. Por descontado, se defenderá. Después de todo, es la mejor forma de que cada uno tenga claro su sitio; es la forma de que los ricos sepan dónde están los pobres y de que los pobres sepan dónde queda la riqueza; es la mejor manera de saber dónde poner la frontera, para que cada uno no olvide dónde está ni quién es. Y es así que,

aclaradas las cosas, los ricos sabrán contra quién protegerse y desde dónde vendrá el peligro. Serán pobres y de fuera. El mundo estaba organizado así y el 7-J ha destruido este mundo. Y la histeria se ha adueñado de los responsables políticos de Occidente, de los responsables de salvaguardar el modo de vida, de instalar y vigilar la frontera, de poner el brazaletе al pobre para que las personas decentes sepan cuándo deben cambiar de acera. Ahora, todo se ha trastocado. La frontera se ha esfumado. El peligro está aquí y es invisible, no lleva brazaletе. Puede ser cualquiera. El amable vecino que durante años te bajaba la bolsa de la basura puede dejarte un día una bolsa de dinamita debajo del asiento del autobús. Antes, el pobre venía saltando el Muro o la alambrada deslumbrado por nuestros escaparates. Antes, era fácil: el pobre era el terrorista. Lógico. El hambre es la madre de la desesperación. En los 70, el campesino se hacía guerrillero en África o América Latina por hambre. El miedo es la madre del odio. En los 90, el militante palestino se inmolaba debajo de los tanques sionistas cargado de bombas. Después de todo, con seguridad pronto sería asesinado por el ocupante de una forma u otra. Mejor hacerlo llevándose a algún cerdo por delante. Pero la ecuación se ha roto. El terrorista ya no es el pobre. ¿Qué está ocurriendo para que la sociedad opulenta no satisfaga ya a sus hijos? Ocurra lo que ocurra, sus consecuencias son subversivas y van derechitas al corazón del sistema de valores imperante, y quién sabe si también al del edificio social. Los suicidas han mostrado a la parte ahíta del globo, a la parte satisfecha de sí misma de la humanidad, que su mundo hedonista y materialista no responde a todas las preguntas, que algo hay inaprensible para esa comprensión pacata y corta de miras que trata como locura lo que no puede integrar en sus estrechos esquemas culturales. El suicida desesperado es un desesperado. Normal. El suicida idealista, un fanático. Locura. Algo se escapa del horizonte visual de la concepción del mundo occidental, pragmática y burguesa que forma parte esencial de la sociedad y de su progreso. El problema es que también se nos está escapando a nosotros, porque hemos terminado impregnados hasta el tuétano del espíritu posibilista que se ha ido fraguando durante décadas de oportunismo político y de rebaja constante no sólo de los ideales emancipatorios del comunismo, sino también de su programa. La vanguardia que tiene hoy día la clase obrera es indigna de quien dice representar, y no da la talla, ni de lejos, de la altura a la que han puesto el listón los destacamentos de avanzada de otras clases sociales en pie de guerra. Y no decimos que haya que ir cargado de bombas por ahí. Sólo señalamos que la escuela en la que se educan los *representantes* del proletariado es la de la molición, el perfil bajo y el consenso. Los *representantes* acompañan al rebaño y se distraen cuando éste se detiene a pacer. Son *representantes* en el pleno sentido. La pura imagen del borrego, del obrero medio, del aristócrata de manos callosas, ignorante y consumidor compulsivo de ignorancia. ¡Y algunas *vanguardias* lo llevan por honra! Tal para cual. No hemos aprendido la lección. La clase de vanguardia, en la retaguardia. ¿Será para otorgar cierta dignidad a sus *representantes*? Esta

escuela ha fracasado. Es incapaz de generar nada que levante un solo dedo contra el *statu quo*. El sindicalista, el huelguista, el *piquetero*, el voluntario... Estas especies han dominado el medio obrero, su movimiento, y se han erigido en fieles representantes, en genuinos productos suyos. Ahí está el mal. En sus mocedades, el proletariado quería incendiar la pradera desde el chispazo espontáneo de las masas. Algo chamuscaron, en verdad, la Comuna y los *soviets*. Pero esa yesca no daba para más. Esta vía de excitación de los acontecimientos revolucionarios empezó a morir con los espartaquistas alemanes y agonizó con los comités de fábrica turineses de 1920. Como residuo de las cenizas del mito quedaron el funcionario sindical y el parlamentario. Era precisa otra vara de medir diferente del movimiento y de sus altibajos. Se necesitaba algo que diera continuidad a la iniciativa revolucionaria. No esperar a que se desbordase el vaso. Contribuir a llenarlo. Lenin dio la idea. El Partido. Independiente del estado del movimiento, formado por convencidos, militantes seguros y sacrificados y, sobre todo, por *no representantes* del obrero medio. El líder de la lucha del día proyectado como *representante* ha fracasado y ha escrito una página oscura de la historia de la clase obrera. Es preciso independizarse del medio, principalmente cuando la medianía se erige en su *representante*. Es preciso superar los límites que imponen lo *ordinario*, la *normalidad* y las *reglas del juego*. El obrerismo y el economicismo en general están en bancarrota. Han martilleado nuestras cabezas con la letanía de que de la miseria sale la revolución, de que el modelo a seguir es el *líder obrero*, de que nunca se pueden superar las *posibilidades* del movimiento... Y nos han castrado. Otros nos muestran de nuevo el camino. Un camino que un día recorrimos y que volvimos a desandar. Se organizan en torno a una idea, no por necesidad. Tienen una concepción del mundo global y totalizadora como alternativa, capaz de ser enfrentada a la ideología dominante. Creen que merece la pena darlo todo. Conocen el objetivo final y cómo alcanzarlo. No vienen ni de fuera ni de abajo. Conocen a su enemigo desde sus entrañas... Ésta sí es una vanguardia digna de su clase. ¡Qué envidia! ¡Y qué tiempos...!



¿Un nuevo revisionismo? ¿De veras?

Hoy, cuando la vanguardia del proletariado comienza a despertar y una parte de ella se reclama del marxismo-leninismo a través de una defensa de los principios fundamentales de la ideología proletaria, muchos de quienes enarbolan la bandera de lucha contra el revisionismo más descarado, no hacen sino encubrir y profundizar en su propio revisionismo, camuflándolo como ortodoxia, defensa férrea del comunismo, etc. Buena prueba de ello es el texto del PCOE aparecido en *Análisis n° 3* de septiembre de 2004, titulado *¿Un nuevo revisionismo?*, que pretende ser una contribución a la lucha contra éste y un intento de dar lustre, en concreto al término y concepto de dictadura del proletariado.

Acerca del revisionismo

Sin embargo, ya desde el principio se comienza tergiversando el origen y desarrollo del revisionismo y se finaliza, *de facto*, negando la dictadura del proletariado; ya desde la primera línea se trata de que el mismo Lenin sentencie su incompreensión, o, peor aún, su tergiversación sobre el origen y desarrollo del revisionismo, que es considerado como “un fenómeno universal que toma vida en condiciones especiales, las que el capitalismo transita, más menos pacíficamente [*sic*]”. Por el contrario, Lenin, en su opúsculo *Marxismo y revisionismo*, nos informa:

“Pero cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos integrales que le eran hostiles, las tendencias que en ellas se albergaban comenzaron a buscar otros caminos. Las formas y las causas de la lucha cambiaron, pero la lucha continuó. Y el marxismo comenzó su segundo medio siglo de existencia (década del 90 del siglo pasado [del siglo XIX]) enfrentando una corriente hostil en el mismo marxismo. [...]”

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Continúa luchando ya no en su propio terreno, sino en el del marxismo, como revisionismo.”¹

Donde queda claro que el revisionismo surgió tras la victoria del marxismo sobre el resto de corrientes a las que se enfrentaba por la hegemonía ideológica entre la vanguardia de la revolución. A partir de ahí, el revisionismo ha proliferado en el seno del marxismo, desde corrientes o interpretaciones ajenas a éste, hasta que, tras un prolongado periodo de socavamiento de los principios marxistas-leninistas, acaba por hegemonizar la ideología del proletariado después

¹ Lenin, V. I.: *Obras Completas*. Editorial Progreso. Moscú, 1983, tomo 17; págs. 18 y 19.

de la muerte de Stalin. Y desde entonces, a pesar de su bancarrota, escenificada con la caída del Muro de Berlín, es la ideología dominante entre la vanguardia de la clase obrera.

Por así decirlo, hoy nos encontraríamos en un periodo similar (salvando las diferencias históricas) al descrito por Lenin en *Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo*, en el cual, después del periodo de auge de la revolución de 1905, el proletariado ruso y su vanguardia revolucionaria caen en la “sumisión”, el “arrepentimiento” y la “pasión por las doctrinas antisociales, místicas”². Lenin indica que este cambio brusco de las posiciones políticas del proletariado revolucionario eran debidas a la incompleta asunción de la teoría marxista.

“Millones de seres, despertados de pronto de un largo sueño, colocados de súbito ante problemas importantísimos, no podían mantenerse mucho tiempo a esa altura, no podían avanzar sin interrupciones, sin retornar a las cuestiones elementales, sin una nueva preparación que les ayudara a ‘digerir’ las enseñanzas, sin precedente por su valor, y a poner a una masa incomparablemente más amplia en condiciones de avanzar de nuevo, pero ya de un modo mucho más seguro, mas consciente, con mayor confianza y con mayor consecuencia.”³

La oportunidad de esta cita reside en la comparación de dos momentos históricos de máxima importancia para la clase obrera. En la época actual nos encontramos en una coyuntura de mayor calado histórico que la descrita por Lenin, tanto en lo referente a la derrota ideológica, como a su localización, puesto que la derrota de 1905 no afectó a la línea ideológica y política de los marxistas revolucionarios rusos, y su carácter más local que universal trajo una revisión del marxismo que no afectaba a toda su cosmovisión. Sin embargo, la derrota sufrida por el comunismo en el anterior ciclo revolucionario (1917-1991)⁴, le confiere a

² Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 20, pág. 92.

³ *Ibidem*.

⁴ Sobre la profundidad de la derrota y las tareas inmediatas de la vanguardia, véase: *Stalin. Del marxismo al revisionismo*, del Colectivo Fénix:

“De este modo, recuperar la esperanza es recuperar el marxismo como doctrina de interpretación y de comprensión del mundo, y como instrumento teórico para una nueva época de praxis revolucionaria. En la actualidad, la primera tarea de la vanguardia, la tarea más urgente, no consiste en dirigir su atención hacia las necesidades inmediatas de las masas, ni en organizar sus luchas económicas, ni en tratar de dar continuidad a sus movimientos espontáneos allá donde quiera que surjan; la tarea de la vanguardia no es de naturaleza económica, ni siquiera ahora mismo de naturaleza política: **la tarea es ideológica**, y consiste en derrotar el espíritu de la época, el espíritu de la reacción burguesa que atenaza la conciencia de los hombres, empezando por restaurar el legado moral de la Revolución de Octubre, recuperando la idea de que la emancipación es

ésta un carácter universal que afecta a todos los planteamientos de fondo de nuestra ideología. Estas circunstancias nos obligan a hacer una revisión crítica (balance) de todo el anterior ciclo revolucionario, fundamentalmente de los aspectos ideológicos que lo conformaron (reconstitución ideológica del comunismo) y políticos; sobre todo, lo referente a la construcción de partidos comunistas (Reconstitución del Partido Comunista).

“El reflejo de ese cambio ha sido una profunda disgregación, la dispersión, vacilaciones de todo género, en una palabra, una crisis *interna* sumamente grave del marxismo. La resistencia decidida a esa disgregación, la lucha resuelta y tenaz en pro de los *fundamentos* del marxismo se ha puesto de nuevo a la orden del día. Capas extraordinariamente amplias de las clases que no pueden prescindir del marxismo al formular sus tareas, lo habían asimilado en la época precedente de un modo extremadamente unilateral, deforme, aprendiéndose de memoria unas u otras ‘consignas’, unas u otras soluciones a los problemas tácticos y *sin comprender* los criterios marxistas que permiten valorar esas soluciones. La ‘revisión de todos los valores’ en las diversas esferas de la vida social ha conducido a la ‘revisión’ de los fundamentos filosóficos más abstractos y generales del marxismo. La influencia de la filosofía burguesa en sus más diversos matices idealistas se deja sentir entre los marxistas en forma de epidemia machista⁵. La repetición de ‘consignas’ aprendidas de memoria, pero no comprendidas ni meditadas, ha conducido a una amplia difusión de la fraseología huera, concretada de hecho en tendencias que no tienen nada de

posible, de que los ideales de libertad, igualdad y fraternidad pueden ser de verdad los pilares sólidos de una sociedad futura. La vanguardia debe luchar por recuperar y extender la idea de que, en efecto, *otro mundo es posible*, pero sólo si lo construye el proletariado revolucionario; debe recuperar y extender el viejo espíritu de la Revolución de Octubre y fundamentarlo científicamente, en definitiva, *dar a la esperanza fundamento científico*. En estos momentos, el campo de batalla está situado en la esfera de la conciencia o, al menos, en el terreno que pisa el sector social que es la expresión genuina y material de esa conciencia, por lo que a las masas trabajadoras se refiere. La tarea más urgente hoy, y por la que debe comenzar toda obra digna de considerarse revolucionaria, consiste en rescatar el último valor revolucionario que quedaba del legado de Octubre, perdido finalmente con la crisis del revisionismo moderno y con el colapso del sistema político imperante en los llamados *países del Este*, a saber, **la revolución proletaria como referencia política**. La vanguardia debe, hoy, aglutinar a los sectores más avanzados y más conscientes de la clase obrera en torno a este objetivo para construir los instrumentos políticos necesarios para alcanzarlo.” (LA FORJA, n° 28, diciembre de 2003, pág. 28).

⁵ Corriente filosófica idealista subjetivista que recibe el nombre de uno de sus fundadores, Ernest Mach, quien también fue un de los fundadores del *empiriocriticismo*, duramente criticado por Lenin en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*.

marxistas, en tendencias pequeñoburguesas como el ‘otzovismo’⁶ abierto o tímido, o como el reconocimiento del ‘otzovismo’ en calidad de ‘matiz legítimo’ del marxismo.”⁷

Hoy, como en aquella época, vuelve ha estar en el orden del día “*la lucha resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo*”, pero, también, como en la citada época, existen grupos (PCOE entre ellos) que tratan de luchar en pro de esos fundamentos del marxismo, “*sin comprender los criterios marxistas*” que permiten valorar aquellas consignas (lucha contra el revisionismo y dictadura del proletariado), adoptando un criterio pequeñoburgués en la valoración y defensa de estos “*fundamentos*”, y por lo tanto, negándose la posibilidad de ser vanguardia efectiva del proletariado. Hoy, como entonces, se puede deducir fácilmente que el revisionismo **en parte** es fruto de la incompleta asimilación alcanzada por la vanguardia del socialismo científico, esto es, (en nuestra época) del marxismo-leninismo; lo cual, a su vez, pone de manifiesto que a la lucha de dos líneas por la reconstitución ideológica del comunismo aún le queda mucho camino por andar; y además pone en evidencia la incorrecta política de formación de cuadros comunistas, y la consiguiente línea de elevación de la clase hacia su vanguardia.

Por otra parte, afirmar que el revisionismo se manifiesta cuando el capitalismo discurre pacíficamente, es una manifiesta tergiversación o incompreensión de lo expuesto por Lenin, que habla, en realidad, del desarrollo pacífico de la lucha de clases del proletariado:

“El derrumbe de la II Internacional es el derrumbe del oportunismo socialista, el cual ha crecido como producto de la anterior época ‘pacífica’ en el desarrollo del movimiento obrero. Esta época enseñó a la clase obrera a utilizar medios de lucha tan importantes como el parlamentarismo y todas las posibilidades legales para crear organizaciones de masas económicas y políticas, una prensa obrera ampliamente divulgada, etc.; por otro lado, esta época creó una tendencia a negar la lucha de clases y a predicar la paz social, a negar la revolución socialista, a negar en principio las organizaciones ilegales, a reconocer el patriotismo burgués, etc. Ciertas capas de la clase obrera (la burocracia del movimiento obrero y la aristocracia obrera, quienes recibieron de la burguesía migajas de las ganancias obtenidas con la explotación de las colonias y de la posición privilegiada de su ‘patria’ en el mercado mundial), así como los compañeros de ruta pequeñoburgueses dentro de los partidos socialistas se han mostrado

⁶ *Otzovismo*: se trataba de una corriente oportunista-liquidacionista surgida entre los bolcheviques, que se caracterizaba por negarse a desarrollar formas de lucha legales y realizar trabajos revolucionarios en las organizaciones de masas.

⁷ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 20, pág. 93.

como el principal soporte social de estas tendencias y como los conductores de la influencia burguesa en el proletariado.”⁸

Y aproximadamente un año después se manifiesta en términos similares:

“El carácter relativamente ‘pacífico’ del período comprendido entre 1871 y 1914 ha alimentado el oportunismo, primero como *estado de ánimo*, luego como *tendencia* y, finalmente, como *grupo o sector* de burocracia obrera y compañeros de ruta pequeñoburgueses. Sólo pudieron tales elementos subordinar el movimiento obrero reconociendo de palabra los objetivos revolucionarios y la táctica revolucionaria. Sólo pudieron conquistar la confianza de las masas jurando que todo el trabajo ‘pacífico’ no era sino una *preparación* para la revolución proletaria. Esa contradicción era un tumor que alguna vez había de reventar y ha reventado. Ahora toda la cuestión consiste en decidir si, como hacen Kautsky y Cía., hay que intentar introducir nuevamente ese pus en el organismo, en aras de la ‘unificación’ (con el pus), o si, para contribuir a la completa curación del organismo del movimiento obrero, es menester eliminar esa podre del modo más rápido y cuidadoso, aunque este proceso produzca temporalmente agudo dolor.”⁹

Las citas de Lenin nos informan claramente de que no debemos identificar la lucha de clases del proletariado, que comprende todos los aspectos de su vida política, económica, social, etc., bien sea ésta pacífica o no, con las luchas por reivindicaciones económicas de la clase obrera. Ni mucho menos con las acciones militares que la burguesía realiza como guerras de rapiña imperialista, y que ésta puede realizar con una relativa paz social (lucha de clases reivindicativa), como es el caso actual, donde el proletariado, a través de su oposición a la guerra (una de las manifestaciones de su lucha de clases) no consiguió alterar en lo más mínimo los planes del imperialismo, clara muestra del desarrollo pacífico que atraviesa la lucha de clases a pesar de lo multitudinarias que fueron.

En los períodos de aguda lucha de clases, además del oportunismo derechista, el revisionismo encuentra otros cauces para intentar desviar al proletariado de sus objetivos históricos, aunque en este caso disfrazado de ultraizquierdismo (basta recordar los episodios protagonizados por Trotsky, Bujarin en su etapa de *comunista de izquierda*, etc., durante la edificación del socialismo en la URSS). Si no se advierte y educa a la clase sobre este *revisionismo de izquierdas* se la deja desarmada frente a sus enemigos de clase, pues da pie a relajar la vigilancia ideológica en los periodos más comprometidos de su lucha de clases, en la revolución y en la construcción del socialismo,

⁸ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 26, págs. 171 y 172.

⁹ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 27, págs. 124 y 125.

abriendo las puertas a cualquier tendencia seudorevolucionaria con tal de que se autodenomine marxista o revolucionaria.

Quizás, para concluir, al menos de momento, este somero análisis sobre las causas y el cuándo del revisionismo, convendría repasar el siguiente párrafo de Lenin, de capital importancia para comprenderlo, identificarlo y combatirlo con éxito:

“Finalmente, una causa muy importante de discrepancias entre los militantes del movimiento obrero reside en los cambios de táctica de las clases dominantes, en general, y de la burguesía, en particular. Si la táctica de la burguesía fuese siempre igual, o, por lo menos, del mismo tipo, la clase obrera aprendería rápidamente a responder a ella con una táctica también igual y del mismo tipo. Pero, de hecho, la burguesía en todos los países establece, inevitablemente, dos sistemas de gobierno, dos métodos de lucha por sus intereses y en defensa de su dominio, métodos que van alternándose o que se entrelazan en distintas combinaciones. Es, en primer término, el método de la violencia, el método que no admite concesión alguna al movimiento obrero, el método que apoya a todas las instituciones viejas y ya caducas, el método que rechaza rotundamente las reformas. Esta es la esencia de la política conservadora, que, en Europa Occidental, es cada vez menos, la política de las clases terratenientes para convertirse cada vez más en una de las variedades de la política general burguesa. El segundo método es el del ‘liberalismo’, el de los pasos hacia el desarrollo de los derechos políticos, hacia las reformas, las concesiones, etc.

Cuando la burguesía pasa al empleo de uno u otro método, no lo hace obedeciendo al cálculo perverso de personas aisladas, ni tampoco por mera casualidad, sino en virtud del carácter profundamente contradictorio de su propia situación. Una sociedad capitalista normal no puede desarrollarse con éxito sin un régimen representativo consolidado, sin conceder ciertos derechos políticos a la población, que no puede dejar de distinguirse por sus exigencias ‘culturales’ relativamente elevadas. Esta exigencia de un nivel cultural mínimo es originada por las condiciones del propio modo capitalista de producción, con su técnica elevada, su complejidad, flexibilidad, movilidad, rapidez en el desarrollo de la competencia mundial, etc. Las oscilaciones en la táctica de la burguesía, la transición del sistema de la violencia al de las supuestas concesiones, son propias, por lo mismo, de la historia de todos los países europeos durante el último medio siglo, con la particularidad de que, en determinados períodos, los distintos países recurren con preferencia a uno u otro método. Por ejemplo, Inglaterra era en las décadas del 60 y 70 del siglo XIX el país clásico de la política ‘liberal’ burguesa; Alemania, en las décadas del 70 y 80, aplicaba el método de la violencia, etc.

Cuando en Alemania imperaba dicho método, el eco unilateral de este sistema de gobierno burgués fue el incremento del anarcosindicalismo, o, como lo llamaban entonces, del anarquismo en el movimiento obrero (los

‘Jóvenes’,¹⁰ al principio de la década del 90, Johann Most a comienzos de la del 80). Cuando en 1890 se produjo el viraje hacia las ‘concesiones’, éste resultó ser, como siempre, aún más peligroso para el movimiento obrero, engendrando un eco igualmente unilateral del ‘reformismo’ burgués: el oportunismo en el movimiento obrero. ‘La finalidad positiva, real, de la política liberal de la burguesía –dice Pannekoek– es la de desorientar a los obreros, sembrar la escisión en sus filas, transformar su política en un apéndice impotente, de la siempre impotente y efímera política del supuesto movimiento reformista’.

No pocas veces la burguesía logra sus objetivos, durante cierto tiempo, por medio de la política ‘liberal’, que es, como observa con razón Pannekoek, la política ‘más astuta’. Parte de los obreros, parte de sus representantes, se deja engañar a veces por las aparentes concesiones. Los revisionistas declaran ‘anticuada’ la doctrina de la lucha de clases o comienzan a aplicar una política que, de hecho, significa una renuncia a la lucha de clases. Los zigzags de la táctica burguesa intensifican el revisionismo en el movimiento obrero y muchas veces provocan en el seno de éste discrepancias que llevan hasta la escisión.”¹¹

Donde queda meridianamente claro que el revisionismo medra en los cambios de situación que la burguesía genera en su devenir contradictorio: cuando ésta genera reacción, por *el miedo a provocar mayor reacción*, por *salvaguardar las conquistas arrancadas*, por *preservar a la vanguardia*, etc., siempre encontrará cualquier excusa para frenar la lucha de clases del proletariado; y cuando admite reformas, porque *las reformas lo son todo*, porque *éstas permitirán profundizar la democracia*, porque *supondrán mejoras económicas para la clase*, porque *los tiempos han cambiado*, y *ya se ha conjurado el peligro de la reacción*, etc.. En definitiva, que en periodos como los que vivimos (alternancia entre reacción –PP– y el reformismo burgués –PSOE–) el revisionismo penetra en las filas de la vanguardia proletaria con una u otra excusa, y por lo tanto hay que estar siempre vigilante y combatiente frente a él, puesto que se trata de una manifestación más de la lucha de clases del proletariado, que le acompaña hasta la extinción de las clases en el Comunismo.

Por lo demás, el resto del documento se caracteriza por asumir la misma postura que crítica, esto es, sembrar la confusión sobre la dictadura del

¹⁰ Los "Jóvenes": denominación que se dio a un grupo pequeñoburgués y semianárquico surgido en 1890 entre los socialdemócratas alemanes. Su núcleo principal lo constituían jóvenes escritores y estudiantes (de ahí procede su nombre). El grupo se pronunciaba contra la participación de la socialdemocracia en el Parlamento. Engels llamó a los "jóvenes" "héroes de palabras revolucionarias", los cuales intentaban descomponer el partido mediante "disensión interna e intrigas". En octubre de 1891, el Congreso de Erfurt de la socialdemocracia alemana expulsó del partido a los "jóvenes".

¹¹ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 20, págs. 71 y 73.

proletariado. Para ello utiliza como pantalla los ya archiconocidos términos, desgastados por el revisionismo, de “democracia directa” y “democracia representativa”, tratando de convencernos de que la única diferencia entre la dictadura burguesa y la proletaria estriba en la clase que la ejerce, independientemente de sus formas políticas; con ello no hace más que incurrir en un revisionismo, si cabe, más peligroso que el criticado, al reconocer de palabra los principios revolucionarios, en este caso la dictadura del proletariado, pero negándolos o revisándolos en la práctica, al no poner de manifiesto las profundas diferencias que existen entre una dictadura y otra. Porque, como cualquier marxista sabe, no existen **formas políticas** neutrales, sino que históricamente éstas se van articulando para servir a los intereses de las clases que detentan el poder, y conforme la clase en el poder perdura, va instrumentalizando esta maquinaria política para garantizar su dictadura. Y fruto de la permanencia de la burguesía en el poder es el parlamentarismo, perfeccionado durante toda la época histórica de su dictadura, hasta nuestros días, donde parece haber adquirido ese carácter que lo sitúa por encima de las clases y como algo aparte de la sociedad civil, como señalara Engels.¹² En cambio, el proletariado debe instaurar un aparato político que le permita ejercer su dictadura, pero cuyo perfeccionamiento sea su propia extinción. En cualquier caso, sólo puede hablarse de democracia en una sociedad de clases, en una sociedad donde una clase ejerce su dictadura contra otra, cuando se trate de la **dictadura de la mayoría** –de los explotados– sobre la minoría –de los explotadores–; es decir, la dictadura del proletariado, el socialismo:

“[Marx] coloca sencillamente juntos dos conceptos: ‘la transformación del proletariado en clase dominante’ y la ‘conquista de la democracia’.”¹³

Por lo tanto, nos encontramos con dos elementos contradictorios de una unidad dialéctica: la democracia proletaria y la dictadura proletaria, que, por una

¹² “Así, pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera de la sociedad; tampoco es ‘la realidad de la idea moral’, ‘ni la imagen y la realidad de la razón’, como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del ‘orden’. Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado”. (Engels, Federico: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Editorial Planeta-Agostini. Barcelona, 1992; pág. 290.

¹³ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, pág. 89.

parte, han de ser continuación de lo anterior, no olvidemos que la sociedad socialista se construye sobre las cenizas de la sociedad capitalista¹⁴, y, por otra, han de ser superación de ésta. Intentemos pues, analizar estos dos aspectos de la contradicción y su relación e interpenetración.

La democracia en el socialismo

La democracia, en una sociedad de clases, es una forma secundaria de relación, subordinada a otro tipo de constituciones políticas que crean las clases en sus relaciones internas y externas, siendo tanto la democracia griega como la burguesa simples mixtificaciones ideológicas. Así, en la sociedad griega, la democracia era la forma de relación política de una clase minoritaria, la de los libres, cuya relación principal frente al resto de la sociedad era el esclavismo. Por su parte, la democracia burguesa es pura apariencia, el mejor ejemplo de democracia formal, la cual de palabra reconoce derechos a todas las clases, pero en la práctica sólo permite que los ejerza una minoría, la de los explotadores, siendo la relación principal de la sociedad la explotación del trabajo asalariado. Sin embargo, la democracia en el socialismo, por el contrario, es la relación fundamental¹⁵, puesto que la ejerce la mayoría de la sociedad, y es esta forma de democracia la que posibilita su extinción en el comunismo, al permitir el pleno desarrollo de la lucha de clases. Por tanto, es **en el socialismo donde la democracia alcanza su fase superior**.

Pues bien, si la democracia proletaria es la forma superior de democracia y además se ha de construir sobre las bases de algo anterior, esto implica que la democracia proletaria ha de encontrar sus fundamentos en la democracia burguesa; pero sería un craso error creer que estos fundamentos los encontraremos en las formas parlamentarias actuales de ésta democracia. Debemos buscarlos en las formas más desarrolladas, más elevadas alcanzadas por la burguesía en su historia, esto es, cuando aún era revolucionaria. Para ello, deberemos remontarnos a la época de la revolución francesa, cuando la burguesía, en su camino de ascenso al poder se ve obligada a desarrollar lo que hasta ahora ha sido su mayor aporte revolucionario. En la época inmediatamente anterior a ese acontecimiento histórico surgen las dos concepciones burguesas del Estado: el **democratismo** pequeño-burgués teorizado y defendido por Rousseau y el **liberalismo** gran-burgués, formulado por Hobbes, Locke y Kant, y auspiciado por

¹⁴ Marx, Carlos: *Crítica del programa de Gotha*. Ed. Ricardo Aguilera. Madrid, 1971; pág. 21.

¹⁵ "Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza, o sea, exclusión de la democracia, para los explotadores, para los opresores del pueblo: tal es la modificación que experimentará la democracia durante **la transición** del capitalismo al comunismo". Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, pág. 91.

los ilustrados franceses Voltaire, Montesquieu, etc. Ambos coinciden en el punto de partida, **el origen de la soberanía**:

“Antes de la creación del Estado no habría más que individuos en estado de Naturaleza, los cuales deciden libremente entrar en la sociedad civil al **mismo tiempo** que se someten a la autoridad política por ellos creada [...]. El Estado es un poder pactado [mediante un **“contrato social”** entre los individuos que forman la comunidad].”¹⁶

Pero inmediatamente después discrepan en cuanto al objeto de **imputación de la soberanía**, residiendo, para el modelo liberal en la **“Nación”** y para el democratismo en el **“Pueblo”**.

“Para el dogma de la soberanía nacional, la Nación se concibe como un sujeto unitario e indivisible compuesto de individuos, pero distinto a la suma o agregado de éstos. La soberanía no reside en todos y en cada uno de los nacionales, sino en el sujeto unitario Nación. Para el dogma de la soberanía popular, en cambio, el Pueblo no sólo se compone de individuos, sino que no es más que la suma o conjunto de estos. La soberanía reside, para esta concepción, en todos y cada uno de los individuos que componen el pueblo.”¹⁷

Por consiguiente:

“[La Nación es] un **sujeto incorpóreo, carente de toda realidad empírica**. Se trata de una ficción a la que recurre la teoría liberal o liberal democrática para fundamentar el Estado y para estructurarlo internamente. La voluntad de la Nación es, y no puede dejar de ser, unitaria, precisamente, para ser una voluntad no real, sino supuesta, independiente y no necesariamente coincidente con las voluntades de los individuos que componen la Nación”¹⁸.

“Por el contrario [...], el Pueblo se identifica con la población realmente existente, con el conjunto de individuos que lo forman. No es un ente ficticio, sino **un ser de efectiva presencia y existencia**. Precisamente, el problema de unificar la voluntad del Pueblo radica en éste su carácter real y empírico. Se trata de una voluntad que es –y debe ser– verificable”¹⁹.

¹⁶ Varela Suanzes-Carpegna: *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cadiz)*. Ed. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1983; pág 69.

¹⁷ *Ibídem*, págs. 190 y 191.

¹⁸ *Ibídem*, pág. 191.

¹⁹ *Ibídem*, pág. 192.

La divergencia de criterio a la hora de asignar la soberanía repercute de una manera más que notoria a la hora de establecer un **sistema representativo** para articular el Estado:

“[...] al ser la Nación un sujeto ideal, carente de existencia empírica [...] el vínculo que une a los representantes con el sujeto representado, la Nación, no puede considerarse como un mandato, ni siquiera como delegación, sino solamente como Representación, o, si se quiere, como **mandato representativo**. [...] Pero en el sistema representativo son precisamente los representantes quienes crean la voluntad nacional, [...]. En consecuencia, a) los diputados se conciben como representantes de la Nación en su totalidad, y no del distrito que los elige, ni de los electores que han participado en la elección [...]. b) [Además], únicamente a la Nación corresponde controlar la actividad de sus representantes [...].”²⁰

En cambio, para la otra concepción, para la democratista:

“En virtud del principio de soberanía popular se excluye la idea misma de Representación. [...]. La Democracia, como sistema de gobierno que persigue la identidad entre el sujeto y el objeto del poder, entre el titular y el ejercitante del mismo, es refractaria a cualquier instancia mediadora –en realidad, separadora– entre uno y otro. [...]. En virtud del principio de soberanía popular este autor [Rousseau] deduce que el sistema de gobierno auténticamente democrático no puede ser más que la democracia directa. Sin embargo, sabido es también que, merced a las dificultades materiales para implantar el ejercicio directo del poder, se ve **obligado** a admitir un sistema de gobierno que, si en puridad no puede calificarse de representativo, es al menos indirecto. No obstante, en este sistema de ‘democracia indirecta no representativa’, denominación que bien podría emplearse para designar la forma de gobierno por él sugerida, la fidelidad a los principios esenciales sustentados en el ‘Contrato Social’ no se altera, puesto que las voluntades soberanas permanecen inalienadas, como él mismo había insistido. Los diputados no serían representantes, sino simples comisarios del pueblo soberano. Por ello, del principio de soberanía popular expuesto por este autor [...] cabe constituir toda una teoría de la Representación –o, en rigor, de la no-Representación–, que se caracteriza por las siguientes notas. En primer lugar, en lo que concierne a la naturaleza jurídica del vínculo que liga al diputado con el Pueblo, ésta se asemeja a la del **mandato imperativo**. De esta naturaleza jurídica se derivan, a su vez, las consecuencias siguientes: a) El diputado actúa en nombre de sus electores, y a ellos se subordina. b) Esta subordinación implica que los electores pueden dictarle al diputado las directrices que debe seguir. c) El diputado puede ser revocado en todo momento y sustituido por otro. d) Para

²⁰ *Ibidem*, págs. 199 y 200.

que sea válido el acuerdo tomado por el diputado los electores pueden exigir que sea ratificado por ellos.”²¹

El antagonismo entre la doctrina liberal y la democrática es absoluto. El modelo liberal basado en la soberanía nacional hace revertir la soberanía, el poder efectivo, en el “texto constitucional”, en el aparato del Estado, compuesto de funcionarios y representantes. Este modelo ha constituido **un gran timo histórico que la burguesía ha rentabilizado durante casi cien años consistente en vender al pueblo por Democracia lo que en realidad no es más que Liberalismo más Sufragismo (parlamentarismo)**. La democracia, por el contrario, impide la enajenación de la soberanía del pueblo, garantiza el **poder del pueblo organizado**.

Con esto queda demostrado que los fundamentos **formales** sobre los que se erige la democracia socialista son los heredados de la democracia pequeño-burguesa, los fundamentos del democratismo radical de Rousseau. Y no podía ser de otra manera, pues los presupuestos de los que parte éste para construir su sistema no pueden tomar cuerpo real sino en la época de la revolución proletaria, en la era de la revolución socialista que inauguró Lenin: **el pueblo organizado y autoconsciente, que son las condiciones necesarias para hacer realidad el concepto de soberanía popular**.

Pues bien, es a partir de aquí cuando comienza la divergencia entre el modelo del democratismo de Rousseau y la continuidad de éste en el socialismo, cuando las formas jurídicas que dicho modelo enarbola no son suficientes para garantizar que el ejercicio de la democracia conduzca a la extinción de las clases, cuando a pesar de ser necesarias no son suficientes, cuando son necesarias además del pueblo organizado y autoconsciente las medidas efectivas que garanticen el ejercicio del poder por el pueblo. **Y esto es lo que consigue la dictadura del proletariado** a través de su ejercicio (el otro aspecto de la unidad dialéctica), como Lenin nos irá mostrando.

“En tanto que las viejas constituciones democráticas burguesas exaltaban, por ejemplo, la igualdad formal y el derecho de reunión, nuestra Constitución soviética, proletaria y campesina rechaza la hipocresía de la igualdad formal.”²²

¿Por qué?; porque:

“Bien poco vale la ‘libertad de reunión’ para los obreros y campesinos cuando los mejores edificios están en poder de la burguesía. Nuestros Soviets **han arrebatado** a los ricos todos los buenos edificios de la ciudad y

²¹ Ibídem, págs. 195 y 196.

²² Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 37, pág. 64.

del campo, **entregándoselos totalmente** a los obreros y campesinos para uso de **sus asociaciones y asambleas. ¡Esa es nuestra libertad de reunión...** para los trabajadores!; Ese es el sentido y el contenido de nuestra Constitución soviética, de nuestra Constitución socialista!”²³

Esta realización efectiva del derecho de reunión para la mayoría significa que los derechos que tanto carece la burguesía de una manera formalista y abstracta, sólo se hacen realidad, se llenan de contenido, cuando es la mayoría la propietaria de los instrumentos reales y concretos que permiten su ejercicio. Esto es, cuando se expropia a la burguesía de esos lugares, además de los medios de producción. La expropiación es también, por tanto, el único camino para el ejercicio de la democracia proletaria. Lo que significa que no hay realización efectiva de los derechos si no es el propio pueblo quien toma la responsabilidad de hacerlos reales. Por lo tanto, **democracia real significa revolución (o sea, dictadura del proletariado)**.

Pero la realización de este derecho burgués, por sí mismo, no tiene ningún sentido si no se subordina a otro superior, al ejercicio del **poder directo de las masas**.

“Considerada en conjunto, la diferencia entre la democracia burguesa y el parlamentarismo, por un lado, y la democracia soviética o proletaria, por otro, se reduce a que la primera desplaza el centro de gravedad del problema a la solemne y ostentosa proclamación de toda suerte de libertades y derechos sin permitir, de hecho, que la mayoría de la población, los obreros y campesinos, gocen de ellos en forma algo satisfactoria. Por el contrario, la democracia proletaria o soviética no traslada el centro de gravedad a la proclamación de los derechos y libertades de todo el pueblo, sino a la **participación real de las masas trabajadoras**, antes oprimidas y explotadas por el capital, **en la administración del Estado**, les asegura la utilización real de los mejores edificios e instituciones para reunirse y celebrar sus congresos [...].”²⁴

Es decir, la realización efectiva de los derechos es el presupuesto necesario para el gobierno efectivo de las masas.

“Los Soviets [es decir, **el pueblo trabajador ruso reunido y asociado**] son la organización directa de los trabajadores y de las masas explotadas, a los que da toda clase de **facilidades** para organizar por sí mismos el Estado y gobernarlo de todos los modos posibles [...]. La organización soviética **facilita automáticamente el agrupamiento de todos los trabajadores y explotados alrededor de su vanguardia, el proletariado**. El viejo aparato

²³ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 37, pág. 65.

²⁴ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 38, pág. 102 (Lo destacado es nuestro. –N. de la Redacción).

burgués, la burocracia, los privilegios de la fortuna, de la instrucción burguesa, de las relaciones, etc. –privilegios de hecho, tanto más variados cuanto más desarrollada está la democracia burguesa–, quedan descartados totalmente con la organización soviética.”²⁵

Por lo tanto, la democracia de los trabajadores manifiesta su superioridad en que procura el ejercicio del poder del pueblo haciendo efectivos los derechos de **libertad de reunión y asociación**, como premisas para la **asociación sistemática y sistematizada de las masas para el ejercicio directo de su poder**.

“**El poder soviético**, por primera vez en la historia, no sólo **facilita en todos los aspectos la organización de las masas** que estaban oprimidas bajo el capitalismo, sino que **hace de esta organización el fundamento permanente e imprescindible de todo el aparato del Estado**, de abajo arriba, local y central. Sólo de esta manera es posible asegurar en la práctica la democracia para la mayoría de la población, es decir, la **participación efectiva de la gigantesca mayoría del pueblo** –precisamente los trabajadores– **en la administración del Estado** en lugar de la función dirigente que, en realidad, ejercen en el Estado más que nada las clases burguesas, como ocurre en las repúblicas burguesas más democráticas.”²⁶

Resumiendo, la democracia proletaria se basa primero en la **realización efectiva del derecho de reunión y asociación**, lo cual sólo es posible a través de la **expropiación de los locales y medios** necesarios para ello, lo que implica que **la democracia para el proletariado sólo es posible mediante la revolución**; segundo, en la **organización de las masas** en base a la realización de los derechos efectivamente conquistados, y tercero en el **ejercicio del Poder directo** por las masas, o lo que es lo mismo, la **administración del Estado por las masas organizadas**. Pues bien, la superioridad de la democracia socialista reside en la estrecha unidad de estos tres principios, cuando el pueblo, reunido en asamblea, puede ejercer directamente el Poder. Y es por ello que la forma de elección de los representantes del pueblo haya de tener un carácter indirecto y que éstos sean revocables en cualquier momento.

“Las elecciones indirectas a los Soviets que no son locales hacen más fáciles los congresos de los Soviets, hacen que toda la administración sea menos costosa, más ágil, esté más al alcance de los obreros y de los campesinos en un período en que la vida se encuentra en efervescencia y es necesario que los electores puedan proceder con especial rapidez para revocar a su diputado local o enviarlo al Congreso general de los Soviets.”²⁷

²⁵ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 37, pág. 265.

²⁶ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 38 pág. 99 (Lo destacado es nuestro. –N. de la Redacción).

²⁷ Lenin, V. I.: *O. C.* t. 37 págs. 265 y 266.

Sólo la elección directa de los representantes inmediatos permite su revocación y, por consiguiente, sólo la elección indirecta de los representantes del pueblo, los que se sitúan en la cúpula del Estado, a través de los sucesivos representantes intermedios, permite, igualmente, su revocación.

“El carácter socialista de la democracia soviética –es decir, **proletaria**, en su aplicación concreta, presente– consiste, primero, en que los electores son las masas trabajadoras y explotadas, quedando excluida la burguesía; segundo, en que desaparecen todas las formalidades y restricciones burocráticas en las elecciones: las propias masas determinan las normas y el plazo de las elecciones gozando de plena libertad para revocar a los elegidos; tercero, en que se crea la mejor organización de las masas de la vanguardia trabajadora, del proletariado de la gran industria, la cual permite dirigir las más vastas masas explotadas, incorporarlas a una vida política independiente y educarlas en el aspecto político, basándose en su propia experiencia; en que, de este modo, se aborda por primera vez la tarea de que aprenda a gobernar y comience a gobernar realmente **toda** la población.

Tales son los principales rasgos distintivos de la democracia aplicada en Rusia, que constituye **un tipo superior de democracia**, que significa la ruptura con la deformación burguesa de la misma y el paso a la democracia socialista y a condiciones que permitan el comienzo de la extinción del Estado.”²⁸

Y aquí encontramos el último elemento que caracteriza la concepción proletaria de la democracia, que no es otro que el de crear las condiciones para la **extinción del Estado**. Pues la **forma** de representación del pueblo –si ésta es a través de la elección indirecta– contiene la posibilidad para su infinito desarrollo político. Pero también supone el **límite de su desarrollo material**, del desarrollo de la lucha de clases, en el sentido de que la democracia, después de todo, es un juego político, un juego que requiere reglas, y las reglas presuponen un marco de acuerdo entre las clases, un espacio que se escapa a la lucha de clases. De alguna manera, la democracia consecuente impide la lucha de clases consecuente, porque la democracia –y hablamos siempre de la democracia socialista, de la que definió Lenin– presupone las clases, significa aún, un marco para la lucha de clases, un marco que, en un momento dado, choca con el objetivo histórico de la lucha de clases misma: el fin de las clases.²⁹

²⁸ Lenin, V. I.: *O.C.*, t. 36 págs. 209 y 210.

²⁹ “Al hablar de la ‘extinción’ y –con palabra todavía más plástica y gráfica– del ‘adormecimiento’ del Estado, Engels se refiere con absoluta claridad y precisión a la época *posterior* a ‘la toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad’, es decir, a la época *posterior* a la revolución socialista. Todos sabemos que la forma política del ‘Estado’ en esta época es la democracia más

Así, cuando la componente superestructural de la democracia –ese “juego” político– entre en contradicción con el objetivo de la lucha de clases, impidiendo su consumación final; cuando la forma político-jurídica de la democracia, que se corresponde con un estado de cosas en el que perduran las clases, impida el desarrollo de la lucha entre éstas en los prolegómenos de su inmediata extinción, será cuando la democracia como forma superior de la articulación política de la sociedad de clases –incluso en su versión socialista–, salte por los aires y empiece a nacer la “sociedad” sin Estado y sin clases: el Comunismo.

Como hemos ido desmenuzando a lo largo de esta argumentación sobre las formas políticas, éstas sí son de capital importancia para el desarrollo de la lucha de clases y para la permanencia de la clase que ostenta el poder. El perfeccionamiento de estas formas por parte de la fracción gran-burguesa ha conducido al parlamentarismo, a un poder ejecutivo y otro judicial separados el uno del otro, con el fin de hacer increíblemente difícil, casi imposible, la participación de las clases explotadas en la democracia³⁰ y en la gestión del Estado³¹. Es por ello que afirmaciones como: “*Y esto es precisamente lo que nos demuestra que la diferencia real entre los dos sistemas, no son las formas que toman las democracias, sino las clases que ejercen la democracia (su dictadura)*” unidas a la consigna “*Por la República Democrática y Popular*”, lanzadas por el PCOE, suponen, además de una tergiversación de las ideas expuestas sobre el particular por Lenin, un gran peligro para la clase, pues no le ofrece la perspectiva

completa. Pero a ninguno de los oportunistas, que tergiversan desvergonzadamente el marxismo, se le ocurre pensar que, por consiguiente, Engels habla aquí del ‘adormecimiento’ y la ‘extinción’ de *la democracia*. A primera vista, esto parece muy extraño. Pero es ‘incomprensible’ únicamente para quienes no hayan comprendido que la democracia es *también* un Estado y que, en consecuencia, la democracia desaparecerá asimismo cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués sólo puede ser ‘destruido’ por la revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede ‘extinguirse’.” (Lenin, V. I.: *O.C.*, t. 33, págs. 19).

³⁰ “En el más democrático Estado burgués, las masas oprimidas tropiezan a cada paso con una contradicción flagrante entre la igualdad *formal*, proclamada por la ‘democracia’ de los capitalistas, y las mil limitaciones y tretas *reales* que convierten a los proletarios en *esclavos asalariados*. Esta contradicción es lo que abre a las masas los ojos ante la podredumbre, la falsedad y la hipocresía del capitalismo. ¡Esta contradicción es la que los agitadores y los propagandistas del socialismo denuncian siempre ante las masas *a fin de prepararlas* para la revolución!” (Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 37, págs. 263 y 264).

³¹ “[...] la máquina estatal, el aparato del Estado tiene una esencia *de clase*. En la democracia burguesa, valiéndose de mil ardidés –tanto más ingeniosos y eficaces cuanto más desarrollada está la democracia ‘pura’–, los capitalistas *apartan* a las masas de la participación en el gobierno, de la libertad de reunión y de imprenta, etc.”. (Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 37, págs. 264 y 265).

de su propia autoemancipación, sino que vuelve a dejar la puerta abierta a la representación al estilo burgués.

Para sintetizar, las formas de la democracia proletaria exigen la gradualización del sistema político, integrando los distintos niveles del poder político, desde los soviets locales o de fábrica hasta el congreso de los diversos soviets nacionales, siendo por tanto un sistema vertical en la que todo el sistema está supeditado a la base; mientras tanto, la vía burguesa, exige más poder para el aparato, para la élite dirigente, para la cúpula política y menos para las bases, para el pueblo organizado, sin necesidad de que el sistema esté articulado e integrado verticalmente, de abajo a arriba.

Las formas de la democracia en el socialismo sí son importantes. Éstas permitirán o impedirán la participación de las masas en la democracia y en la gestión del Estado, y así mismo permitirán o impedirán un tal “perfeccionamiento” que posibilite la lucha de clases hasta su extinción, tanto de la democracia como de las clases, en el Comunismo.

La dictadura del proletariado como garantía de la democracia para los explotados

Acabamos de examinar uno de los aspectos de la unidad dialéctica democracia-dictadura del poder proletario, haciéndolo desde el punto de vista de la democracia, esto es, más desde su aspecto formal que material. Ahora, en cambio, nos centraremos más en el otro aspecto de la contradicción, el material, el que permite al proletariado mediante su dictadura ejercer esa democracia de la que hablábamos. Por lo tanto atenderemos su carácter represivo y aglutinador, a su conformación como alianza entre el proletariado y otras clases o fracciones de clases con las cuales comparte intereses en determinados momentos de la revolución, que sería la manifestación como Estado de la dictadura del proletariado.

“La burguesía se ve obligada a mentir hipócritamente y a llamar ‘poder de todo el pueblo’, democracia en general o democracia pura a la república democrática (*burguesa*), que es, de hecho, la dictadura de la burguesía, la dictadura de los explotadores sobre las masas trabajadoras. Los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner (ahora, desgraciadamente, con la ayuda de Friedrich Adler) apoyan esta falsedad y esta hipocresía. Pero los marxistas, los comunistas, la desenmascaran y dicen sin tapujos a los obreros y a las masas trabajadoras la pura verdad: de hecho, la república democrática, la Asamblea Constituyente, las elecciones de todo el pueblo, etc., son la dictadura de la burguesía, y para librar el trabajo de la opresión del capital no hay más camino que la sustitución de esa dictadura por *la dictadura del proletariado*. Sólo la dictadura del proletariado es capaz de liberar a la humanidad del yugo del capital, de la

mentira, de la falsedad, de la hipocresía de la democracia burguesa, de esa democracia *para los ricos*, es capaz de establecer la democracia *para los pobres*, es decir, hacer los beneficios de la democracia patrimonio *efectivo* de los obreros y los campesinos pobres, pues ahora (incluso en la república *-burguesa-* más democrática) esos beneficios son, *de hecho*, inasequibles para la inmensa mayoría de los trabajadores.”³²

Como Lenin nos expone claramente, para el proletariado no puede haber democracia sin su dictadura, sin esa fuerza capaz de proporcionarle los medios necesarios para su ejercicio y para reprimir a los explotadores y sus aliados, que tratarán por todos los medios de evitar que el proletariado ejerza su democracia; de ahí que el aspecto represivo de la dictadura del proletariado tome capital importancia en los primeros años tras la revolución, pues, como señaló Lenin:

“Es natural e inevitable que durante los primeros tiempos, después de la revolución proletaria, nos preocupe más que nada la tarea principal y fundamental: aplastar la resistencia de la burguesía, vencer a los explotadores, reprimir los complots [...]”³³

Pero este papel represivo no finaliza después de esos primeros años, en los cuales lo principal es asegurar el Poder, puesto que:

“La sociedad hasta el presente, movida entre los antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y por tanto, particularmente para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente.”³⁴

De donde se desprende que toda sociedad de clases, no sólo en la feudal y en la burguesa, el Estado es una fuerza de represión por la violencia hacia las clases que no detentan el poder de éste.

“[...] el Estado es una ‘fuerza especial de represión’.”³⁵

Ese aspecto “olvidado” por el PCOE, el de no resaltar el ejercicio de la violencia revolucionaria que representa la dictadura del proletariado, sobre el resto de clases antagónicas o fracciones de clase, cuando se atraviesa por un

³² Lenin, V. I.: *O.C.*, t. 37, pág. 404.

³³ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 39, pág. 14.

³⁴ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, pág. 16.

³⁵ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, pág. 18.

periodo de desarrollo “pacífico” de la lucha de clases, equivale a inculcar en el acerbo ideológico (y en el subconsciente) de la clase que la dictadura del proletariado se ejerce de forma no violenta, como lo hace ahora la democracia burguesa, de soslayo, casi sin que nos enteremos, con lo cual, llegado el momento de ejercer su dictadura, el proletariado se encuentra encorsetado por estos prejuicios pequeño-burgueses relativos a la violencia. Es más, para desempeñar un papel verdaderamente revolucionario, de vanguardia, y contribuir a la educación de las masas en su papel histórico de emancipador social y liberador de la humanidad hay que comenzar resaltando la importancia de la violencia como origen de la nueva sociedad que el proletariado revolucionario aspira a edificar.

“De que la violencia desempeña en la historia otro papel [además del de agente del mal], un papel revolucionario; de que, según la expresión de Marx, es la partera de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva; de que la violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre camino y rompe las formas políticas muertas y fosilizadas, de todo eso no dice una palabra el señor Dühring. Sólo entre suspiros y gemidos admite la posibilidad de que para derrumbar el sistema de explotación sea necesaria acaso la violencia, desgraciadamente, afirma, pues el empleo de la misma, según él, desmoraliza a quien hace uso de ella. ¡Y esto se dice, a pesar del gran avance moral e intelectual, resultante de toda revolución victoriosa! Y esto se dice en Alemania, donde la colisión violenta que puede ser impuesta al pueblo tendría, cuando menos, la ventaja de destruir el espíritu de servilismo que ha penetrado en la conciencia nacional como consecuencia de la humillación de la Guerra de los Treinta años. ¿Y estos razonamientos turbios, anodinos, impotentes, propios de un párroco rural, se pretende imponer al partido más revolucionario de la historia?”³⁶

Aquí, los clásicos, Engels, y Marx en boca de aquél, ya se manifiestan de manera inequívoca en cuanto al origen de la nueva sociedad, como fruto de la violencia que ejerce el proletariado revolucionario sobre su clase antagónica (la burguesía, y aquellas fracciones de otras clases que, o bien le son afines por compartir objetivos, o bien, por ser arrastrados ideológicamente por ésta en la defensa de sus intereses) para arrancarle el poder.

“En segundo lugar, el Estado es una ‘fuerza especial de represión’. Esta magnífica y profundísima definición de Engels es dada aquí por éste con la más completa claridad. Y de ella se deduce que la ‘fuerza especial de represión’ del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por un puñado de ricachos, debe sustituirse por una ‘fuerza especial de represión’ de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado).

³⁶ Engels, Friedrich: *Anti-Dühring*. Editorial Avant. Barcelona 1987, págs. 196 y 197.

En esto consiste precisamente la ‘destrucción del Estado como tal’. En esto consiste precisamente el ‘acto’ de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es de suyo evidente que *semejante* sustitución de una ‘fuerza especial’ (la burguesa) por otra (la proletaria) ya no puede operarse, en modo alguno, bajo la forma de ‘extinción’.”³⁷

Sin poner énfasis en la destrucción del aparato del Estado burgués, sobre todo sus principales instrumentos de sometimiento de clase (el ejército burgués, las fuerzas policiales, el aparato judicial, el parlamentarismo, la división de los poderes del Estado, etc.) y su sustitución por los aparatos del ejercicio de la dictadura del proletariado, por los soviets, como entidad en la que confluyen los poderes de la clase, legislativo, ejecutivo y judicial, y a través de los cuales ésta ejerce su violencia, la autoridad del pueblo armado contra la burguesía para vencer su resistencia, para inspirar temor a los reaccionarios, para someter por la fuerza a sus adversarios, se deja abierta la vía ideológica (revisionismo) que permite concebir el Estado proletario como Estado burgués, pero sin burguesía, (pero sin atender a la esencia que a esa expresión quería transmitir Lenin, esto es, que el proletariado debe recurrir a formas políticas de naturaleza burguesa para organizar su dictadura de clase, como hemos venido exponiendo más arriba) con todas las instituciones que le son inherentes y que han sido concebidas y perfeccionadas a lo largo de siglos para someter al proletariado bajo el yugo del capital.

En este punto es importante volver a resaltar la **negación profunda** que hace la dictadura del proletariado **del parlamentarismo**, pues el parlamento es una institución, por definición, soberana y que refleja una división de poderes, lo cual contradice el principio del ejercicio directo del poder por la clase obrera. En la dictadura del proletariado la soberanía reside en los soviets o consejos obreros. Organismos que son capaces de reflejar rápidamente el estado de las masas y traducirlo en acción política, bien en el ámbito de actuación directa de cada soviet, bien en el ámbito estatal a través del congreso de los soviets.

Por todo ello, quizás, una de las causas del fracaso de la dictadura del proletariado en la URSS, nos aventuramos a adelantar, fuese consecuencia de su paulatina degeneración hacia formas parlamentaristas, puestas de manifiesto en la Constitución de 1936, donde de hecho se otorga todo el poder al Soviet Supremo (Parlamento), a través del sistema representativo directo, contradiciendo todo lo que hemos expuesto anteriormente sobre las formas de la democracia en el socialismo e impidiendo con ello una lucha de clases proletaria más consecuente en el seno de los soviets. Siendo, por tanto, día a día más permeable, tanto a la influencia de nuevas formas burguesas, como al revisionismo ideológico entre sus miembros, perteneciesen estos al partido o no. Así mismo, adelantamos la

³⁷ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, págs. 18 y 19.

hipótesis de que esta degeneración de las formas de la democracia en el socialismo propició la separación de una elite política que reflejaba y reproducía la división social del trabajo y la organización en clases de la sociedad, en vez de combatirla.

Dictadura del proletariado y alianza de clases

Pero tampoco debemos olvidar que la sociedad capitalista esta compuesta por varias clases, y dentro de éstas existen diversas gradaciones, atendiendo a su relación con los medios de producción y a sus relaciones de subordinación a otras clases. Por lo tanto, todo Estado es una alianza de clases o fracciones de clases, y por tanto, el Estado proletario no puede sustraerse a esta máxima.

Por otra parte, la clase dominante lo es, además de por ser la económicamente dominante, porque políticamente asume el papel de ser la representante de toda la sociedad, haciendo pasar sus intereses de clase por los intereses comunes de toda la sociedad. Por tanto, la clase obrera, como clase dominante hace pasar sus intereses por los de toda la sociedad, esto es, subsume los intereses liberadores particulares que cualquier clase tuvo o pudiese tener, en interés liberador general, en interés de la humanidad –ya no en relación con una clase social–, interés que sólo se puede realizar mediante el ejercicio de la dictadura de la clase que realmente puede realizar esa liberación universal, el proletariado.

“El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad.”³⁸

Por ello, el proletariado debe buscar y establecer alianzas de clase con aquéllas con las cuales comparte intereses en determinados momentos de la revolución, pues la burguesía no sólo oprime y explota al proletariado: la opresión y explotación a que somete a los pequeños agricultores, pequeños comerciantes, proletariado agrícola, etc., es, si cabe, mayor que la del proletariado urbano, más numeroso y cohesionado orgánicamente, amén de con mayor experiencia en la lucha contra esa opresión. Y fue esa cohesión lograda por la labor de esclarecimiento ideológico la que permitió a los bolcheviques atraerse no sólo a una mayoría del proletariado, sino también a amplios sectores de las otras clases oprimidas hacia la revolución proletaria.

³⁸ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 33, pág. 16.

“Los bolcheviques vencieron, ante todo, porque tuvieron a su lado a una mayoría inmensa del proletariado, y dentro de él a su parte más consciente, enérgica y revolucionaria, a la verdadera vanguardia de esta clase avanzada.

Los demócratas pequeñoburgueses, [...], no podrán eliminar el hecho económico y político de la *desigualdad* existente entre la ciudad y el campo, por mucho que doblen la rodilla ante las diosas de la ‘igualdad’, el ‘sufragio universal’, la ‘democracia’, la ‘democracia pura’ o la ‘democracia consecuente’.

Ese hecho es inevitable bajo el capitalismo en general y en particular durante el paso del capitalismo al comunismo.

[...]. La ciudad *lleva tras sí*, inevitablemente, al campo. El campo *sigue*, inevitablemente, *a la ciudad*. Únicamente se trata de saber *cuál de las clases* ‘urbanas’ será capaz de llevar tras de sí al campo, cuál de ellas podrá resolver este problema, y qué formas adoptara esta *dirección ejercida por la ciudad*.”³⁹

Hecho que queda particularmente aclarado en la pugna, que describe Lenin, por clarificar con qué otra clase establece su alianza el campesinado ruso, y la pugna por conseguirlo del proletariado revolucionario.

Pues de hecho:

*“[...] el poder estatal en manos de una clase, en manos del proletariado, puede y debe convertirse en el instrumento que permita a éste conquistar las masas trabajadoras no proletarias, en el instrumento que le permita arrebatar esas masas a la burguesía y a los partidos pequeñoburgueses.”*⁴⁰

Con lo cual,

*“[...] el poder estatal es simplemente un instrumento que las distintas clases pueden y deben utilizar (y saber utilizar) para sus objetivos de clase.”*⁴¹

Pero,

“¿Cuáles son los objetivos de clase del proletariado?”

En primer lugar, [...] el viejo aparato del Poder estatal, [...] lo *hace añicos*, [...] y crea un *nuevo* aparato del Estado. [...] Este nuevo aparato [...] *nace* de la lucha de clase del proletariado, del desarrollo de esa lucha

³⁹ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 40, pág. 5.

⁴⁰ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 40, pág. 11.

⁴¹ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 40, pág. 11.

en extensión y profundidad. Este nuevo aparato del Poder estatal, este nuevo *tipo* de Poder del Estado es el *Poder soviético*.

[...] disuelto el viejo aparato del Estado [...] entregó *todo el Poder a los Soviets*, a los que sólo tuvieron acceso los trabajadores y explotados, cerrándoles las puertas a todos los explotadores sin excepción.

Así es como, de golpe, en el acto, inmediatamente *después* de la conquista del Poder estatal, el proletariado *arrebata* a la burguesía una *masa enorme* de partidarios suyos, [pues] al *obtener el Poder soviético* obtiene *por vez primera* un instrumento para desarrollar una lucha de masas en defensa de sus intereses contra la burguesía.

En segundo lugar, el proletariado puede y debe [...] arrebatar a la burguesía y a la democracia pequeñoburguesa '*sus*' *masas*, es decir, las masas que les siguen, para lo cual *satisface por vía revolucionaria las necesidades económicas más apremiantes de estas masas mediante la expropiación de los terratenientes y la burguesía.*"⁴²

Así, el proletariado realiza sus alianzas en la construcción del socialismo, de una parte haciendo participe de la democracia a otras clases o sectores de éstas oprimidas por la burguesía y que bajo el yugo de ésta nunca disfrutaron, salvo como forma de opresión. Y de otra, satisfaciendo las necesidades materiales de las clases explotadas a costa de la burguesía, o sea, ejerciendo su dictadura sobre ella, es decir, expropiando a los explotadores y revertiendo el fruto de la expropiación sobre el resto de la sociedad.

El papel del Partido en la dictadura del Proletariado

Pero esto no será posible sin la preparación previa en la lucha contra el oportunismo y el revisionismo.

“A no ser que el sector *revolucionario* del proletariado esté enteramente preparado, en todas las formas, para eliminar y aplastar el oportunismo, es inútil pensar siquiera en la dictadura del proletariado.”⁴³

¿Cómo se consigue preparar al proletariado revolucionario para luchar contra el oportunismo y el revisionismo? Pues sólo mediante una tenaz lucha contra él y contra todo tipo de ideas incorrectas (no marxistas-leninistas) en el ejercicio de la lucha de clases del proletariado, desde los comienzos de la formación del Partido, como la experiencia de los bolcheviques nos demuestra.

“El bolchevismo existe, como corriente del pensamiento político y como partido político, desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo, en *todo* el

⁴² Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 40, págs. 11-13.

⁴³ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 40, pág. 6.

periodo de su existencia, puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.”⁴⁴

O sea, que el proletariado revolucionario no puede triunfar sobre la burguesía sin un partido político bien templado en todos los aspectos de la lucha de clases, de tal manera que pueda ejercer de guía en su actuar político, en su labor emancipadora.

“Negar la necesidad del partido y de la disciplina de partido: tal es el *resultado* a que ha llegado la oposición. Y eso equivale a desarmar por completo al proletariado *en provecho de la burguesía*. Equivale precisamente a la dispersión, a la volubilidad y a la incapacidad de dominarse, unirse y actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeñoburgueses que, de ser indulgente con ellos, llevan de manera inevitable a la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado.”⁴⁵

Pero, concretemos, junto a Lenin, ¿cuales son las labores del partido que permiten al proletariado revolucionario tomar el poder y ejercer de guía del resto de las masas explotadas?

“La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, soñolientas, apáticas, rutinarias, inertes, adormecidas) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir no *sólo* el propio partido, sino también a estas masas, en la marcha encaminada a ocupar esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (atraer a la vanguardia consciente del proletariado al Poder soviético y a la dictadura de la clase obrera) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea que resulta ahora de actualidad y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, esta segunda tarea no puede ser resuelta sin liquidar el doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.”⁴⁶

Por lo tanto, el Partido debe saber dirigir a las masas, tanto para la toma del poder como para la edificación del socialismo, debe, a través del proletariado revolucionario, saber influir sobre ellas, de tal manera que el ejercicio de la

⁴⁴ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 41, pág. 6.

⁴⁵ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 41, pág. 27.

⁴⁶ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 41, pág. 81.

dictadura del proletariado no degenera hacia formas burguesas de democracia, entre otras cosas.

“Para hacer frente a eso [a las influencias pequeñoburguesas], para conseguir que el proletariado desempeñe acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*), son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres, es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha.”⁴⁷

Por ello,

“El que debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura) ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.”⁴⁸

Queda por lo tanto esclarecido el papel del Partido, la Vanguardia y el Proletariado Revolucionario en el Estado de la dictadura del proletariado, papeles éstos de suma importancia, que sin embargo no han merecido ni una simple mención por parte de este grupo que aspira a luchar contra no se sabe bien qué revisionismo, en el que incurre constantemente, bien sea por acción o por omisión.

¡Quién te ha visto!

Otro aspecto negativo (¡otro más!) del documento del PCOE a destacar es la pérdida de vista del objetivo final, esto es, el Comunismo. Parece que los camaradas no son conscientes de la relación que existe entre dictadura del proletariado y Comunismo: la dictadura es el instrumento del que se dota la clase para crear las condiciones de elevación de la conciencia de las masas hacia el nivel de su vanguardia, esto es, hasta el nivel de su Partido, pues éste es la forma superior de organización del proletariado como **clase revolucionaria**, mientras que la dictadura del proletariado solamente es su organización como **clase dominante**.

⁴⁷ Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 41, pág. 28.

⁴⁸ *Ibidem*.

Como se viene insinuado desde el principio, el problema fundamental de hoy en día para el proletariado es dotarse de una **vanguardia revolucionaria**, labor ésta, que está indisolublemente ligada a la **reconstitución ideológica del comunismo** a través de la lucha de dos líneas contra el revisionismo y el resto de corrientes ideológicas que tratan de desviar al proletariado de su objetivo de clase histórico. Por ello, hacemos un llamamiento al PCOE para que abandone la senda por la que se desliza cada día a mayor velocidad, la senda del revisionismo más vergonzante, y se sume a la labor de aprehensión de la ideología proletaria y contribuya con ello, entonces sí, a ejercer como vanguardia del proletariado. Les conminamos a retomar la lucha ideológica y la comprensión del marxismo-leninismo, al menos desde donde su antecesor político, el PCOE de los años setenta, lo dejó, una comprensión más profunda sobre la dictadura del proletariado que la mostrada por el actual PCOE:

“Es imprescindible, para analizar la significación histórica de la dictadura del proletariado, partir de los análisis de la teoría marxista sobre el Estado, teniendo en cuenta que la dictadura del proletariado cubre un período político de transición entre el derrocamiento del Estado burgués hasta la completa extinción del Estado.”⁴⁹

Como se ve, ya sus predecesores abogaban por un estudio pormenorizado de la teoría marxista antes de manifestarse sobre tema de tan capital importancia, extrayendo las siguientes conclusiones:

“En este período el proletariado ejerce su poder sobre las clases y capas reaccionarias, que perseveran en sus intentos de restaurar el antiguo orden burgués, al tiempo que va creando y desarrollando las condiciones para la eliminación de todas las clases [...]”⁵⁰

Y desde luego también demostraban una mayor comprensión del uso que hace el proletariado de su dictadura.

“Perseverar en la dictadura del proletariado u oponerse a ella siempre constituye el foco de la lucha entre el marxismo-leninismo por una parte y el oportunismo y el revisionismo por otra.”⁵¹

Por ello, reclamamos del actual PCOE que se sitúe del lado del marxismo-leninismo, abandonando tan funestas posturas como las mantenidas en el

⁴⁹ Albiac, Gabriel: *El debate sobre la dictadura del proletariado en el Partido Comunista Francés*. Ediciones la Torre. Madrid, 1977; pág. 245 (extractado de la parte del anexo, “El debate en España”, referida al PCOE).

⁵⁰ *Ibídem*, pág. 245.

⁵¹ *Ibídem*, pág. 246.

documento objeto de análisis y se alejen del oportunismo y el revisionismo, tomando ejemplo de su pasado histórico.

“La discusión de la teoría de la dictadura del proletariado no se centra hoy en su negación o afirmación, sino en su profundización; los últimos acontecimientos en la República Popular China son un claro exponente de la necesidad de la dictadura del proletariado y de la necesidad de aumentar los conocimientos teórico-prácticos sobre su profundización, es decir, sobre el modo de conseguir que no se transforme en una nueva dictadura de la burguesía, sobre el modo de conseguir una mayor participación de las masas obrero-campesinas en la dirección de su Estado.”⁵²

Porque la profundización de la lógica que subyace en el documento objeto de análisis lleva al PCOE a contraponerse a las enseñanzas de su antecesor histórico y del marxismo-leninismo, siendo buena prueba de ello los documentos editados con motivo de la conmemoración del día de la República (*15 razones para luchar por la República Democrática y Popular* y el *Comunicado del Comité Central* de fecha 14 de abril de 2005), en los cuales subrepticamente se reclama una etapa anti-imperialista y anti-monopolista (*República Democrática y Popular*), con lo cual de facto se rechaza la dictadura del proletariado como etapa intermedia entre el capitalismo y el Comunismo, reclamando primero una etapa de dominación pequeño-burguesa, en la cual el proletariado ejercería de comparsa de esa fracción de la burguesía que no ha podido auparse al carro de la explotación de los países oprimidos; y todo ello, porque, según los actuales dirigentes del PCOE, “*al estar el Estado español bajo el control y el designio de potencias extranjeras*” debemos primero librarnos de la opresión del imperialismo, como si ese Estado español del que hablan no fuese una potencia imperialista con todas las de la ley, que participa en el sometimiento y explotación de otros estados; o porque bajo la dictadura de la burguesía con vestimentas monárquicas la democracia “*presenta singulares anomalías antidemocráticas*” como si bajo la dominación burguesa pudiese existir una *democracia pura*; o porque “*tanto las instituciones administrativas como los cuerpos represivos del estado, actúan en defensa de los intereses capitalistas*”, donde demuestran no comprender nada sobre la naturaleza del Estado como órgano de dominación de la clase que detenta el poder. Y para colmo de desgracias, finalmente, reclaman unas medidas (reivindicaciones) de corte pequeño-burgués tendentes más a reafirmar el carácter de capitalismo de estado que una verdadera participación de la clase obrera en la gestión de un Estado Socialista.

V. G.

⁵² *Ibidem*, pág. 246.

Una vez más, sobre la camarilla derechista /1

“Es necesario que entre vosotros haya bandos, para que se vea quién es de probada virtud.”

Pablo de Tarso, *Primera epístola a los corintios*.

“Sostengo que, para nosotros, es malo si una persona, partido, ejército o escuela no es atacado por el enemigo, porque eso significa que ha descendido al nivel del enemigo. Es bueno si el enemigo nos ataca, porque eso prueba que hemos deslindado los campos con él. Y mejor aún si el enemigo nos ataca con furia y nos pinta de negro y carentes de toda virtud, porque eso demuestra que no sólo hemos deslindado los campos con él, sino que hemos alcanzado notables éxitos en nuestro trabajo.”

Mao Tsetung, *Libro rojo*.

“La lucha de los marxistas contra los liquidadores no es sino la expresión de la lucha de los obreros avanzados contra los burgueses liberales por la influencia en las masas populares, por la ilustración y la educación política de estas últimas.”

Lenin, *Cuestiones en litigio*.

“No ha habido ningún movimiento popular profundo y caudaloso en la historia que no llevara esa inmunda espuma de aventureros y granujas, de fanfarrones y vocingleros que se arriman a los innovadores sin experiencia; no ha habido movimiento sin ajetreos absurdos, sin confusión, sin agitación vana, sin que algunos ‘jefes’ intenten hacer veinte cosas a la vez y no acabar ninguna.”

Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*.

“[Estoy resuelto] a proseguir por encima de todo mi objetivo y a no permitir que la sociedad burguesa me convierta en una máquina de hacer dinero.”

Marx a Weydemeyer.

Cualquiera que conozca nuestra polémica con la fracción derechista escindida del partido, no sólo comprenderá ahora —una vez salido a la luz el antagonismo, reconocido por sus miembros, entre su punto de vista y la línea del

partido— la justicia en la expulsión del Comité Central de sus dirigentes, sino que incluso se preguntará cómo ha sido posible nuestra convivencia durante todo este tiempo. Pero responder a esto nos estaba vedado. Sólo quienes orquestaron en la sombra toda la crisis tenían en su mano la decisión del momento de la ruptura.

Como ya ha quedado expuesto en los anteriores números de LA FORJA, la mayoría del Comité Central se vio sobrecogida por el sorpresivo ataque en toda la línea dirigido por el jefe derechista y secundado por un sector minoritario de la dirección, confiada como estaba en los resultados de los debates en torno a la Nueva Orientación y —craso error— en la *bonne foi* y la labor constructiva de quienes habían sido derrotados en ellos franca y abiertamente. Por otra parte, la aparente ausencia de toda línea alternativa mínimamente articulada de modo expreso, siquiera insinuada su necesidad, y la fingida aceptación de la línea aprobada por nuestra 6ª Conferencia y de sus desarrollos por parte del Comité Central, sumergieron a éste en un peligroso estado de confianza en que nuestro proyecto era común. De hecho, la escisión derechista del partido ha sido precipitada, ha estado dominada por motivos de carácter personalista y decidida sin proyecto político optativo en que apoyarse (al menos, de manera expresa, para el conjunto de los miembros de la fracción; aunque ya sabemos que su jefe sí tiene claro qué línea debe prevalecer, por mucho que dé largas a su imposición so pretexto del debate), lo que constituye una grave irresponsabilidad y demuestra la naturaleza bastarda de los intereses de estas gentes, que se mueven más por criterios egoístas que por los intereses generales de la clase obrera. De la influencia de este tipo de embarulladores debe prevenirse nuestro movimiento.

Entretanto, si de las mentes de esta camarilla no ha salido ningún proyecto político, desde luego sí que sus bocas han tenido tiempo de vomitar veneno. La labor irresponsable y liquidadora de los derechistas ha desplazado a la vieja Forja¹ de su posición de órgano de vanguardia, de su función orientadora del movimiento comunista, convirtiéndola en un simple foro de debate (“tribuna-debate” la llaman, aunque no hay confrontación de ideas, ni siquiera hay ideas: todo es monocorde, acorde con el guión establecido por el jefe) que, con aspiraciones de monumento burgués al libre pensamiento, sólo alcanza a cenáculo de nociones vulgares y estupideces las más de las veces. Como tribuna de despropósitos, la vieja Forja ha sido investida como órgano de la retaguardia más atrasada del movimiento. La tribuna de “debate” ha caído tan bajo en sus ataques

¹ El nuevo formato de LA FORJA fue acordado por el Comité Central meses antes de la crisis, en virtud de ciertas novedades en la asignación de funciones de los organismos del partido derivados de la aplicación de la Nueva Orientación. También en esto, pues, nosotros somos los herederos y continuadores del PCR, los únicos continuadores de su plan político originario, mientras la fracción va liquidando instrumentos y objetivos políticos o, en según qué temas, persiste en permanecer anclada en visiones nostálgicas del pasado superadas por la propia marcha de nuestra evolución política.

al partido y a la Nueva Orientación que, naturalmente, no vamos a dedicarnos a perseguirla por los inframundos de la inmundicia moral que ha decidido habitar. Desde luego, los insultos, falacias y tergiversaciones rastreras dirigidos contra la dirección del partido, más de índole personal que de calado político – principalmente, contra los “padres de la Nueva Orientación”–, ponen al descubierto lo que ya nos constaba: el tipo de malas artes y de calumnias que, en ausencia de argumentos políticos dignos, han utilizado los jefecillos sediciosos para poner a una parte de la militancia contra el Comité Central; y, por esto mismo, también, el tipo de ideas y criterios que rigen las cabezas de quienes dan pábulo y se dejan influir por semejantes argucias. Porque, para nosotros, que pensamos que en la lucha, en todos sus planos, cada cual sabe escoger el bando que más le conviene, no ha sido casualidad que los putschistas hayan sido secundados por quienes, en su fuero más interno, no se sentían nada cómodos con el compromiso comunista reforzado que exige la Nueva Orientación, por quienes prefieren el camino fácil de permanecer mentalmente sometidos a la inercia del trabajo tradicional, siguiendo el modelo del dirigente sindical, que realizar el esfuerzo necesario para convertirse en verdaderos cuadros revolucionarios, por quienes prefieren seguir sosteniendo como política comunista lo que no es más que la fetichización pequeñoburguesa de las masas, la postración ante su movimiento espontáneo, por no hablar de quienes pastan en el yermo prado de la insignia y del lucimiento del reverenciado icono en la camiseta.

Con su tribuna-“debate” (en adelante, T-“D”), estos señores han elevado el chismorreó a categoría política. Nosotros nos morderemos la lengua, como decimos, para no caer tan bajo –aunque esconden tanta mierda que no tardará en alarmar los sentidos de quien se acerque, ni a pringar a quienes la ocultan con tanto celo–, porque lo que nos interesa es debatir ante la vanguardia, escenario donde sólo valen argumentos serios, porque buscamos zanjar definitivamente un debate ya agotado con esta versión doméstica de la línea oportunista de derecha y, finalmente, porque no vamos a permitir que consigan ahora indirectamente, distrayéndonos en una discusión estéril (con ellos), lo que no lograron directamente, a saber, el bloqueo de la aplicación de la Nueva Orientación detrayéndonos de nuestros verdaderos asuntos.

Por toda nuestra experiencia acumulada de lucha de dos líneas, consideramos suficientemente deslindados los campos con esta tendencia del movimiento obrero, tanto en el plano estatal como en el internacional. A partir de ahora, la ofensiva de la Nueva Orientación debe dirigirse hacia sectores situados más a la izquierda del movimiento comunista, con el fin de fraguarse como línea proletaria y de delimitar los campos con la burguesía en una región aún más amplia. Sin embargo, dedicamos una última mirada a nuestros abominantes derechistas, con el fin de dejar aclaradas algunas afirmaciones malintencionadas que –igual que otras inocuas ya sólo por su insoportable falta de gusto– persiguen el desprestigio del partido en temas importantes de línea política, y, en

segundo lugar, para rematar cabos sueltos que pudieran haber quedado en nuestras argumentaciones durante el debate y adoptar posición sobre alguna nueva cuestión de interés que en él se haya suscitado.

Chismorreos...

Desde que publicamos el número de LA FORJA dedicado al debate en el Comité Central y a la crisis del partido, en enero (n° 30), los renegados han sacado dos T-“D” con la Nueva Orientación en el punto de mira. Entre la bazofiaseudoliteraria y los artículos de relleno, destacan sendos textos de los dos actuales dirigentes intelectuales del nuevo chiringuito. Uno de ellos es el controvertido documento-guión, ahora desarrollado, que el jefe sedicioso presentó ante el Comité Central. Como se mantiene en sus tesis e incluso las empeora, y como incluye alguna novedad, no sólo nos ratificamos en nuestra crítica a la posición política allí expuesta, sino que tendremos algo que decir ante los nuevos ataques contra el marxismo-leninismo incluidos por añadidura. En esa nuestra primera crítica, decíamos que los renegados no se habían atrevido a publicar este documento por bellaquería y poca vergüenza. Ahora lo hacen y presumen de ello, pero la desvergüenza sigue siendo tal que ocultan su verdadero carácter, y nos lo presentan como una aportación más a ese debate *aeternum* de confrontación con la línea del PCR –y que no es sino la táctica del avestruz, de dar largas con tal de no encarar valiente y abiertamente las tareas que impone la revolución– y de *clarificación* política (a la clarificación ideológica han renunciado, pues su solución sólo piensan abordarla “a largo plazo”² –*vid.*, 1ª T-“D”, pág. 2) en el que se han sumergido. Pero igual que la asamblea fraccional de diciembre dispuso del documento en cuestión y tuvo conocimiento de él –como jactanciosamente quieren espetarnos ahora ante nuestras protestas– sólo porque el Comité Central se encargó de ello de manera indirecta, mientras la primera intención del autor y sus secuaces fue ocultarlo, ahora deben publicarlo de manera presentable –algo, en verdad, complicado– porque LA FORJA no ha dejado de denunciarlo hasta la saciedad. Sin embargo, ni así, ni en el plano ético más formal han sido capaces de dar la talla. ¡Preséntenlo como lo que es, como el centro de la controversia y como el núcleo de la línea de oposición a la Nueva Orientación y déjense ya de pamplinas!

² Esta renuncia es muy importante en cuanto a sus consecuencias, porque se impone inmediatamente la pregunta de con qué teoría de vanguardia van a ir estos señores a las masas. Como, para ellos, la reconstitución ideológica (o, con sus palabras, la “asunción del marxismo-leninismo”) no es el necesario punto de partida, sino un resultado, entonces, **mientras tanto**, el trabajo sólo puede estar inspirado teóricamente en una concepción dogmática de la doctrina (un supuesto *marxismo ortodoxo*) o en el puro pragmatismo político; o ambos a la vez, que, conociendo el percal, es más que plausible.

Como acto premeditado de ocultación de su verdadero papel de ariete contra la Nueva Orientación, el artículo del jefe faccioso se publica *camuflado* entre otros varios de relleno, mientras que el papel estrella se le concede al señor Luis Comas, cuyo trabajo abre la 1ª T-“D” (inmediatamente después de la pequeña nota de la redacción donde se anuncia la ejecución sumaria del órgano de propaganda comunista y su sustitución por un foro de tertulianos mercachifles). De este señor ya anticipábamos algo en LA FORJA n° 30 porque sabíamos que, tal como estaban discurriendo los acontecimientos, jugaría su papel. Y aquí lo tenemos, cantando como el gallo cuando sale el sol. Sin embargo, el trabajo del susodicho, aparentemente tan refulgente, tan investido en su papel de estrella, en realidad no es más que un trabajo de actor –de primer actor, eso sí–, que se ha limitado a seguir el guión escrito de antemano por su jefe. Lean ambos artículos y verán que nuestro primer actor continúa las mismas pautas, toca y desarrolla los mismo temas y se retuerce de indignación ante las mismas terribles conjeturas que su director, el autor de toda esta tragicomedia. Empero, no diremos que ha sido en vano. Al menos, en alguno de los puntos de su crítica hacia nosotros, aunque aleccionado, conoce en cierta medida la materia que trata. Y esto es un alivio, porque el jefecillo y su consorte empezaban a acostumbrarnos al resumen de enciclopedia y a la recensión colegial del saber de cátedra oficial.

Como ya dijimos en su momento, a principios de los 90 Comas trató de familiarizarse con algunas corrientes del llamado *marxismo occidental*, con el fin de hacer cerrojo de lo que él denominaba *marxismo ortodoxo* (léase: seudomarxismo prosoviético). De paso, oyó hablar de Hegel; pero le sucedió con éste lo que con Marx, que se informó a través de otros. De Marx, en concreto, a través de Althusser. Con este currículum no es de extrañar que quedase lastrado intelectualmente de por vida para comprender a Marx, el marxismo y, por ende, como él mismo reconoce, la Nueva Orientación (*ibid.*, pág. 4). En el *eterno debate*, dentro del marxismo, entre positivistas e historicistas, este señor cayó del lado de los primeros para siempre. Tal vez Gramsci exageraba cuando decía que el marxismo es el “historicismo absoluto”³, pero, desde luego, es más historicismo que positivismo. No en vano advirtió Lenin que “la dialéctica incluye la historicidad”⁴.

³ Gramsci, A.: *Introducción al estudio de la filosofía*. Ed. Crítica. Barcelona, 1985; pág. 115. Como ya señalábamos en LA FORJA n° 30, en gran parte, el debate positivismo-historicismo en el marxismo es espurio. No hay duda de que no hay marxismo sin ciencia, pero tampoco puede ser reducido a una ciencia o a la ciencia en general. La Nueva Orientación aborda este problema en su segunda parte (de próxima publicación), aspirando a aportar el punto de vista correcto.

⁴ Lenin, V. I.: *Anotaciones al libro de Bujarin*; en Bujarin, N.: *Teoría económica del periodo de transición*. Ed. Pasado y Presente. Buenos Aires, 1974; pág. 196.

Pero pasemos ya al asunto. El primer punto del guión escrito son los chismorreos; es decir, esas afirmaciones peregrinas que se airean poniéndolas en boca de otros sin prueba documental ni otro fedatario que la palabra del jefe faccioso o lacayo de turno. Dudosa palabra de quien, por ejemplo, escribía las editoriales de LA FORJA defendiendo la Nueva Orientación y, al cabo de pocos días, hace todo lo contrario. Pero que cada cual sostenga su vela. A nosotros nos interesa puntualizar sólo sobre alguno de estos rumores maliciosos, porque atañen a la línea del partido, pues, por lo que respecta a nuestras personas, decimos lo que Marx: “estoy habituado a que [...] mis intereses personales sufran a causa de las consideraciones de partido; por otro lado, tampoco me habitué a que se tengan en cuenta mis intereses personales”⁵. Algo, dicho sea de paso, de lo que deberían tomar nota quienes están montando un tinglado político muy en consonancia con los intereses personales..., sobre todo de algunos.

Primer chisme: la santa indignación por las “actitudes violentas y amenazantes, la negación absoluta de la crítica y el debate, el caciquismo, la táctica de la expulsión por la discrepancia o el castigo por revocación de cargo al que no sea sumiso a la personalidad y línea del líder”, etc. (*ibid.*, págs. 3 y 4). Esto lo escribe el señor Comas, dando la cara y con el papel bien aprendido, como buen primer actor, pero con las vergüenzas al aire. Y es que este *pobrecito hablador*, como recién llegado, no ha pertenecido nunca a ningún órgano colectivo del PCR, ni de base ni, por supuesto, de su dirección. ¿Quién le ha infligido, pues, tantas humillaciones? Su relación con miembros de la dirección a los que ahora puede considerar sus enemigos fue esporádica y siempre supervisada con la presencia de su actual director de escena y mentor, que a la sazón era su contacto directo con el Comité Central. ¿Cuándo y en qué contexto fue tan violentado?, ¿dónde y durante cuánto tiempo sufrió esa “sumisión al caudillo” de la que habla?, ¿dónde y cuándo nos oyó decir que, nosotros, los *fanáticos intelectuales*, tenemos “odio a la clase”⁶, como también se atreve a decir

⁵ Cf. Marx, Engels, Lenin: *Concepto comunista de moral*. Ed. APN. Moscú, 1974; pág. 31.

⁶ En 1ª T-“D”, pág. 15, el cabecilla sedicioso también nos reprocha –¿cómo no, viniendo del apuntador?– un supuesto “odio hacia la clase”. Naturalmente, se trata de una descontextualización más de algo que surgió en un debate en el que, al menos, él sí estuvo presente, aunque, como se ve, más *in corpore* que *in spiritu*. En LA FORJA n° 30, ya fijamos nuestra posición al respecto señalando que odiamos a los dirigentes obreros que quieren perpetuar la condición de clase de las masas proletarias, tal cual el susodicho cabecilla. Entiéndase: odiamos las condiciones de existencia a las que el capital somete a la humanidad, odiamos el modo de vida mediocre del obrero medio aborregado, tanto como el modo de vida burgués al que aspira nuestro jefecillo; odiamos a quienes dicen y proponen como principio ético –y de aquí surgió la polémica– el “amor a la clase obrera”, del que hablaba nuestro adulator de las miserias morales del obrero medio, porque, entonces, entendemos que se desea que no desaparezca como tal clase y, en consecuencia,

(*ibid.*, pág. 4)? Comidillas de vieja: el jefe dicta y el primer actor declama. Pero lo importante es que, de aquí, se quiere llegar a ofrecer una imagen degradante de quienes hemos permanecido fieles a la trayectoria del PCR y a los objetivos de la Nueva Orientación, como si fuéramos una organización “sectaria”, “fanatizada”, ideológicamente “manipuladora”, “redentora, providencial, mesiánica”. Eso sí, todo fundamentado sobre la base del chismorreo: al parecer, el “padre de la Nueva Orientación” “llegó a sugerir que tal vez fuera necesaria la configuración de nuestra organización como secta durante algún periodo” (*ibid.*, pág. 16), según versión del *padre* de los renegados. *Algo que alguien dijo...* He aquí el terreno en el que estas gentes quieren debatir: no sobre documentos, no sobre resoluciones, ni sobre palabras escritas, sino sobre rumores, dimes y diretes. En esto fundan su crítica a la Nueva Orientación y la construcción de su política. Y lo peor de todo es que el rumor y el chisme han pasado a jugar un papel tan importante en la conformación de la fracción antipartido que han tenido que teatralizar hasta la exageración y hasta el punto de que la farsa cobre vida propia. Goebels decía que basta con repetir una mentira muchas veces para que parezca verdad. Pero olvidó añadir que hasta el mentiroso terminaría creyéndola. Esto es lo que les ha ocurrido a estos falsarios (como demuestra el patético artículo dedicado a las sectas de 2ª T-“D” –que más bien parece un informe de aspirante a una plaza en la Comisión Europea que un trabajo para la prensa comunista), aunque no debe extrañarnos de quienes tienen tan arraigados los prejuicios burgueses que interpretan las palabras en la clave del sistema de valores imperante, declarando con ello su total alejamiento de la tradición y de la cultura comunistas, en la que se incluye un bagaje conceptual propio, fruto de una experiencia independiente como clase. Y una de esas nociones propias, inscritas en nuestra tradición revolucionaria, es la de *secta* o, si se prefiere, *círculo conspirativo*, *sociedad secreta*, etc. En cuanto al rumor, es cierto que el “padre de la Nueva Orientación” planteó **como reflexión** – y no como propuesta política práctica– la oportunidad, en nuestra época, de tener en cuenta la relación que había señalado Marx entre organización sectaria de la vanguardia obrera y desarrollo del movimiento obrero. Fue precisamente el texto que cita Comas en su artículo el que se trajo a colación, aunque, naturalmente, sin la demagogia con la que éste lo usa, ni el espíritu doctrinario y dogmático con que la interpreta, como si el asunto estuviera ya zanjado por la posición supuestamente inamovible de Marx:

que no desaparezcan ni la opresión ni la explotación. Finalmente, opusimos a este postulado, ya puestos en plan sentimental, el “amor a la humanidad”, entendida ésta, claro está, en sentido abstracto, como especie, no como conjunto social históricamente determinado y organizado en clases (¿por qué esto no lo dicen?), porque se ajusta más y mejor a los motivos y los objetivos del marxismo.

“El desarrollo del sectarismo socialista y el desarrollo del movimiento obrero se encuentran siempre en proporción inversa. Las sectas están justificadas (históricamente) mientras la clase obrera aún no ha madurado para un movimiento histórico independiente. Pero en cuanto ha alcanzado esa madurez, todas las sectas se hacen esencialmente reaccionarias.” (cf. *ibid.*, pág. 3).

Naturalmente, estamos ante sectas revolucionarias entendidas como sociedades secretas o grupúsculos de propaganda y agitación comunistas. Sólo mentes enfermas o verdaderamente manipuladoras pueden interpretar de otro modo el planteamiento originario de la cuestión para relacionarlo con las modernas sectas religiosas y las sectas *destructivas*, que tanto alarman hoy al burgués bienpensante. Pero vayamos al grano. Como si de buenos sectarios se tratase, nuestros farsantes han tomado al pie de la letra la doctrina del *padre fundador* del socialismo científico: el movimiento obrero está históricamente maduro y las sectas son *siempre* reaccionarias. Sin embargo, Lenin, que no era ni dogmático ni sectario –aunque estuvo organizado a la manera sectaria en sus primeros tiempos de militante revolucionario, aún después de la *sentencia* de Marx–, nos enseñó a distinguir entre conquistas históricas y conquistas políticas del proletariado. En su polémica con los izquierdistas de la Internacional Comunista acerca del papel de las instituciones burguesas en la revolución proletaria, principalmente en lo que se refiere al parlamento, Lenin decía que, siendo una institución reaccionaria históricamente superada por el progreso social y la lucha de clases del proletariado –que ya había hallado formas superiores de organización política del Estado en los *soviets*–, sin embargo, debía ser utilizada por la vanguardia cuando aquella **conquista histórica** no formara aún parte de las **conquistas políticas** de las masas. Lo mismo sucede en el terreno de la organización revolucionaria. Históricamente, el círculo conspirativo está superado. Por supuesto, el proletariado ya ha sido capaz de organizarse en partido de nuevo tipo, en Partido Comunista. Pero esto no implica que políticamente esta conquista pueda cobrar actualidad en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia, si bien la lógica dogmática, como vemos, nos conmina a ello. Es esta lógica la que se halla detrás de los proyectos de *unidad comunista* o, como también se los denomina, de *reconstrucción* del Partido Comunista, siempre fracasados porque hacen abstracción de los requisitos **políticos** objetivos previos y porque fundan la empresa en el voluntarismo subjetivista y, como parece, en la providencia de los logros históricos del proletariado, proyectos que, por cierto, Comas conoce en primera persona mejor que nadie y de los que por lo visto no ha aprendido nada.

Marx escribió el texto citado en 1871, con la AIT y la experiencia de la Comuna de París como trasfondo histórico y exponentes máximos del grado de madurez histórica alcanzado por el proletariado internacional hasta ese momento.

Sin embargo, todavía la vanguardia revolucionaria rusa –incluyendo a los marxistas– se organizará en *kruzhoki*, en pequeños círculos clandestinos, hasta finales del siglo. He aquí un ejemplo histórico concreto y perfectamente comprensible de la contradicción historia-política, siempre presente en el análisis marxista. Entonces, examinando los requisitos que el propio Marx establece en este párrafo, ¿podemos afirmar rotundamente que, aquí y ahora, la clase obrera dispone de un movimiento propio independiente? Y si esto no es así –y no lo es⁷–, ¿hay que reflexionar sobre la “proporción inversa” de la que habla Marx desde el punto de vista de nuestra línea organizativa como destacamento de vanguardia?, ¿tendría sentido el planteamiento de un interrogante en estos términos? En esto, única y exclusivamente, consistía toda la cuestión suscitada –además, de manera informal– por quien es señalado ahora por ello como objeto de escándalo y escarnio. Que el lector juzgue sobre la legitimidad del asunto y sobre quiénes son realmente los que niegan el debate.

Hemos repetido hasta el hartazgo que nuestros renegados son liquidadores porque su línea sindicalista niega la necesidad teórica y práctica del Partido Comunista. También fue Lenin quien mostró esta relación inseparable entre sindicalismo político y aniquilación del Partido (por ejemplo, en el X Congreso del partido bolchevique); más aún, fue Lenin quien descifró el hilo conductor que une la negación del trabajo conspirativo y la liquidación de la organización revolucionaria (por ejemplo, en las polémicas con los mencheviques entre 1906 y 1912). Pues bien, esta seudopolémica estrambóticamente orquestada sobre las sectas no es más que la forma solapada de negar la necesidad del trabajo conspirativo de la vanguardia, no es más que la creación del ambiente adecuado para iniciar la liquidación de la línea organizativa de nuestro partido, que siempre se ha sostenido sobre la combinación del trabajo legal con el ilegal, la creación de las condiciones ideológicas y políticas para justificar el trabajo abierto entre las masas como única práctica política⁸. ¡Qué casualidad! Precisamente la posición que defendía Luis Comas por la época en que se erigía en adalid del *marxismo*

⁷ Naturalmente, en esto existe otra interpretación, la oportunista, la reformista y reaccionaria: que las luchas obreras *consecuentes*, dirigidas por sindicatos o sindicalistas *honestos*, son formas independientes del movimiento obrero; en otras palabras, que la conciencia *en sí* no es una forma de conciencia burguesa, sino una forma independiente de conciencia proletaria, digámoslo así, su forma espontánea, *pura*. Esto supone negar la tesis leninista de que sólo existe una forma de movimiento y de conciencia proletarios independientes, los forjados en el socialismo científico, los revolucionarios; supone negar la tesis leninista –que está en la base de esto– sobre la escisión histórica del movimiento obrero en dos alas, tesis que nuestros abjuradores han repudiado en la práctica para ir a beber al abrevadero economicista-menchevique de Harnecker y cía.

⁸ La eliminación de *La Forja* como órgano clandestino de propaganda comunista es una prueba palmaria de ello, además de un paso más en el derrotero liquidacionista en el que se ha embarcado la fracción antipartido.

ortodoxo y látigo del *marxismo occidental*. Mucho ha tenido que retroceder el *gran gurú* de la fracción derechista para encontrar aliados de cierto empaque teórico que le ayuden a encontrar una excusa política y una justificación teórica a su deserción de la revolución.

Desde luego, la correlación trabajo abierto-trabajo conspirativo es una de las señas de identidad del partido de nuevo tipo leninista como estructura política. De hecho, la defensa y salvaguarda de la organización clandestina del partido frente al liquidacionismo menchevique fue una constante en la historia de la socialdemocracia rusa (sobre todo tras la Primera Revolución, cuando los mencheviques presionaron con denuedo para convertir al partido obrero en un partido legal y de masas), y la piedra de toque desde la que Lenin definió los elementos de su concepción del partido revolucionario, hasta crear las condiciones para que ese modelo pudiera ser elevado a modelo universalmente válido como sistema político-organizativo de relación entre la vanguardia y las masas revolucionarias del proletariado (asunto, éste, que centra la atención de nuestra *Tesis de Reconstitución*). Precisamente, es en este paso donde los revisionistas levantan sus obstáculos: para ellos –como, por ejemplo, para Roger Garaudy– el modelo de partido leniniano, sobre todo en los términos en que está descrito antes de 1905 –principalmente en *¿Qué hacer?*–, no es exportable porque obedecería, entre otras circunstancias, a las condiciones políticas específicamente rusas de clandestinidad de toda actividad política de oposición y de ausencia total de cauces de participación pública en la política impuestas por la autocracia zarista. Sin embargo, fue el propio Lenin quien comenzó esa labor generalizadora –aunque no siempre de la manera sistemática que hubiera sido deseable– de su modelo de partido revolucionario –al menos, hasta 1917–, consustancialmente diferente tanto del círculo conspirativo anarquista como del partido de masas de la II Internacional. Podemos comprobar, por tanto, que la incomprensión de la labor conspirativa de la vanguardia conduce a la incomprensión de la naturaleza del partido leninista, como les ha sucedido, efectivamente, a nuestros derechistas. Como botón de muestra, otra murmuración del jefecillo mentiroso. Según él, para nosotros:

“Sólo el C. C. (y no todos sus miembros) merece la consideración de partido y, en la base, únicamente interesan los camaradas más jóvenes y cultos, en tanto que los demás son valorados como un lastre del que es preciso desprenderse.” (*ibid.*, pág. 15).

De esto nos acusa quien segregó a los camaradas más veteranos de nuestra organización en una célula *especializada* en la difusión de propaganda como única actividad, porque, a su entender, no servían para otra cosa y no existían posibilidades de elevación para ellos. El mismo que iba diciendo por ahí, a hurtadillas, que cada cual vale para lo que vale y que, en la organización, hay

quien puede dedicarse a escribir y quien sólo podrá hacer fotocopias. Y esto en plena lucha por la Nueva Orientación, enemiga mortal de esta concepción determinista y de esta tendencia prematura a la especialización del trabajo militante en la fase actual de la Reconstitución. De modo que cae por su propio peso esta nueva injuria contra la línea política del PCR. Precisamente, la Nueva Orientación se basa en la confianza en las posibilidades de autotransformación del militante comunista, siempre que exista voluntad para ello. De lo contrario, por supuesto, no arrastraríamos más que lastre. ¡Como del que por fin nos hemos deshecho con la escisión del grupo derechista! Pero hemos prometido no caer en el chismorreo. Vayamos a lo importante, la concepción del Partido de que se nos acusa sobre la base, nuevamente, del rumor. La *Tesis de Reconstitución* –sobre la que se sostiene la Nueva Orientación, que es su Plan de realización– defiende una definición del Partido Comunista como fusión entre el socialismo científico y el movimiento obrero, entre la vanguardia y el movimiento de masas, como unidad entre la conciencia revolucionaria, la teoría de vanguardia, y el movimiento obrero espontáneo. En lo concreto, la *Tesis de Reconstitución* describe al Partido como organización de la vanguardia más sus correas de transmisión hacia las masas, más la organización del movimiento revolucionario de masas. Insinuar siquiera que identificamos al Partido con el Comité Central es un infundio que, en realidad, denuncia a su propio autor, que esta vez se ha visto traicionado por su propio subconsciente, pues sólo quien profesa una visión organicista del Partido puede contemplar la posibilidad de interpretarlo como la reducción a su organismo más elevado. La lógica organicista conduce al silogismo vulgar según el cual *si el Partido Comunista es la organización de vanguardia y el Comité Central es su organismo más avanzado, entonces el Partido Comunista es el Comité Central*. Por el contrario, nuestro partido ha denunciado ya la simplificación organicista del partido leninista como *destacamento de vanguardia*, en la medida que esta fórmula es comprendida sobre todo como organización *sans phrase*, como *aparato político*, y en tanto que, en la historia de nuestro movimiento, se fue interpretando cada vez más como estructura política de reunión de individuos y menos como centro de referencia en la interrelación de los distintos sectores de la clase obrera en orden a su grado de conciencia, como punto de partida para la construcción de vínculos ideológicos y políticos con las masas⁹. En lo fundamental, el organicismo consiste en circunscribir el sistema de relaciones ideológicas y políticas al grupo de **individuos** reconocidos que conforman la organización, por lo que se trata de un sistema cerrado, de un sistema interno que separa claramente a la vanguardia del resto de sectores de la clase. Por el contrario, el partido leninista es un sistema de relaciones políticas e ideológicas abierto al conjunto de la clase, con vocación de ser establecido entre

⁹ Vid., *El partido revolucionario del proletariado y las tareas actuales de los comunistas*, en LA FORJA, nº 27. Agosto, 2003; págs. 26 y ss.

todos sus sectores y organismos (es decir, el Partido no es un conjunto de individuos, sino un conjunto de organizaciones). Esto, que a los practicistas que han decidido cambiar el trabajo comunista por el sindicalismo les puede parecer sutilezas de intelectuales, es en realidad muy importante desde el punto de vista de la táctica para la Reconstitución del Partido. Así, el organicismo conducirá ineluctablemente hacia la *unidad de los comunistas*; sólo la *Tesis de Reconstitución* y la Nueva Orientación expresan la verdadera perspectiva leninista en la construcción del Partido.

... (Entre chismorreo y chismorreo, un paréntesis para hablar del Partido)...

Pero dejemos que sea el propio Lenin quien arroje luz sobre este asunto. En una carta escrita en agosto de 1902 y dirigida a Smidovich, el futuro jefe bolchevique se esfuerza por aclarar el fondo de su visión del partido revolucionario:

“[...] ¿Quién podía pensar en ‘disolver’ los círculos, los grupos y las organizaciones de obreros, en lugar de multiplicarlos y fortalecerlos? Usted escribe que no señalé cómo puede vincularse con las masas obreras una organización rigurosamente clandestina. Eso no es así, pues (aunque eso *vient sans dire* [se sobreentiende]) [...] Usted mismo cita un pasaje [del *¿Qué hacer?*] en el que se habla de la necesidad de que existan ‘*en el mayor número* (la cursiva es de Lenin) y con las funciones más diversas’, ‘multitud de otras organizaciones’ (NB!) (*¡¡multitud!!*) (o sea, además de la organización central de revolucionarios profesionales). Pero es un error suyo encontrar una antítesis *absoluta* donde yo sólo **establezco una gradación y señalo los límites de los eslabones extremos de esa gradación**. Pues aparece toda una cadena de eslabones, *empezando* por el puñado de personas que forman el núcleo rigurosamente clandestino y bien entrelazado de revolucionarios profesionales (el centro) y *terminando* por ‘la organización’ *de masas* ‘sin militantes’. Yo señalo sólo la orientación en el carácter cambiante de los eslabones: *cuanto más ‘masiva’ sea la organización, menos definitivamente configurada y menos clandestina debe ser*: esa es mi tesis. Pero Usted interpreta que esto significa ¡¡que entre las masas y los revolucionarios no se precisan intermediarios!! ¡Por favor! **Pero si toda la esencia está en esos intermediarios**. Y puesto que yo señalo las características de los eslabones extremos y subrayo (y *subrayo con fuerza*) la necesidad de que existan eslabones intermedios es evidente que estos últimos estarán ubicados *entre* la ‘organización de revolucionarios’ y la ‘organización de masas’; *entre*, por lo que se refiere a su tipo de

estructura, es decir, serán menos estrechos y menos clandestinos que el centro, pero más que un ‘sindicato de tejedores’, etc. [...]. ¿No se deduce esto lógicamente de lo que se dice en el libro de Lenin?”¹⁰

La verdad es que no. Por desgracia, la historia ha demostrado que la desorientación experimentada por Smidovich ante el *¿Qué hacer?* fue demasiado habitual entre las filas del movimiento comunista internacional. Este texto ha pasado por ser el libro de cabecera de los comunistas en cuestiones relacionadas con la naturaleza y la organización del Partido, el lugar donde se encuentra desarrollada de la manera más amplia y sistemática la concepción del partido de nuevo tipo proletario. Lo cual, a decir verdad, no es cierto del todo, porque, como permite entrever la carta de Lenin, el *¿Qué hacer?* deja abierta la puerta a la tendencia a interpretar el Partido como la organización de vanguardia exclusivamente, como “organización central de revolucionarios profesionales” aparte de las masas, sin la “cadena de eslabones” intermedios que vinculan a la vanguardia, a la “organización central” con las masas “sin militantes” revolucionarios. Y esto es así porque Lenin se centra, en aquella obra, en el aspecto principal de la unidad de contrarios que conforma el Partido Comunista (vanguardia-masas), el “extremo” más importante de la “gradación” que configura el Partido, la vanguardia organizada de revolucionarios, el “núcleo” “bien entrelazado de revolucionarios profesionales”, desde el punto de vista de su construcción como tal vanguardia y de la esencia de sus relaciones y de sus tareas políticas. De ahí la confusión de Smidovich, y de ahí las condiciones teóricas para el posterior dominio de aquella tendencia reduccionista que se haría patente durante el periodo de la III Internacional¹¹ (a lo que contribuyó tanto o más, todo

¹⁰ Lenin, V. I.: *Obras completas*. Ed. Progreso. Moscú, 1987. 5ª edición. Tomo 46, págs. 239 y 240 (La negrita es nuestra –N. de la R.).

¹¹ Stalin es quien primero y mejor expresa la unilateral síntesis bolchevique del partido leninista que terminará prevaleciendo una vez instalados los comunistas en el poder, cuando la presión para la masificación del partido aumentó cualitativamente en comparación con los periodos precedentes y, con ella, las condiciones para ceder a la tentación organicista del partido de masas. En sus *Fundamentos del leninismo*, entre otras inconsistencias (vid., *El partido revolucionario del proletariado*, págs. 28-33), el georgiano define al Partido como “organización central” por oposición al resto de organizaciones obreras “sin partido” a las que dirige “en una misma dirección” (Stalin, J.: *Obras*. Ed. VOSA. Madrid, 1984. Tomo VI, pág. 185). Para esta época (1924), el aparato de dirección del Estado y de las bases del partido había desplazado completamente toda posible visión de una “cadena de eslabones” que recogiera y reuniera todo el movimiento revolucionario de masas, en la que la “organización central” sólo fuera uno de sus extremos y en cuyo intermedio nunca existiese esa muralla china que posteriormente fue levantada. El triunfo de la concepción organicista fue, así, sellado, y del partido bolchevique pasó a la Komintern.

sea dicho, la necesidad constante de insistir hasta la exageración en el papel del destacamento organizado de vanguardia para combatir el otro reduccionismo, más peligroso aún, el socialdemócrata, que identifica al Partido con las masas). En *¿Qué hacer?* sólo hay un pasaje, por lo demás bastante enigmático, que nos puede permitir intuir la verdadera dimensión del tema que está tratando Lenin y adivinar, al mismo tiempo, un trasfondo de mayor calado en el que se incorpora. Refiriéndose a los *economistas* y a los terroristas, les acusa de no saber “vincular el trabajo revolucionario con el movimiento obrero para formar un todo”¹². Este es el único fragmento de *¿Qué hacer?* donde se invoca de alguna manera las tesis del Partido como fusión entre vanguardia y masas, como unidad entre socialismo científico y movimiento obrero en **una totalidad distinta y superior** a sus partes constitutivas, tesis que Lenin venía defendiendo desde el principio de su carrera, pero que en su libro no se desarrolla desde el punto de vista de ese “todo”, de esa *totalidad*, sino desde el de una de sus partes. Es por esta razón que es preciso tener en consideración la obra completa de Lenin, y no sólo un trabajo señalado, para hacerse una idea correcta de su verdadera concepción del Partido Comunista. Sin embargo, el movimiento comunista jamás realizó este trabajo crítico; al contrario, fue ganando terreno en él la visión organicista, la visión del Partido como organización de la vanguardia, como “organización central de revolucionarios” exclusivamente, hasta su triunfo definitivo. Por nuestra parte, como los renegados están embebidos de esa tradición y son fieles exponentes de esa cultura dogmática que revisó unilateralmente la concepción leninista del Partido, no han podido evitar dejar al descubierto su tendencia espontánea a interpretarlo como organización central únicamente y a proyectar en otros, en nosotros, sus propias limitaciones¹³.

Por otro lado, a diferencia del tratamiento concreto y minucioso de la problemática de orden teórico y organizativo que rodea a la construcción del destacamento de vanguardia, Lenin atiende en este libro al otro “extremo”, a las masas, de modo abstracto, como un factor dado y amorfo y como mero **objeto de actividad directa** de la vanguardia organizada para ello. Esta es la percepción que se extrae de una lectura no muy atenta del *¿Qué hacer?* en cuanto al tratamiento de la relación vanguardia-masas. Desde luego, esta interpretación es mucho más probable que la que expone Lenin en el fragmento de la carta que aquí hemos transcrito, puesto que ofrece muy pocos elementos que permitan

¹² Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 6, pág. 80.

¹³ La exageración reduccionista de la “organización central” en Comité Central, que se nos atribuye incomprensiblemente, está fuera de la lógica de nuestra visión del Partido, pero, en cambio, no es más que una cuestión de grado para la de nuestros inquisidores. Efectivamente, sólo depende del desarrollo cuantitativo del *partido* que la organización central esté formada por varios organismos y comités o, simplemente, por un solo comité (o sea, el comité central).

“sobrentender” o “deducir lógicamente” la correlación entre vanguardia y movimiento obrero de la que habla Lenin. No es de extrañar, entonces, que Smidovich –y muchos otros igual que él– terminara pensando en “disolver” las organizaciones obreras intermedias, al no vislumbrar otro tipo de labor que la actividad política **directa** de la vanguardia sobre el movimiento social, al interpretar “que entre las masas y los revolucionarios no se precisan intermediarios”. Precisamente el redil al que han ido a refugiarse finalmente nuestros sicofantes tras renunciar a la Nueva Orientación, que explica, en un esfuerzo de recuperación del espíritu leninista original, la necesidad de la **mediación** entre la vanguardia y las masas, y que permite entender por qué justamente “toda la esencia está en esos intermediarios”, por qué el Partido Comunista es una cadena de eslabones que gradualmente conectan a la vanguardia con el movimiento de masas –lo que, en otras ocasiones, Lenin denominaba “suma de organizaciones”¹⁴, aunque sin dejar tan clara y explícita su jerarquía interna, esa “gradación”. En otros términos y para reforzar el contraste con su visión como **organización**, el Partido Comunista debe ser contemplado, en sentido amplio, como un **movimiento** político revolucionario, un complejo de relaciones políticas orquestadas (organizadas) por el sector más avanzado de la clase, que abarca a la parte de ésta que sigue sus directrices en la lucha de clases y comparte sus objetivos revolucionarios programáticos. La descripción que nos ofrece Lenin en su misiva no se refiere a una estructura orgánica estática, sino que describe un movimiento (organizado, naturalmente) en sus distintos elementos: encabezado por “el núcleo rigurosamente clandestino y bien entrelazado de revolucionarios profesionales”, alimentado por “multitud de otras organizaciones” que le sirven de “intermediarios” (correas de transmisión) con su base social, las organizaciones de masas, incluyendo aquellas “sin militantes” comunistas.

Esta última apreciación sobre las organizaciones de masas “sin militantes” como último eslabón de la cadena, como el otro “extremo” opuesto a la vanguardia, es muy ilustrativa y encierra, por cierto, gran importancia porque deja claro, de manera definitiva, que para Lenin el Partido no es la suma de sus miembros¹⁵, no es *su militancia*, su organización, sino un conjunto de vínculos político-ideológicos, un sistema de *relaciones sociales* en el que perfectamente puede incorporarse –gracias a la atracción de los “intermediarios”– un sector de

¹⁴ “El Partido *es* una suma de organizaciones vinculadas en un todo único. El Partido *es* la organización de la clase obrera, ramificada en toda una red de organizaciones de todo género, locales y especiales, centrales y generales.” (Lenin, V. I.: *O. C.*, t. 24, pág. 35).

¹⁵ En enero de 1905, Stalin, comentando el debate sobre el artículo primero de los Estatutos del Congreso de 1903, dejó claro que la insistencia de Lenin en definir *quién era miembro* del partido como alguien que participara en la actividad de alguna de sus organizaciones obedecía a una visión del Partido que se basaba en “una *organización* centralizada y no [en] un *conglomerado* de individuos.” (Stalin: *Obras*, t. I, pág. 69).

las masas sobre el que posiblemente no haya actuado directamente ninguno de los organismos intermedios ni ningún miembro reconocido de la “organización central”, a condición de que se sitúe en la dirección del movimiento político que señala el núcleo de vanguardia¹⁶. Se recoge, de esta manera, todo un abanico, toda una “gradación” que permite hablar del **Partido Comunista como organización del movimiento revolucionario**.

Lo que sí queda muy claro en *¿Qué hacer?*, lo que sí se puede “deducir lógicamente” –y mucho mejor con la clave que nos aporta la carta de Lenin que comentamos– es el procedimiento de construcción de ese movimiento revolucionario, el punto de partida y la posición inicial que debemos adoptar. No cabe duda de que es **desde la organización de vanguardia y desde la teoría de vanguardia** donde Lenin señala incuestionablemente que debe comenzarse todo el proceso, y que la construcción de la cadena debe continuarse *de arriba abajo* en sus sucesivos eslabones intermedios, desde la “organización central” hasta alcanzar e incluir a las más amplias masas en el movimiento revolucionario, incorporando en este proceso sectores y organismos que nos permitan y ayuden a ampliar de manera creciente las bases sociales y políticas de nuestro movimiento. Lenin articula este modelo político desde el problema del trabajo conspirativo de la vanguardia y del tipo de relaciones que de esta actividad se derivan. Sin embargo, y considerando que el eje conformado por la relación trabajo legal-trabajo ilegal es irrenunciable y adquiere carácter estratégico para la lucha de clase del proletariado¹⁷, podemos hacer abstracción de esta circunstancia y admitir –al contrario que el oportunismo garodista– que el modelo leninista de construcción política es un modelo universal, independientemente del peso específico que en cada momento tenga cada uno de los elementos del trabajo partidario en esa relación. En este sentido, la *Tesis de Reconstitución* es la teorización de ese modelo universal, y la Nueva Orientación su aplicación a las circunstancias históricas del ciclo revolucionario concluido. Nuestros renegados, en cambio, han renunciado al leninismo, a la *Tesis de Reconstitución* y a la Nueva Orientación, y han retornado al partido de masas. Eludiendo la tarea de construcción de los eslabones del movimiento revolucionario, se dirigen

¹⁶ “El Partido está donde la mayoría de los obreros se ha agrupado en torno a las decisiones del Partido, que dan respuestas coherentes, sistemáticas y exactas a los problemas más importantes. El Partido está donde la unidad de estas decisiones y la voluntad única de aplicarlas honestamente han cohesionado a la mayoría de los obreros conscientes.” (*Ibidem*, págs. 88 y 89). Lo importante, pues, no es *tener el carné*, dilucidar la no siempre fructífera cuestión de *quién es miembro* de alguna de las organizaciones partidistas (lo que no quita que este criterio juegue su papel y deba ser tenido en cuenta), sino comprobar qué sectores de las masas aplican la política de la vanguardia para delimitar el movimiento revolucionario, los contornos sociales del Partido Comunista.

¹⁷ Para conocer los principios en los que se basa la posición del PCR en este asunto, *vid.*, *Entre dos orillas*, en LA FORJA, n° 16. Febrero, 1998; pág. 22.

directamente al “movimiento real” de la clase para “elevantarlo” y para que se *transforme* en movimiento revolucionario. Lo cual, naturalmente, es una quimera, quimera que tiene entre uno de sus presupuestos el concepto de partido de masas, ya sea en su versión estaliniana de “organización central” (constituída como suma de individuos) independiente de ellas pero que las dirige, ya en su versión socialdemócrata de organización política autónoma de las masas desde la influencia de la vanguardia. Ambas versiones, como se ve, no son más que las dos caras de la misma moneda, sólo se diferencian en que cada una de ellas contempla uno solo de los “extremos” de la cadena. Por lo que respecta a los nuevos *economistas* salidos de nuestro partido, sólo admiten la construcción política del movimiento *desde abajo*, desde la *realidad* de las luchas inmediatas de las masas¹⁸. Si algo queda meridianamente claro en *¿Qué hacer?*, si algo se puede “deducir lógicamente” de lo expuesto en el libro de Lenin, es, precisamente, que su punto de vista es absolutamente contrario a esto.

Este debate sobre las vías para la construcción del Partido no es tampoco estéril, pues de él se deriva –igual que del relacionado con su naturaleza– el otro gran criterio táctico que puede guiar la Reconstitución por uno u otro camino, el revolucionario o el oportunista: la línea de construcción política desde la vanguardia sintoniza con el leninismo y con la *Tesis de Reconstitución* del PCR; la línea de construcción desde el “movimiento real”, desde la práctica inmediata entre las masas es la sintonía de la *unidad comunista*. Y es por esta última vía por la que se ha desbocado irremediabilmente, empujado por la lógica de las premisas teóricas y de los conceptos políticos que en su rectificación oportunista ha ido adoptando, el sector derechista de nuestro partido, dedicado cada vez más a mendigar por los foros de internet un hueco en el “movimiento real” del proletariado. ¿Participar en la realidad material de la lucha de clases del proletariado? Aunque erróneo, incluso esto sería respetable. Sin embargo, nuestros renegados son incapaces de realizar siquiera este trabajo, que puede llegar a ser abnegado, porque requeriría demasiados sacrificios; es más fácil hacerse un sitio entre los vocingleros del comunismo, es mejor la realidad *virtual* del *juego* político entre los oportunistas, es mejor jugar a la revolución. Pero prosigamos y comprobemos a qué tipo de nociones sobre el Partido se han pasado con armas y bagajes los desertores del PCR:

“A) La posición de los fundadores del socialismo científico no tiene nada en común con el reformismo y la contrarrevolución, por mucho que su obra práctica fuera luego derrotada y traicionada por el enemigo revisionista (al igual que lo fue, más tarde, la del

¹⁸ Para comprender mejor la base filosófica empirista (burguesa) que sostiene este concepto inmediato de *realidad*, *vid.*, *La desviación de derecha en el seno del movimiento comunista internacional*, en LA FORJA, n° 27, pág. 17 y ss.

dirigente bolchevique... ¿defenderlo sería entonces otro síntoma de reformismo?);

B) Lenin no negó absolutamente el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels o los principios políticos y organizativos de éstos, porque la única verdadera diferencia entre esos dos modelos de partido se debe al cambio de circunstancias históricas, al paso del capitalismo a su fase imperialista, por el cual el oportunismo dejó de ser un mero reflejo de inmadurez de las nuevas capas del proletariado que traían a la clase los prejuicios de sus orígenes pequeñoburgueses. El soborno a la aristocracia obrera posibilitado por el monopolio capitalista escinde al movimiento obrero que ve nacer en su seno a un partido contrarrevolucionario. Por eso, para asegurar el desarrollo de dicho movimiento como movimiento revolucionario es preciso concentrar todos los esfuerzos en la construcción de un partido de vanguardia contrapuesto a aquél. Vanguardia es, para Lenin, un concepto relativo a las partes de un mismo movimiento obrero y nada tiene que ver con la élite intelectual que los Nuevos Orientadores quieren construir fuera de dicho movimiento. Oponiendo absolutamente las formas de organización marxistas respecto de las leninistas, quieren hacer pasar por correcta su propuesta de construir vanguardia y teoría revolucionaria fuera de la clase obrera, de su movimiento real. ¿Y qué es vanguardia fuera del movimiento obrero? Sólo puede ser puro movimiento intelectual, pura intelectualidad, es decir, otra clase social llamada a usurpar el papel histórico del proletariado.” (*ibid.*, págs. 21 y 22).

Ya hemos denunciado, y más adelante continuaremos haciéndolo, la interpretación ecléctica y metafísica que de la dialéctica profesan estos señores. Luego lo abordaremos en el plano abstracto, ahora nos ceñiremos a su aplicación concreta al tema del Partido. Para empezar, no se trata de si los “dos modelos de partido” se oponen “absolutamente”, tan sólo si se oponen, si son “contrapuestos” en sentido dialéctico. Nuevamente, el subconsciente ha traicionado al filisteo desvelando la verdadera naturaleza de su pensamiento: sólo quien no comprende la dialéctica, quien opera mentalmente con el método lógico-formal, puede interpretar la negación o la antítesis como algo *negativo* e inasumible, contraproducente, como algo excluyente e incongruente, como “negación absoluta”; sólo quien ha asimilado la doctrina como revelación puede escandalizarse ante la idea de una oposición, de una *negación dialéctica* en algún punto entre Marx y Lenin. Y esta cuestión es crucial para comprender los mecanismos de desarrollo del pensamiento proletario, en primer lugar, porque si la posición de Marx y Engels “no tiene nada en común con el reformismo y la contrarrevolución, por mucho que su obra práctica fuera luego derrotada y traicionada por el enemigo revisionista”, además de encontrarnos de bruces con

una “negación absoluta” y dogmática como planteamiento, rehuimos comprender que hay elementos internos *contradictorios* en toda su obra y pasamos a interpretarla como un bloque monolítico íntegro y siempre actual; en segundo lugar, porque si la obra de Lenin, también “derrotada y traicionada”, sólo es un aporte positivo que se acumula sobre el legado anterior “de los fundadores del socialismo científico”, entonces no puede ser dilucidada como negación dialéctica, como resultado de la crítica de aspectos teóricos y prácticos de ese legado inadecuados al desarrollo de la lucha de clases, so pena de caer en el campo del “enemigo revisionista”, en el campo de los traidores al marxismo-leninismo, so pena de caer en el terreno de la “negación absoluta”, del enfrentamiento sacrílego entre los *profetas*. En consecuencia, se niega todo principio de contradicción –y, por tanto, el principio dialéctico– como motor de desarrollo para el pensamiento proletario, y se pasa a imputar los errores y el fracaso no al factor interno, a un posible tratamiento incorrecto de las contradicciones en el método, en el pensamiento de los marxistas y en su relación con la práctica, sino a un elemento externo, a la tergiversación, a la traición, a la acción de un agente ajeno, “el revisionismo”, que toma la *verdad* y la adultera, confundiendo a los obreros, etc. ¿Dónde está ahora la unidad dialéctica entre marxismo y revisionismo? Ha desaparecido. ¿Es que el marxismo no contiene en sí el revisionismo, no es éste la expresión de su permanente necesaria actualización, de su permanente revolucionarización como teoría de vanguardia? ¡En absoluto, la doctrina revelada es pura y no puede ni rozarse con “el enemigo”! Nuestros eclécticos insisten mucho en la unidad de los contrarios cuando se trata de atenuar las consecuencias de la lucha y del antagonismo, como es de esperar de todo oportunista y de todo futuro funcionario sindical *serio y responsable*; pero se vuelven dogmáticos cuando se trata de aplicar esa misma regla a su santa religión, momento en el que se muestran intransigentes y se visten con sus togas de inquisidores.

Pero seamos serios de verdad. Centrémonos en el Partido y situándonos en el marco histórico que sirve de contexto a “esos dos modelos” (el paso del librecambio al monopolio), si el monopolio es la antítesis de la concurrencia, **su negación** –como Lenin demuestra en su estudio del imperialismo¹⁹, y esperamos que por esto nadie le acuse de “negar absolutamente...”–, ¿cómo no iba a reflejarse este fenómeno en el pensamiento proletario?, ¿es que no es éste también una caja de resonancia del desarrollo social? ¿Dónde está aquí la aplicación elemental del materialismo elemental del que hacen gala nuestros profesorcillos? Esta filosofía ha resultado no ser más que un barniz bajo el que se oculta el

¹⁹ “Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente cuando llegó a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis.” (Lenin, *O. C.*, t. 27, pág. 404).

idealismo, el sacerdocio de la doctrina revelada. Si es correcta la definición de Stalin del leninismo como el marxismo de la época del imperialismo, ¿se puede afirmar seriamente que no hay ninguna contraposición entre Marx y Lenin?, ¿por qué no es el pensamiento de Marx el marxismo de la época del imperialismo? Y si esto no se comprende de manera consecuente, alguien que aplique tesis adecuadas al capitalismo concurrencial, pero inadecuadas en el imperialismo, aunque lleven el sello de Marx (¿algún marxista puede negar esta posibilidad?), ¿no demuestra “síntoma de reformismo” con ello?, ¿no se trata de la refutación de la tesis estaliniana antedicha? Pues quídam lo niega y lo refuta, y, con ello, sustrae de todo sentido al leninismo como fase específica de desarrollo del pensamiento proletario.

Como ya vaticinó la Resolución del Comité Central dedicada a estos derechistas, no tardarían mucho en oponerse también a la tesis del *ciclo revolucionario*, hasta ahora la principal conclusión de nuestro estudio de la experiencia histórica de construcción del socialismo. Y, en efecto, la lógica positivista del avance ideológico por acumulación se enfrenta de manera radical al principio cíclico. Uno de los pilares sobre los que se sostiene la tesis del ciclo consiste en percibir la obra de Marx y Engels no sólo como la fundamentación primordial de una nueva concepción del mundo, sino también como la expresión teórica de un grado determinado de desarrollo –relativamente inmaduro– del proletariado como clase y de su lucha de clases. Esto implica, por un lado, la cristalización de esa expresión teórica en un modelo o visión del desarrollo de la revolución proletaria, y, por otro, la aceptación de límites en la formulación y en la aplicación de ese modelo paradigmático en virtud, precisamente, del carácter relativo del desarrollo de la clase como clase revolucionaria, y, en consecuencia, implica asimismo la apertura de líneas de **evolución teórica desde la revolucionarización** de ese paradigma en función del contraste permanente con la práctica y con la autocrítica teórica. Sin embargo, desde la defensa de un supuesto *marxismo ortodoxo* –al que se han adherido tras abandonar el marxismo vivo de la Nueva Orientación– no se admiten insuficiencias ideológicas, no se admite que la causa última de los errores, de la “derrota” y del triunfo de la “traición” radique principalmente **en el seno del propio marxismo-leninismo**, cuyas contradicciones, en su desenvolvimiento, han creado las condiciones para el colapso de todo un ciclo histórico y del paradigma revolucionario que sobre él se sostenía. Para los *ortodoxos*, por el contrario, Octubre permanece abierto como experiencia histórica a la espera de nuevos elementos que puedan añadirse a ese proceso de acumulación positiva de enseñanzas realizado sobre un mismo marco teórico-conceptual vigente desde 1848. Este marco es inamovible y permanente, cual verdad eterna. Rompemos, una vez más, con el materialismo, porque se impone la madurez ideológica a una clase ya desde su más tierna infancia. Sólo cabe esperar sucesivas revelaciones de nuevos profetas a agregar a la verdad

primigenia, pero jamás en contradicción con ella²⁰. La teoría y su aprendizaje consisten, pues, en el repaso de la galería de profetas que poco a poco nos han ido legando su *viejo testamento*, sobre el que cardenales y rabinos erigirán sus iglesias.

Pero volvamos al Partido, al punto de vista que sobre él han terminado adoptando los hijos pródigos del partido obrero de masas. Para comprobarlo, el parrafito que acabamos de citar resulta del todo revelador. La lógica de su discurso es la siguiente: no existe diferencia entre el partido obrero decimonónico y el partido de nuevo tipo fuera del plano formal, debido “al cambio de circunstancias históricas”. El oportunismo de la época del capitalismo concurrencial, del típico partido de la II Internacional, era debido a la inmadurez de la clase en su formación como clase económica, era “un reflejo” del todavía reciente origen pequeñoburgués que aún arrastraba el proletariado como clase histórica en formación. El oportunismo, así, tiene sus raíces en la conciencia pequeñoburguesa del proletariado, en “los prejuicios de sus orígenes pequeñoburgueses”. Por lo tanto, la conciencia de clase que va surgiendo de su desarrollo en el contexto de las relaciones de producción capitalistas, su conciencia espontánea como clase económica madura, es ya plenamente conciencia proletaria, no una forma de conciencia burguesa (como defiende Lenin en *¿Qué hacer?*), y no se le puede designar en ningún caso como base ideológica del oportunismo. Al contrario, sólo puede tratarse del punto de partida, del “embrión” de la conciencia revolucionaria. Por otra parte, el oportunismo en la etapa monopolista del capitalismo se debe al “soborno a la aristocracia obrera”... ¡Pero, alto ahí, hemos visto la trampa! Aquí, por lo menos, hay dos saltos en el vacío. Primero: si la aristocracia obrera ya existe, se da por supuesta, preexiste como casta privilegiada, entonces, ¿por qué sobornarla? Lo que ocurre en realidad, lo que se nos esconde, es que, en términos históricos, lo que hace el capitalismo monopolista es dirigirse **a las masas** obreras con el fin de destacar de su interior un determinado sector y transformarlo en aristocracia obrera. Con este pequeño *olvido*, nuestro tramposo ha querido ocultar el segundo salto mortal: si en la época del capitalismo monopolista la clase obrera ya está conformada económicamente, ya es una clase materialmente madura, la influencia de los prejuicios pequeñoburgueses no puede ser determinante como base ideológica del oportunismo; entonces, ¿sobre qué tipo de conciencia puede el capital sobornar a

²⁰ Por ejemplo, la visión del mecanismo de progreso de la Revolución Proletaria Mundial, que en el *Manifiesto* de 1848 se vislumbra como un proceso mundial y que a partir de 1925 se contempla alrededor de revoluciones nacionales, ¿no supone un cambio de modelo, de percepción teórica de los procesos sociales, la sustitución de un paradigma revolucionario por otro contrapuesto, irreductible a aquél, no es su negación?; y el empeño, por parte de Trotski, en permanecer utilizando como guía el modelo de 1848, incluso después de 1925, ¿no es un evidente “síntoma de reformismo”?

un sector del proletariado, artífice postrero de toda la obra oportunista y revisionista en el movimiento obrero? No puede ser más que sobre la conciencia de clase espontánea, sobre la conciencia del proletariado como clase económicamente formada, sobre la conciencia de clase *en sí*, que nos desvela, de este modo, su verdadera naturaleza, toda su dimensión como forma de conciencia burguesa, como **la** conciencia burguesa propia del proletariado, la conciencia burguesa que genera espontáneamente el proletariado como sujeto social inmerso en el sistema de relaciones capitalistas. Es decir, el capital estuvo en condiciones de sobornar a un sector de la clase obrera para formar una casta reaccionaria de privilegiados como garantía de seguridad para el sistema, precisamente, porque existía la base ideológica y cultural adecuada para ello, la base que deja preparada la maduración del proletariado como clase económica producto del desarrollo capitalista, la base ideológica que es el reflejo en la conciencia social de esa condición, que es, entonces, una conciencia burguesa.

A partir de aquí, se derrumba todo el quebradizo edificio político que pretendían construir los nuevos *economistas* sobre terreno tan movedizo: no es el capital quien escinde un movimiento obrero que, supuestamente, en su desarrollo espontáneo engendraría movimiento revolucionario a condición de que mantengamos “despejado” y sin obstáculos su toma de conciencia *natural*²¹. Ni

²¹ La fracción derechista se considera “ya vanguardia” y cree que sólo podrá desarrollarse como tal “y producir una teoría que realmente sea de vanguardia”, si se vincula “con la clase revolucionaria en sus más diversas expresiones” (1ª T-“D”, pág. 23). Al mismo tiempo se plantean como tarea imprimir al movimiento obrero “la conciencia que le falta” (*ibid.*, pág. 22). Pero, ¿qué conciencia le faltaría si ya es una “clase revolucionaria”? ¿qué teoría revolucionaria se precisa “producir” como vanguardia si la clase “revolucionaria” ya está en marcha? De este tipo de incongruencias ya advertía el joven Kova en los primeros tiempos de la polémica contra los mencheviques: “Si son la masa misma y su movimiento espontáneo los que nos dan la teoría del socialismo, no hay por qué preservar a la masa de la influencia nociva del revisionismo [...]” (Stalin: *Obras*, t. I, pág.56). Efectivamente, si el movimiento espontáneo genera el “embrión” de la conciencia revolucionaria, entonces, el proceso de toma de conciencia de las masas consiste en su **elevación** hacia niveles ideológicos superiores, supuestamente, los del socialismo científico, elaborado fuera por intelectuales. En este caso, la vanguardia sólo tiene que “despejar” ese camino de elevación luchando contra el revisionismo, etc. Pero esto es absurdo, como bien señala Stalin. Desde esta tesis, la elaboración externa de la teoría, la organización de la vanguardia en torno a ella y la misión de aportarla al movimiento pierde todo su sentido por superfluo. Lo que realmente defiende el marxismo-leninismo es que el movimiento espontáneo genera conciencia burguesa solamente, por lo que sí se justifica la elaboración de la teoría fuera y su introducción con el fin de *revolucionar*, de **transformar** (*elevación* no es suficiente) la conciencia espontánea del movimiento de masas. Esta *transformación* implica *fusión teoría-práctica* (inconcebible desde el otro planteamiento, que contempla el desarrollo ideológico como una permanente proyección mecánica desde la práctica hacia la teoría), es decir, transformación continua de la teoría

tampoco se trata solamente de “asegurar” tal desarrollo con la construcción, en el seno de ese movimiento, de un partido “contrapuesto” al que supuestamente crea el capital *ex novo* para corromper la evolución cuasi espontáneamente revolucionaria del proletariado. En absoluto. Como, en la época de los monopolios, el movimiento obrero ya maduro, en su desenvolvimiento espontáneo **es un movimiento burgués que reproduce las condiciones del modo de producción capitalista**, su lucha de clases inmediata es una lucha por su **reafirmación como clase** (productora, explotada, etc; en absoluto, como clase revolucionaria) en el conjunto de las relaciones sociales de producción capitalistas, entonces, no es el capital el que necesita “escindir al movimiento obrero”, el que hace “nacer de su seno un partido contrarrevolucionario”. No es preciso, el movimiento obrero, tal como surge del modo de producción capitalista, y en la medida en que es premisa y resultado de él, ya es reaccionario. Y esta característica se pone de relieve fundamentalmente en la época del imperialismo. **Es el partido obrero revolucionario el que se escinde del movimiento obrero espontáneo**, es la vanguardia revolucionaria la que construye un partido para “contraponerlo” al dominante movimiento obrero que, para su supervivencia, genera espontáneamente organismos sociales y políticos de carácter burgués adaptados al sistema capitalista y que, a la larga, lo apuntalan y reproducen en sus presupuestos materiales y culturales. **Es la conciencia revolucionaria del proletariado, su conciencia para sí, la que se escinde de su conciencia burguesa, de la conciencia en sí**, para construir un movimiento revolucionario independiente y antagónico respecto de todas las formas políticas de dominación burguesa –incluido el movimiento obrero burgués, con su aparato sindical y todo su sistema de correas de transmisión entre el capital y las masas. **Es la revolución la que divide al movimiento obrero**, es el sector consciente del proletariado, que se niega a integrarse en el sistema, el que rompe con las viejas formas acomodaticias de la época de desarrollo pacífico del capitalismo y de acumulación de fuerzas del proletariado como clase, entre las que se incluyen los sindicatos, los viejos partidos obreros y los modernos partidos revisionistas (de origen o de credo marxista-leninista, maoísta, etc.). De hecho, es de este modo

(éste es el verdadero fundamento del desarrollo del marxismo-leninismo como teoría de vanguardia) y de las condiciones políticas del proletariado en su lucha de clases. Por otro lado, el planteamiento mecanicista deja en evidencia la confusión existente entre la noción de *posición social* del proletariado como clase y la de *clase revolucionaria*. Como espontaneístas consecuentes, los derechistas identifican ambos conceptos; es decir, para ellos, es la posición social del proletariado la que le determina como clase revolucionaria, lo cual es falso: se necesitan unas cuantas cosas más para que la posición social se traduzca en disposición revolucionaria. Son esas cosas las que, en último término, explicaron y motivaron la Nueva Orientación, y las que hoy explican y motivan todo este debate.

como se produce en la práctica histórica este fenómeno: es el ala izquierdista, el ala revolucionaria, la que se escinde de la Internacional obrera para construir la Internacional Comunista desde la secesión de sus secciones de la socialdemocracia internacional. Históricamente, pues, **el movimiento comunista nace como escisión del movimiento obrero**. Y este estigma de nacimiento es indeleble, acompaña a toda verdadera empresa de construcción comunista, cuando quiera y donde quiera.

La imagen del movimiento obrero *elevándose* desde su conciencia *en sí* hacia su conciencia revolucionaria, que tal vez tuvo cabida durante la época del capitalismo liberal, ha caducado. Ahora, en el imperialismo, el desarrollo revolucionario del proletariado sólo es posible en confrontación con sus formas burguesas de movimiento político. Toda la obra de Lenin y toda la experiencia del proletariado internacional posterior a 1917 ratifican esta verdad. Y algo que resulta crucial: sólo desde este planteamiento adquiere sentido el partido de nuevo tipo, que, en consecuencia, no se construye *desde* el “movimiento real”, *desde* el movimiento económico, *desde* las luchas de resistencia de la clase obrera, sino **desde la teoría de vanguardia**, desde la conciencia revolucionaria, desde la *intelligentsia* revolucionaria erigida como **centro**, como “organización central”, y **contra** las formas políticas y organizativas que genera el movimiento espontáneo de la clase. La vanguardia revolucionaria no es un *competidor* que lucha contra el oportunismo en el interior “de un mismo movimiento obrero” para desarrollar al sector *revolucionario dentro de ese único* movimiento obrero; al contrario, desde esa misma lucha frente al oportunismo la vanguardia crea otro movimiento, **construye un nuevo movimiento obrero**, de nuevo tipo, un movimiento revolucionario **fuera** del movimiento obrero espontáneo e independiente de él²², **sobre la base de la escisión** de éste²³, sobre la base del **deslindamiento**

²² Para evitar interpretaciones malintencionadas y demagógicas, diremos que esto no debe entenderse, naturalmente, a la manera economicista con la que lo llevó a la práctica, por ejemplo, el VI Congreso de la Komintern, cuando se conminó a las secciones a crear sindicatos comunistas aparte de los sindicatos obreros reformistas. Esto supone confundir un concepto, una visión del proceso a escala histórica, con la táctica política. La construcción del movimiento comunista como movimiento independiente del movimiento obrero general no significa que la línea de masas comunista, base de esa construcción, no se dirija también al movimiento obrero espontáneo; pero tampoco es su *alma mater*.

²³ El estudio de la experiencia bolchevique en la construcción del partido revolucionario nos condujo a la conclusión de que uno de los resultados más elevados de la misma consistió en erigir el principio de **escisión** como eje de construcción político-organizativa, frente al viejo principio de **unidad** de acción –al que, por cierto, se agarran aún los *comunistas* de hoy, y que nuestros renegados de la lucha intransigente contra el oportunismo han redescubierto– propio del partido obrero clásico (*vid.*, *Entre dos orillas*, págs. 2-6). Sólo este principio puede servir de base al mecanismo de *lucha de dos líneas*

ideológico y político como condición para la sustracción y atracción de cada vez más organismos y más amplios sectores del proletariado²⁴. Es en este punto cuando podemos comprender la importancia del modelo de construcción política *desde arriba* descrito por Lenin en *¿Qué hacer?* y en su carta a Smidovich, y todo su profundo sentido político e histórico, además de la vacuidad y lo reaccionario de las críticas demagógicas dirigidas contra los esfuerzos de la vanguardia por construir cuadros revolucionarios, por elevarse y formarse en la teoría; comprobamos el sentido del desprecio de quienes han rebajado el marxismo al

como motor de desarrollo del Partido, a favor del cual se pronuncia el marxismo-leninismo consecuente.

²⁴ Los renegados, en su eclecticismo, nos acusan de oponer “absolutamente” la conciencia *en sí* y la conciencia *para sí* del proletariado, como si se tratara de contrarios excluyentes (1ª T-“D”, pág. 22, en nota). Es falso. Su concepción metafísica del mundo les impide comprender la dialéctica que se esconde en esa oposición, por lo que, para *resolverla*, sólo pueden aplicar su método ecléctico basado en reducir toda contradicción a su unidad. El método dialéctico de estos señores es como la noche, en la que todos los gatos son pardos. Todo se somete al mismo rasero dogmático de salvaguardar el principio de unidad, a costa del análisis concreto, a costa de dilucidar qué aspecto de la contradicción es en cada momento el principal, a costa de comprender las tareas, etc., a costa del marxismo, en definitiva. La *Tesis de Reconstitución* que orienta al PCR señala que el Partido Comunista es la fusión entre las dos formas de conciencia del proletariado, y que se produce a través de la fusión de la *vanguardia teórica* y la *vanguardia práctica*. ¿En qué consiste el mecanismo dialéctico? La Nueva Orientación lo plantea en los siguientes términos: del movimiento obrero se proyecta, se escinde, un sector de vanguardia que se enfrenta a él como antítesis, como negación de sí mismo (este momento *lógico*, este momento de *negación*, es lo que constituye la esencia del momento político actual, su aspecto principal, que dicta las tareas más urgentes); la lucha de contrarios entre ambos (lucha de clases en todos los escenarios) permite la transformación del movimiento de resistencia del proletariado y su elevación hacia la posición política de la vanguardia, produciéndose, con ello, la fusión, la síntesis, el retorno *para sí mismo* del movimiento obrero ya como movimiento revolucionario. Como se ve, en este planteamiento sí existe unidad de contrarios, mientras que nuestros metafísicos no pueden ofrecernos más que una relación externa entre elementos de cuyo desenvolvimiento no saben darnos más explicación que la consabida fórmula mecanicista de la evolución gradual desde la conciencia obrera *pura, natural*, hasta la conciencia obrera revolucionaria. Por ejemplo, en el lugar que señalamos, el fraude llega a ser patente. El caudillo de los mediocres, metido a teórico, llega a insinuar que la propaganda comunista debe consistir en “demostrar el vínculo entre huelga y revolución, entre piquetes y dictadura del proletariado”. *Voilà*, la teoría espontaneísta de la revolución!: ¡de la huelga general revolucionaria a la conquista del poder! Todo es uno y el mismo camino. Pues bien, esta tesis hace mucho que fue superada por las enseñanzas de la lucha de clases del proletariado. El PCR la ha combatido desde la tesis correcta de la *guerra popular* como vía de acceso al poder. Renegar de ésta y retornar a aquélla, además de suponer una nueva demostración del carácter retrógrado y reaccionario del proyecto que está proponiendo la fracción derechista, es indudablemente “síntoma de reformismo”.

tradeunionismo, de quienes han rebajado la formación del cuadro de vanguardia al del funcionario sindical (¿para qué más, si el movimiento sindical es potencialmente revolucionario?); comprobamos el significado verdadero del desprecio por la intelectualidad por parte de quienes han sido derrotados en la lucha de dos líneas y son incapaces de contemplar un horizonte más elevado que la realidad empírica del “movimiento real”; comprobamos y comprendemos el ramalazo anarquista, izquierdista, que ha sobrevenido a nuestros derechistas, para los que todo lo intelectual “está llamado a” ser burgués y a “usurpar el papel histórico del proletariado” (los anarquistas, tan *esencialistas* ellos, dicen, por ejemplo, que el poder “está llamado a” corromper a quien lo ejerza); comprobamos, con esto, la revisión de la doctrina leninista del surgimiento y del papel de los jefes en el movimiento obrero²⁵ y del siguiente principio inmovible y piedra cardinal de la construcción del partido revolucionario: “nuestra misión no consiste en propugnar que se rebaje al revolucionario al nivel del militante primitivo, sino en *eleva*r a este último al nivel del revolucionario”²⁶. Y, lo mismo, a escala social: **eleva**r el movimiento de masas a la posición de la vanguardia. Esto es movimiento revolucionario, esto es Partido Comunista.

Con estos elementos podrá el lector juzgar si se nos puede acusar de reduccionismo organicista respecto del Partido. Sería más comprensible si se nos culpara, por ejemplo, de confundir al Partido con las masas, puesto que hablamos de un concepto de Partido asimilable a la idea de *movimiento* político²⁷. Pero

²⁵ *Vid.*, Lenin: *O. C.*, t. 6, págs. 127-134.

²⁶ *Ibidem*, pág. 134. La desorientación de nuestros oportunistas es tal que han extendido el coqueteo izquierdista con el anarquismo hasta el trotskismo. Efectivamente, si se trata de participar en un único “movimiento real” y la obra de la vanguardia sólo se distingue del oportunismo por el contenido de su mensaje teórico y político, pero no por la conformación organizativa de otro “movimiento real”, distinto y contrapuesto, no simplemente como corriente organizada en el seno del movimiento obrero, del partido obrero, sino como tal movimiento independiente, entonces el Partido puede ser asimilado a la fracción organizada en el interior del movimiento obrero, tal cual el *entrismo* trotskista. De hecho, ésta es la táctica que aplican todas las organizaciones autodenominadas *marxistas-leninistas*, todas absorbidas por el culto al “movimiento real” de las masas, todas ejerciendo de fracción dentro del movimiento de resistencia, todas organizadas según el estilo de trabajo trotskista.

²⁷ Esto ocurrió con el Bloque Marxista-Leninista de Bélgica, tras su lectura del documento que presentamos al Seminario Comunista Internacional de Bruselas, en 2003. Pero este texto no estaba dedicado exclusivamente al concepto de Partido y faltaban algunos elementos teóricos de conexión imprescindibles para la cabal comprensión de nuestra posición. Aún así, el Bloque mostró su talante publicando nuestro documento con una nota crítica (PCR –Espagne: *Le parti révolutionnaire du prolétariat et les tâches actuelles des communistes*. Komintern.doc. Bruselas, 2003 [consulta: 10/05/04] <http://www.geocities.com/komintern_doc/komintern023.htm>) y dando ejemplo de consecuencia y sensibilidad ante el debate. Algo de lo que no puede presumir todo el

clarificados los términos en que entendemos esta acepción, aclarado que el movimiento del que hablamos se sitúa fuera del movimiento obrero espontáneo y que tal movimiento, construido desde la conciencia revolucionaria, es, para nosotros, el Partido Comunista, quedarán lejos todas las malas interpretaciones y todas las posibles ambigüedades conceptuales en el futuro.

Continuando este pequeño debate sobre el Partido, y ya que hemos traído a colación a Garaudy, ideólogo del eurocomunismo y del *modelo francés de socialismo*, veamos con quién congenia más su visión reconocida y contrastadamente revisionista del Partido. Habla uno de sus exegetas:

“Según Garaudy, *¿Qué hacer?* no constituye más que un aspecto y un momento de la teoría del partido. [...].

Pero la aportación específica de Lenin a la concepción de un partido de tipo nuevo no se encuentra ahí.

Si Lenin en 1902, y según las doctrinas de Kautsky, ponía el acento unilateralmente sobre la idea de que la conciencia socialista debe ser aportada desde fuera de la clase obrera, coloca en su verdadero lugar, que es el primero, desde 1905, a partir de la experiencia vivida de una revolución, el papel de la iniciativa histórica de las masas [...].

Nunca se remarcaría demasiado la maldad de esta tesis sobre ‘la conciencia aportada desde fuera de la clase obrera’, cuando es interpretada de una manera dogmática. Se encuentra al comienzo de todas las sustituciones del partido y de su aparato respecto a la clase obrera misma en su papel de dirigente [...].

Lenin no ha cesado de luchar contra el dogmatismo y el empobrecimiento de la dialéctica que deriva de la subestimación, en la dialéctica de la historia, de la iniciativa de las masas [...].

Todas las tesis de Garaudy sobre la organización y el funcionamiento de un partido revolucionario se derivan de estos principios.

Cuando insiste, por ejemplo, sobre el hecho de que el Partido Comunista no puede atribuirse *a priori* y de una vez para siempre ‘un papel dirigente’, sino que debe conquistar en una emulación cotidiana su hegemonía en el movimiento revolucionario, subraya la necesidad que tiene este partido de rehacer constantemente la prueba práctica de su actitud para estimular la iniciativa histórica de la clase obrera y de las clases particulares, para articular y para hacer converger las acciones de todas las fuerzas revolucionarias [...].

mundo, como los anfitriones en aquel evento ni sus nuevos amigos, nuestros aspirantes a estableros de Augias del revisionismo. En cualquier caso, la exposición que aquí ofrecemos sobre el Partido como movimiento político aparte y diferente del movimiento obrero de masas ayudará a aclarar cualquier malentendido que se pudiera haber producido en aquel sentido.

Una verdadera política revolucionaria es la obra común de cientos de miles de militantes. [...].

Finalmente, admitir la posibilidad de construir el socialismo con una pluralidad de partidos, de formaciones, de organizaciones sociales, es reconocer que cada uno de los participantes en la construcción del socialismo no se encuentra ahí solamente para camuflar la dictadura de un solo partido o para servir de correa de transmisión. Admitir la posibilidad del pluralismo es reconocer a cada uno de los elementos que componen el movimiento sin reserva el derecho y el deber de iniciativa en el cumplimiento de la tarea común.²⁸

Como ya sabe el lector, estaríamos de acuerdo con Garaudy en que el *¿Qué hacer?* no abarca toda la doctrina leniniana del Partido, pero por motivos diametralmente distintos de los suyos. Frente a la intención manifiesta de infravalorar esta obra de Lenin en su contribución a la teoría del partido de nuevo tipo proletario, nosotros consideramos que se trata de su obra principal en esta materia, la más sistemática y la que aborda sus aspectos principales. El objetivo de Garaudy es tergiversar la teoría del Partido Comunista para desplazar su auténtico centro de gravedad hacia las masas, hacia el “extremo” opuesto a la organización de vanguardia, que es el centro de las preocupaciones del libro de Lenin. Como no ha comprendido su significado, como ha terminado compartiendo la interpretación vulgar, aunque generalizada durante todo el Ciclo de Octubre, del Partido como relación **directa e inmediata** entre la vanguardia y las masas, considera que todo es tan sencillo como trasladar el peso de esa relación hacia el extremo que representaba el papel secundario en *¿Qué hacer?*, y de la crítica a la unilateralidad del papel de la conciencia socialista, se cae en el error de la unilateralidad del papel autónomo de las masas, de su “iniciativa histórica”; del dogmatismo estaliniano –como él mismo lo define²⁹– se pasa al dogmatismo menchevique, socialdemócrata. Exactamente el mismo recorrido que han realizado los desertores de la Nueva Orientación en su huida por la derecha hacia la charca de la espontaneidad de las masas, hacia el credo de la “iniciativa de las masas”, hacia el mito de la masa autónoma asumiendo y jugando el papel de dirigente del proceso político revolucionario, etc. Del culto a la teoría al culto de las masas, y viceversa. Este es el recorrido, en una dirección u otra, que han cubierto todos los elementos vacilantes en la historia de nuestro movimiento durante el pasado ciclo revolucionario, y que retoman quienes aún permanecen en él, con evidentes “síntomas de reformismo”. De la misma manera, Garaudy y nuestros derechistas coincidirían, con toda seguridad, en que la Nueva Orientación es una interpretación “unilateral”, “dogmática” e intrínsecamente

²⁸ Perottino, Serge: *Garaudy*. EDAF. Madrid, 1975; págs. 103-107.

²⁹ *Ibidem*, pág. 104.

“malévola” de la tesis fundamental del *¿Qué hacer?*, del origen externo y del papel determinante y dirigente de la “conciencia socialista”, potencialmente suplantadora, “sustituidora”, “llamada a usurpar el papel histórico del proletariado”. ¡Cuántas coincidencias! Una más. Garaudy dice que el Partido Comunista debe pugnar permanentemente por la hegemonía “en el movimiento revolucionario”. Esta afirmación presupone un determinado concepto de los mecanismos de la revolución, consistente en entender que el movimiento revolucionario es diferente e independiente del Partido y de su actividad, es decir, la revolución está subordinada a un dispositivo espontáneo y fatal, sensible exclusivamente al estado de la marcha de las frías leyes objetivas de la economía y sus crisis, y ajeno y separado de la actividad consciente, que genera un escenario que precede a la actividad de dirección política efectivamente revolucionaria de la vanguardia. Para conquistar esta dirección debe *competir* por la hegemonía en el contexto de la revolución dada. Éste es el concepto de revolución inherente a la teoría revisionista de las fuerzas productivas; ésta es la lógica implacable que se encierra en el discurso del culto a la espontaneidad y la iniciativa de las masas, lógica a la que se van acercando a marchas forzadas nuestros futuros garodistas. Y para que vean cuál es el penúltimo tramo del trayecto revisionista por el que se han encaminado, les dedicamos la última parte de la cita, donde aquella lógica se muestra finalmente en toda su descarnada evidencia: liquidación del papel dirigente del Partido, pluralismo político y conciliación de clases en la búsqueda del socialismo, ruptura de los “organismos intermedios” que vinculan a la vanguardia proletaria con las masas, de esas “correas de transmisión”, o sea, liquidación del Partido Comunista como partido revolucionario y su conversión en un partido obrero neorrevisionista funcional para el sistema, etc. Garaudy, ¡un buen espejo en el que mirarse!

La vereda que han tomado los derechistas es amplia y está expedita, no sólo porque es el camino más fácil, sino también porque está muy *trillado* al haber sido transitado, durante décadas, por innumerables experimentos y proyectos políticos. Todos terminaron igual, como el comunismo *a la francesa* de Garaudy, integrándose en el sistema para incubar la conciencia burguesa de los obreros que permitiera, un día, designar a los ministros *comunistas* del gobierno burgués. En resumen, como en todos los ámbitos de la lucha de clases, en el problema de la construcción del Partido Comunista sólo existen dos vías: el vínculo directo, la *unidad externa*, de la vanguardia con las masas, de donde sólo puede surgir el partido de masas –en sus versiones izquierdista u organicista y derechista o socialdemócrata–, y la Nueva Orientación, el único verdadero plan leninista de Reconstitución del Partido Comunista porque se guía por las reglas de la *unidad dialéctica* de la vanguardia con las masas.

Para ir concluyendo estas reflexiones dedicadas al Partido, vamos a ir, sin embargo, un poco más lejos. Dejemos a los intelectuales de segunda fila como Godelier y recurramos a otros cuya influencia ha sido mucho mayor. De paso,

ratificaremos una vez más cómo, en realidad, la tendencia dominante entre la intelectualidad filoproletaria de extracción burguesa, entre los *marxistas occidentales* que tanto desprecio provocan en los sindicalistas de nueva hornada, es el derechista culto hacia la espontaneidad de las masas, la postración hacia su iniciativa y la adulación del obrero medio frente al cuadro revolucionario. Este fenómeno generalizado de idolatría de la masa entre la intelectualidad burguesa – característico de la época de vigencia del Ciclo de Octubre– resulta curioso. Es como si de un macro-acto colectivo de expiación freudiana de una culpa se tratase. Como si sus componentes sintiesen la imperiosa necesidad de sacrificar en el ara del culto a las masas la rémora de su origen social burgués. *Servir al pueblo* se convirtió, de esta manera, en la consigna paternalista y burguesa de moda –que denotaba más divorcio que integración en las masas, por cierto– durante toda una época. Algo parecido les ocurre a nuestros derechistas, sólo que lo que necesitan limpiar es la mala conciencia que les produce su condición de aristocracia obrera³⁰. Sin embargo, como toda esta filantropía romántica respecto de las masas no es más que una penitencia, únicamente tiene sentido exculpatorio para el contrito: no sirve al pueblo, sino a uno mismo. El ídolo a quien se ofrece semejante acto de contrición (las masas) permanece ajeno y extraño, de modo que no cambia la relación con él, ni consigo mismo: el intelectual sigue siendo intelectual y el aristócrata, aristócrata. Y ambos continuarán pecando según su naturaleza, cual feligrés de cualquier religión: el intelectual continuará elaborando teoría burguesa, y el aristócrata política sindicalista, cuando no se meta–como es ahora el caso– a teórico, aunque sea de tercera –que también lo es. Pues bien, esta vez habla Herbert Marcuse:

“En verdad, la estrategia leninista de la vanguardia revolucionaria apuntaba a una concepción del proletariado que iba mucho más allá de una mera reformulación del concepto marxista clásico; su lucha contra el ‘economismo’ y contra la doctrina de la acción espontánea de las masas, su afirmación de que la conciencia de clase debe ser infundida al proletariado ‘desde fuera’, anticipan la posterior transformación fáctica del proletariado, que de sujeto pasó a

³⁰ La zafiedad discursiva de los ideólogos liquidacionistas es tal que nos muestran abiertamente sus miserias intelectuales y morales. Así, el jefecillo organizador del cotarro derechista dice que “la posición ideológica” viene determinada “por la existencia o posición social actual” (ya veremos próximamente las consecuencias que acarrea el identificar *existencia* y *posición social* desde el punto de vista del marxismo), y después añade: “Muchos de nosotros mismos, en nuestra existencia económica, somos parte de la aristocracia obrera.” (1ª T-“D”, pág. 23). Es decir: si la ideología depende de la existencia, y su existencia es la de la aristocracia obrera (y, en su caso particular, muy destacadamente), se está reconociendo que la ideología que profesan es la de esta fracción reaccionaria de la clase proletaria. ¡No nos extraña que tengan mala conciencia!

convertirse en objeto del proceso revolucionario. [...] El desarrollo de esta tendencia [en *¿Qué hacer?*] amenazaba con invalidar la noción del proletariado como sujeto revolucionario, sobre la que se basaba toda la estrategia marxista. Las formulaciones de Lenin, que pretendían salvar a la ortodoxia marxista del embate reformista, pronto se convirtieron, sin embargo, en parte de una concepción que ya no daba por supuesta esa coincidencia histórica entre el proletariado y el progreso que la teoría de la ‘aristocracia obrera’ todavía conservaba. De esta forma se echaron los cimientos para la construcción del partido leninista, mediante el cual los intereses auténticos y la conciencia auténtica del proletariado quedaban localizados en el seno de un grupo separado y distinto de la mayoría del proletariado. La organización centralizada, justificada al principio por la ‘inmadurez’ de las condiciones atrasadas y aplicable sólo a estas circunstancias, iba a transformarse más tarde en un principio general estratégico a escala internacional.

La constitución del partido leninista (o de la dirección del partido) en representante auténtico del proletariado no podía llenar el vacío existente entre la nueva estrategia y la antigua concepción teórica. La estrategia leninista de la vanguardia reconocía de hecho lo que negaba en teoría: el cambio fundamental que se había producido en las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución.”³¹

A dios lo que es de dios y a Marcuse lo que es de Marcuse. Digamos, más bien, que es la lectura marcusiana del partido leninista que aparece en *¿Qué hacer?* lo que no le permite a él comprender “el cambio fundamental que se había producido en las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución”. Se trata de la misma lectura dogmática, predominante en su tiempo e incapaz de hallar la unidad dialéctica entre conciencia y movimiento, que hemos visto en Garaudy –y en los renegados–, la interpretación del destacamento de vanguardia leniniano como organización aparte de las masas y usurpadora de sus “intereses auténticos”, de su “conciencia auténtica”, de su papel como “sujeto revolucionario”; se trata del mismo malentendido que divorcia al proletariado del socialismo científico, que lo aparta de éste y que insinúa que la clase obrera tiende de manera natural y espontánea hacia el socialismo. Por cierto, como vemos, nuestros derechistas coinciden particularmente en la acusación marcusiana dirigida al leninismo de reducir, a fin de cuentas, el Partido a su núcleo de dirección. Y todas estas coincidencias no son de corte nominalista simplemente, sino que se refieren a contenidos conceptuales y a apreciaciones fundamentales de la política.

Pero el argumento que concentra toda la crítica de Marcuse al leninismo – y que encierra de la mejor manera el significado último del giro político dado por

³¹ Marcuse, Herbert: *El marxismo soviético*. Ed. Alianza. Madrid, 1971; págs. 36-38.

los desertores de nuestro partido— es la tesis de que la concepción del Partido de Lenin transforma al proletariado, de sujeto, en objeto revolucionario. Aquí es donde se pone de manifiesto el hecho de que los intelectuales burgueses y los militantes practicistas no comprenden la naturaleza del partido leninista, ni tampoco las condiciones nuevas en las que surge. No dudamos que algunas actitudes políticas y algunas formulaciones teóricas de Marx y Engels, así como el *epos* político de la socialdemocracia de la II Internacional, presuponen al proletariado como sujeto revolucionario *in actu*; como tampoco dudamos de que no alcanzaba esta condición, ni siquiera cuando, en determinados episodios, protagonizó auténticas gestas heroicas (jornadas de junio de 1848, Comuna de París³²). De hecho, históricamente, el proletariado es un producto del capital: primero, de su acumulación originaria y, después, de su constante ciclo de acumulación ampliada, que tiende a transformar todas las relaciones sociales en relaciones capitalistas, y que tiende a convertir en proletarios a la mayoría de la población. El proletariado es un objeto de cristalización de las nuevas relaciones de producción capitalistas, las cuales lo sitúan como fuerza productiva objetivada en el marco de su modo de producción. Marx demostró que el capital diluye todo aspecto subjetivo del proletariado como fuerza de trabajo, que los medios de producción como capital fagocitan toda esfera de espiritualidad del obrero, convirtiéndolo en mero apéndice de la máquina, y constriñéndolo en una relación objetiva de producción dentro del proceso de trabajo como mero productor de valor. De este modo, en el nuevo sistema económico, el capital es sujeto y el proletariado objeto o atributo. Verdaderamente, el marxismo decimonónico ejecuta un salto mortal en el vacío cuando transforma, desde la simple buena voluntad, a este proletariado cosificado como mercancía y con personalidad subjetiva sólo en tanto que reproductor de las relaciones sociales de las que es objeto (en lo que se incluye también su capacidad de autoorganización como clase económica) en sujeto revolucionario de manera inmediata. En la práctica, este salto, naturalmente, sólo podía ser alicorto y alcanzar solamente a situar al proletariado en la consideración de sujeto político sin más (sin verdaderas connotaciones revolucionarias), integrado como un guante en el marco de

³² Con esta afirmación no queremos decir, por supuesto, que esos episodios no hayan tenido un carácter revolucionario, sólo que han sido protagonizados por una clase trabajadora bisoña en lo ideológico y en lo político, y en una época, además, en que aún eran posibles semejantes gestas por tratarse del ocaso de la burguesía revolucionaria, época en la que esta clase exhala sus últimos estertores, de modo que el proletariado se incorpora a su movimiento político a la vez que incorpora para su bagaje ideológico esas experiencias. Además, ocurre que se trata de episodios revolucionarios espontáneos, en los que las masas trabajadoras no están guiadas por el socialismo científico, pues éste no era todavía la teoría de vanguardia, no había aún conquistado la hegemonía ideológica del movimiento obrero.

relaciones institucionales del capitalismo. Es la época de dominio de la socialdemocracia reformista, que hegemonizará todo el periodo prerrevolucionario de la historia de la clase obrera.

Desde el punto de vista político, durante el siglo XIX, en la época del capitalismo concurrencial, la actividad del proletariado transcurre por dos etapas. Durante la primera (1848-1876), la clase obrera aparenta alcanzar el estatuto de agente social independiente; sin embargo, su actividad revolucionaria es puntual y localizada, está protagonizada por un sector de vanguardia más que por grandes masas, y, lo que es más importante, se desenvuelve todavía al calor del movimiento democrático de la burguesía radical. En su conjunto, el estamento del trabajo está compuesto, en realidad, por masas semiproletarias en las que el obrero fabril tiene poco peso y menor influencia. En esta época destacan líderes como Blanqui y Blanc, expresiones políticas de la inmadurez del proletariado como clase revolucionaria. En un segundo momento, durante la época de la II Internacional (hasta 1905), la actividad política del proletariado se corresponde más todavía con su papel de pieza del mecanismo de reproducción capitalista, con su consolidación como objeto económico y como esfera social de referencia en el sistema de relaciones de la sociedad burguesa. El proletariado se expande como clase asalariada y, con ello, como clase con intereses objetivos propios en tanto que clase, que se traducen en organización política para la defensa de esos mismos intereses objetivos bajo la forma de partido de masas (la revolución, por el contrario, representa un interés subjetivo y requiere otro tipo de partido). Pero todo este desarrollo cuantitativo de la clase asalariada como producto objetivo del capital y con una limitada autoconciencia de sujeto económico, experimenta una *revolución*, un salto cualitativo, cuando el capitalismo entra en su etapa imperialista, y de manera notoria, con la revolución rusa de 1905. A partir de aquí, la clase obrera **debe** (pues el capitalismo ha entrado ya en su fase de crisis general) y **puede** (pues la acumulación capitalista ha alcanzado un grado tal que la clase asalariada puede enfrentarse como totalidad social a la totalidad de fuerzas productivas sociales y apropiarse de ellas³³) convertirse en **sujeto político revolucionario**. En esto consiste el verdadero “cambio fundamental” de las condiciones de la revolución de las que habla Marcuse, pero sin comprenderlas. Y, como respuesta a este cambio y en relación con su significado, aparece el partido de nuevo tipo leninista. En esto consiste el aporte novedoso de Lenin, que tampoco comprende Marcuse.

Ni los intelectuales burgueses, ni los sindicalistas comprenden el contenido dialéctico de la construcción política que se encierra en *¿Qué hacer?*

³³ Este es el sentido del concepto de *totalidad* marxiano que Comas es incapaz de entender en toda su dimensión, y se niega a ello porque tiene sus orígenes en Hegel. Esta obcecación le imposibilita para comprender el marxismo. Próximamente, lo demostraremos.

Lo que Lenin propone es el desdoblamiento simultáneo de la clase proletaria en objeto y sujeto políticos. Mediante la proyección, fuera de su movimiento económico espontáneo, de una organización política independiente, el proletariado se dota de un sujeto político *para sí mismo*. Entonces, **el proletariado pasa a ser objeto y sujeto revolucionario**. La organización de vanguardia que Lenin diseña en *¿Qué hacer?* no supone la usurpación del papel que corresponde al conjunto de la clase proletaria, no supone un extrañamiento, una alienación (*Veräusserung*), de su condición de actor social, sino su proyección, su alienación (*Entäusserung*), como exteriorización del resorte para un nuevo mecanismo de desarrollo como clase revolucionaria. Ocurre que si durante el periodo de progreso pacífico del capitalismo y de crecimiento extensivo del proletariado el desarrollo de éste se realizaba mediante la **dialéctica proletariado-burguesía**, mediante la lucha abierta entre las clases antagónicas, lucha que tenía como contenido la resistencia económica y la **reforma política**, en la época del imperialismo, en cambio, tiene lugar un desplazamiento estratégico según el cual el motor del desarrollo **revolucionario** –pues éste es el nuevo contenido de la lucha de clases– de la clase obrera se localiza en su interior, en la **dialéctica vanguardia-masas**. La confrontación principal entre las clases, entonces, pasa a dirimirse en este terreno: el primer frente estratégico de la lucha de clases es la lucha de la vanguardia contra el oportunismo, que es la nueva forma que adopta la burguesía. El poder de ésta dependerá de la influencia del oportunismo en el movimiento obrero. Por eso, éste pasa a ser **objeto** de la acción política de la vanguardia –eso que, en su incompreensión, disgusta tanto a Marcuse–, y sólo se transformará –el movimiento obrero– en **sujeto revolucionario** en la medida que, desde aquella acción política, se eleve hacia la posición de su vanguardia. El proletariado es aquí objeto porque pasa a ser el principal objetivo de transformación para la vanguardia, y es sujeto en tanto que masa revolucionaria, en tanto que movimiento revolucionario, es decir, en tanto que esa labor de la vanguardia incorpora a cada vez más sectores de las masas al movimiento revolucionario. Esta unidad sujeto-objeto (vanguardia-masas) cristaliza como partido de nuevo tipo tal como lo describe Lenin en la carta a Smidovich aquí comentada.

Por su parte, el enfrentamiento *clase contra clase* predominante y característico del periodo precedente, pasa ahora a segundo plano y a convertirse en una especie de subproducto del otro enfrentamiento, situado ahora en el campo de batalla principal, entre vanguardia y oportunismo. La pugna *clase contra clase*, de contenido principalmente económico durante el periodo premonopolista del capitalismo, pasará de nuevo al primer plano como **guerra de clases**, cuando la unidad (fusión) objeto-sujeto, cuando el proceso de unidad desde la mutua transformación dialéctica entre la vanguardia y las masas, alcance un grado determinado: el que marca la Reconstitución del Partido Comunista, el que indica la maduración del proletariado como clase revolucionaria, como verdadero **sujeto**

revolucionario. Los marxistas del siglo XIX, y quienes transponen su pensamiento al mundo de hoy con evidentes “síntomas de reformismo”, pensaban y piensan en un sujeto inmediatamente –espontáneamente–revolucionario. Aunque permaneció vigente durante todo el Ciclo de Octubre, este modelo ya había fracasado, y lo que no entienden, ni los Marcuse ni los derechistas, es que cambiar de modelo no supone abandonar el marxismo, sino desarrollarlo. En este sentido, no es ninguna casualidad que Marcuse aluda a la consideración, por parte de “la teoría de la aristocracia obrera” –es decir, el revisionismo de viejo y nuevo cuño–, del proletariado todavía como sujeto de progreso, porque pone de manifiesto su incapacidad para asimilar los elementos nuevos que ha traído “el cambio fundamental” en las luchas de clases de la época del capitalismo monopolista. Y uno de esos elementos consiste en que, efectivamente, la aristocracia obrera –no el proletariado en general, sino el sector privilegiado del proletariado de los países imperialistas– actúa como sujeto político inmediata y directamente. Ciertamente, la aristocracia obrera disfruta de este otro privilegio también, pero en absoluto como sujeto revolucionario, sino como fracción de clase aliada con la burguesía imperialista con el fin de disfrutar del botín de la explotación de las propias masas y del expolio de los pueblos oprimidos. En esto ha quedado la vieja tesis socialdemócrata del proletariado como sujeto histórico inmediato, en un discurso funcional respecto del papel acomodaticio de un estrato predilecto de la clase obrera, en particular, y respecto de los intereses imperialistas del capital, en general. Y es que quien se acerque al marxismo desde una concepción del mundo burguesa (caso de Marcuse) o desde una concepción *ortodoxa* del mismo (como nuestros althusserianos, que están demostrando que existe una línea directa que permite vincular a Garaudy y Marcuse, por un lado, y a Althusser y los marxistas *ortodoxos*, por otro, y a todos ellos con la concepción del mundo burguesa), inevitablemente dejará al descubierto, cuando menos, algún que otro “síntoma de reformismo”.

Por último, para finalizar estas consideraciones sobre el Partido, señalemos que los argumentos hasta aquí ofrecidos nos permiten ensanchar un poco más los límites de la teoría marxista-leninista al respecto como resultado de su confrontación con las distintas versiones oportunistas. Efectivamente, hasta ahora, el desarrollo de nuestra visión del Partido se ha ido forjando desde la lucha de dos líneas con la táctica de *unidad comunista*. Frente a nuestra tesis de fusión, de unidad entre vanguardia y masas como estrategia de Reconstitución –según la cual, su resultado, el Partido, ya es el movimiento revolucionario–, la *unidad comunista* defiende la unidad de la vanguardia, la fusión orgánica entre sus diversos destacamentos, de modo que, una vez consumada y *reconstruido* el Partido, éste se dirigiría hacia las masas para implementar el proceso revolucionario, etc. Esta es la vía oportunista de corte organicista –*de izquierda* si se quiere– en la que la voluntad subjetiva de los participantes juega el papel principal. Lo cual, por cierto, no está reñido con el trabajo directo entre las masas

desde la unidad de acción de esos destacamentos como catalizadora del proceso de unidad; es decir, la línea *de izquierda* de Reconstitución del Partido no está reñida con una línea de masas derechista. En absoluto. De hecho, lo común es su convivencia, lo cual expresa a la perfección la triste realidad de que, en materia de política proletaria, la desviación de derecha y la *de izquierda* son dos caras de la misma moneda oportunista-revisionista. Sin embargo, como decimos, hasta ahora no nos habíamos enfrentado de manera directa y en profundidad a la línea derechista, socialdemócrata (kautskiana), de Reconstitución del Partido Comunista. La explicación es doble. Primero, porque es poco común –al menos en el Estado español– ya que, tratándose de grupúsculos que reivindican la tradición de la III Internacional, esta vía, que supone la pérdida de sustantividad política de la tarea de construcción partidista independiente del movimiento y su disolución en el conjunto de las demás tareas dentro del movimiento, significaría una pérdida de identidad en relación, por ejemplo, con los grupos de filiación trotskista, que tradicionalmente han sido quienes han aplicado este modelo socialdemócrata de construcción del partido político (y, en honor a la verdad, una vez suprimida ésta, pocas diferencias quedarían entre los herederos degenerados de la III Internacional y la degenerada IV Internacional). En segundo lugar, y más importante aún, porque la *paz*, aunque fuera pasajera, con el ala derechista del partido exigía la autoimposición de ciertos límites en cuanto al alcance de la lucha de dos líneas en distintos puntos de nuestra táctica. Es en este sentido que la formulación de alcance de nuestra tesis sobre el Partido ha venido siendo gradual. En ello, por supuesto, ha influido mayormente el proceso progresivo de conocimiento del tema desde la aplicación práctica de los primeros postulados teóricos y preceptos tácticos; pero, también es cierto que aquella formulación ha reflejado siempre la incorporación de un elemento de acuerdo o pacto político interclasista. Así, en la primera exposición sistemática de nuestra visión del proceso de construcción del Partido Comunista, la *Tesis de Reconstitución*, sólo hablábamos de la unidad de la vanguardia con el movimiento obrero a través de la *fusión* entre *vanguardia teórica* y *vanguardia práctica*. Posteriormente, como resultado del debate que culmina en la 6ª Conferencia con la victoria de la línea proletaria, el nuevo deslindamiento y la derrota de la tendencia derechista permiten que la Nueva Orientación plantee la cuestión como un proceso de *escisión-fusión*: separación y construcción de la *vanguardia marxista-leninista* (desde la lucha de dos líneas con el resto de la *vanguardia teórica*) antes de la subsiguiente fusión con la *vanguardia práctica*. Ahora, al calor del nuevo debate y rotos todos los compromisos tácticos con la derecha oportunista, podemos afirmar que –según las consideraciones expuestas hasta aquí– el desarrollo político del proletariado revolucionario consiste en la unidad dialéctica de un proceso en el que, de manera constante, sucesiva y recurrente, se produce un movimiento de *escisión-fusión-escisión*. Es decir, la escisión de la *vanguardia marxista-leninista* para su fusión posterior con la *vanguardia práctica* y su unión

con el movimiento de masas a través de ella, con el fin de conquistarlo y escindirlo del movimiento espontáneo de la clase obrera como **movimiento de masas revolucionario independiente** de él.

Esta consideración es importante porque permite alejarnos de toda censura estrecha de la tesis de construcción del Partido desde la conciencia. Sobre todo, nos permite alejarnos del punto de vista kautskiano estricto, que con posterioridad y erróneamente le fue achacado a Lenin, es decir, que el Partido es el factor político que cumple la función de llevar la teoría revolucionaria al movimiento obrero. Esta tesis fue acogida por la III Internacional, como ya hemos dicho, al confundir vanguardia y Partido, y terminará difuminando las diferencias entre la construcción política comunista y la socialdemócrata. Pero, como hemos tratado de demostrar, el verdadero planteamiento leniniano de la cuestión es superior al de Kautsky, porque no se limita a la función de introducir **desde fuera** la conciencia en el movimiento de masas. En Lenin, el principio de fusión teoría-práctica conlleva también algo no implícito en el planteamiento kautskiano, a saber, que, con la transformación de la conciencia de las masas y la elevación de las mismas hacia la posición política de su vanguardia, la construcción del movimiento revolucionario se realiza **hacia fuera** del movimiento espontáneo tras haber arraigado en él.

... más chismes...

El último chismorreo que vamos a considerar –porque no podemos estar pendientes de todos y cada uno de los alfilerazos de estos rufianes– es la acusación de que pretendemos sustituir el marxismo-leninismo por la Nueva Orientación (*ibid.*, pág. 20), o que ésta es, para nosotros, “una nueva etapa en el marxismo” (*ibid.*, pág. 6). Esta insinuación demagógica, además de mendaz, no puede provenir más que de mentes estrechas que sólo han sido capaces de asimilar el marxismo-leninismo como doctrina pura y como recetario político; sólo puede proceder de un concepto *ortodoxo* de marxismo-leninismo y de espíritus ineptos incapaces de aplicar en la práctica la teoría revolucionaria. Nuestros mentecatos se han reunido con la pretensión de erigirse en potencia a favor de la proyección práctica de la teoría de vanguardia; pero esta *conjura de los necios* sólo ha demostrado su impotencia para salir del atolladero en el que les ha metido su escuálida formación, basada en la repetición de fórmulas gastadas, su impotencia para superar la fraseología tradicional de nuestro movimiento. Los necios han querido erigirse en los portaestandartes de la política como centro de la actividad de la vanguardia, pero no han salido de la trinchera desde la que defienden los lugares comunes, las vagas generalidades y la reiteración hueca de los dogmas. La Nueva Orientación es el marxismo-leninismo hecho práctica, la

teoría traducida en **línea política proletaria**³⁴ en función de las necesidades actuales del movimiento revolucionario. No queremos sustituir el marxismo-leninismo, al contrario, no sólo nos alimentamos de él sino que queremos demostrar que está vivo, que es una teoría plenamente vigente como guía para la acción; queremos romper los estrechos moldes de la *ortodoxia* y demostrar que el marxismo-leninismo puede dar las respuestas que necesita el mundo de hoy, que puede volver a ser la teoría de vanguardia que necesita el proletariado para recuperar su papel de clase revolucionaria. Consideramos que la Nueva Orientación muestra este camino porque es marxismo-leninismo hecho vida. La *ortodoxia* ha muerto, ¡viva el marxismo-leninismo!

Tras el fracaso del Ciclo de Octubre no ha quedado en pie nada que pueda servir de base teórica a la formulación de una línea política revolucionaria acabada de inmediata aplicación. Negar esto es absurdo. Sin embargo, la mayoría de los grupos con aspiraciones revolucionarias eluden reconocerlo, y nuestros abanderados de *la práctica como criterio de la verdad*, que se empeñan en aferrarse a lo que la realidad ha dado definitivamente la espalda, insistiendo en considerar el ciclo todavía abierto (esto, más que incongruencia, es cinismo; más que *ortodoxia*, es fanatismo), se han unido finalmente a ellos por incapacidad intelectual y pereza mental, pues recuperar aquellas bases requiere un esfuerzo que no están dispuestos a realizar. No existe *ortodoxia* posible cuando la doctrina debe ser reconstituida. Los únicos puntos de partida factibles son el marxismo-leninismo como discurso coherente (por lo que es preciso afrontar críticamente sus incoherencias internas) y su experiencia histórica en bruto (que es preciso refinar desde la crítica histórica para que pueda ser digerida como aporte al desarrollo de ese discurso). Sin cubrir estas tareas, no habrá teoría revolucionaria, y “sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario”³⁵. Es lógico, por tanto, que, al comprender esto, nuestros saboteadores de la recuperación teórica del proletariado hayan renunciado al Plan de Reconstitución y a la tesis del ciclo, y hayan tenido que aferrarse a la vieja tesis de la *ortodoxia*. Esta tesis siempre gozó de predicamento entre los intelectuales y dirigentes del movimiento obrero. Kautsky fue el gran defensor de la *ortodoxia* marxista en la II

³⁴ Los necios entienden la actividad política práctica sólo en función “de las necesidades de la lucha de clases” (1ª T-“D”, pág. 6), interpretando ésta como “luchas de actualidad” (*ibid.*, pág. 11). ¿Puede representarse mayor acto de servil genuflexión ante el movimiento espontáneo de las masas? La política no la dictan las masas, la política la dicta la vanguardia desde la adaptación de las necesidades del movimiento revolucionario a las posibilidades del escenario real de la lucha de clases en forma de plan de tareas políticas. Como los necios no entienden esto, nunca comprenderán que la lucha de clases en el campo ideológico como tarea principal es **la política** que obedece a la “lucha actual” que “necesita la lucha de clases” del proletariado.

³⁵ Lenin: *O. C.*, t. 6, pág. 26.

Internacional, y los jefes de la Komintern se esforzaron por fijar una *ortodoxia* marxista-leninista. La idea de *ortodoxia* parte de que existe un *corpus* doctrinal básico e inmutable en el marxismo, ya sea de índole metodológica (Lukács³⁶), ya ideológica (Gramsci³⁷) o doctrinal (Zinoviev, Stalin³⁸). De modo que apoyándose

³⁶ “En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método*. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de ‘superarlo’ o ‘corregirlo’ han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo.” (Lukács, Georg: *Historia y conciencia de clase*. Ed. Sarpe. Madrid, 1984. Vol. I, pág. 74). El problema, en Lukács, es doble: por un lado, nos ofrece una clave del marxismo que a su vez necesita de otra clave. ¿Qué significa, *a priori*, independientemente de la práctica, es decir, a la manera doctrinal pura, *ortodoxa*, continuar el marxismo “en el sentido de sus fundadores”? Por otro lado, Lukács identifica el sustrato último del marxismo con un método de análisis del mundo, lo cual no es más que su simplificación positivista, su conversión en una *sociología* (como bien percibió Gramsci respecto de otros teóricos de la época, como Bujarin –*vid.*, Gramsci: *Op. cit.*, pág. 105 y ss.), en instrumento para conocer el mundo, pero no para transformarlo.

³⁷ “La ortodoxia no debe buscar en este o aquel seguidor de la filosofía de la praxis, en esta o aquella tendencia ligada a corrientes extrañas a la doctrina original, sino en el concepto fundamental de que la filosofía de la praxis ‘se basta a sí misma’, contiene en sí los elementos fundamentales para construir una concepción total e integral del mundo, una filosofía y teoría de las ciencias naturales con carácter de totalidad, y no sólo para eso sino también para dar vida a una organización práctica integral de la sociedad, esto es, para convertirse en una civilización total, integral. Ese concepto así renovado de ortodoxia sirve para precisar mejor el atributo de ‘revolucionario’ que suele aplicarse con tanta facilidad a diversas concepciones del mundo, teorías, filosofías.” (Gramsci: *Op. cit.*, págs. 111 y 112). ¡El *ortodoxo* como paradigma del revolucionario! ¿No era éste el objetivo de la búsqueda de Luis Comas en los 90?; ¿no comparte ahora la fracción de renegados como proyecto esta vieja nueva? ¡Luis Comas de la mano de su denostado “socialista humanista” Gramsci!, ¡los renegados de la mano del *marxismo occidental*! Respecto a la idea gramsciana de *ortodoxia*, también es ambigua y deja pendiente la localización y definición de “los elementos fundamentales”, además de su posicionamiento sobre si lo categórico en el marxismo, su *ortodoxia*, radica en que se trata de “una concepción total e integral del mundo” inamovible, lo cual chocaría directamente con lo que nosotros sí consideramos que es un principio *absoluto* que rige el marxismo: su carácter revolucionario, su permanente estado de revolucionarización teórica (¿hay algo más absurdo que una teoría revolucionaria estática, *monolítica* u *ortodoxa*, que no experimenta la revolución ella también como teoría?) y práctica. Se trataría, entonces, de que en su desarrollo el marxismo cambia y de que, en cada momento, es preciso definir los límites de esa transformación, los límites a partir de los cuales el marxismo deja de ser marxismo y se convierte en revisionismo. Pero esto no se puede establecer de antemano, de una vez

en la supuesta existencia de ese núcleo teórico básico, pero firme, no es descabellado, sino posible, pasar a la práctica de masas inmediata con cierto prurito revolucionario, tratar de convencer –aunque sea por medio del autoengaño– de que la actividad que se sigue está sostenida por unas sólidas bases teóricas revolucionarias de partida. La *ortodoxia* nos presta esa apariencia de seriedad y fundamentación ideológicas y, además, nos exime de todo interrogante incómodo acerca de la validez de sus contenidos, pues, por definición, la *ortodoxia* es axiomática y no contrastable. No es la Nueva Orientación quien pretende sustituir al marxismo-leninismo, sino los *ortodoxos* los que quieren momificarlo después de asesinarlo.

... patrañas...

Finalmente, no vamos a concluir este repaso de los infundios sembrados por las lenguas viperinas sin aludir a una de sus más importantes tergiversaciones. La principal de ellas se atreve a decir que “en todos estos largos años nos hemos dedicado a una actividad casi exclusivamente intelectual” (*ibid.*, pág. 23). Y para remarcarlo, alude a una descripción metafórica que hace años nos dedicó un grupo de jóvenes comunistas para expresar gráficamente cómo percibían a nuestra organización: “*monasterio rojo*” (*ibid.*, pág. 24). Pues bien, en primer lugar, para ser fieles a la verdad y alejarnos de la manipulación de los hechos, habría que decir que, hasta ahora, el PCR ha realizado una actividad *principalmente teórica*. De ahí el apodo. Pero hay que hacerse mucho el desmemoriado para insinuar que el partido no ha realizado trabajo práctico en general y trabajo de masas en particular; no sólo actividades de propaganda, sino también de organización y participación en movilizaciones y luchas concretas. Otra cosa muy distinta es que no hayamos aparecido abiertamente con nuestras siglas por delante. ¡Naturalmente que no! “En todos estos largos años” hemos cuidado mucho la relación entre trabajo conspirativo y trabajo legal (ya hemos indicado nuestra posición al respecto, y no se trata sólo de un planteamiento teórico), y no íbamos a mostrarnos abiertamente con motivo de cualquier movilización social, tal como está, hoy por hoy, la correlación de fuerzas en la lucha de clases. El esperpento

por todas, desde la salvaguarda de una supuesta *ortodoxia*; al contrario, lo decide la práctica de la lucha de clases y de la lucha de dos líneas.

³⁸ Stalin (*Fundamentos del leninismo*, 1924) y Zinoviev (*El leninismo*, 1925) fueron los primeros en presentar el pensamiento de Lenin como un bloque homogéneo y acabado de tesis teóricas y tácticas. Desde luego, éste es el planteamiento que otorga mayor radio de acción a la noción de *ortodoxia*, el que permite abarcar y fijar más elementos de la doctrina; asimismo, puesto que esos elementos son doctrinales y están formulados y muy definidos, es el punto de partida sobre el que mejor puede instalarse una dogmática y una escolástica.

llega a tal punto que un determinado personaje, que firma como Abo, llega a escribir, por ejemplo, “que estamos exagerando nuestro aislamiento del movimiento obrero. Ya son más de 10 años. Podríamos hacer alguna práctica (adaptada) en la realidad”, etc. (*ibid.*, pág. 14). ¡Pero si este sujeto no ha hecho otra cosa que práctica “en todos estos largos años”! ¡La práctica era su obsesión! Y sólo se avino a intentar comprender la importancia de la teoría –en ninguna de cuyas áreas participó nunca– y a dedicarle un esfuerzo a la formación después de haber fracasado estrepitosamente en su labor práctica *cercana* al movimiento obrero. Para que el lector se haga una idea de la situación: en la segunda mitad de 2004 el Comité Central recibía informes de las actividades de estudio de este personaje sobre textos del programa de formación ¡de 1994! ¿Diez años con solo teoría? ¡O muy perezosos o muy mentirosos!³⁹. La idiotez se ha extendido entre los miembros de la fracción derechista, y no nos cabe duda de que el foco desde el que se ha difundido el mal puede localizarse en la cabeza del jefe faccioso. Hay que ser muy idiota para abandonar la posición del partido, cuando se es o se ha sido un dirigente, sólo para obtener un argumento. Y esto es lo que ha hecho el aprendiz de caudillo: al tildar al PCR de “monasterio rojo”, se sitúa en el punto de vista de las masas, en el punto de vista exterior de quien observa desde fuera el trabajo de la organización como destacamento de vanguardia. Con esta actitud, él mismo se desacredita, él mismo se retrata, él mismo se reconoce como indigno miembro de la vanguardia, ajeno a su punto de vista y capaz únicamente de adoptar el de las masas, que sólo recibirán la información pertinente en materia de organización. Hay que decir, entonces, en este punto, que la apariencia de “monasterio rojo” es sólo eso, simple apariencia, pues, como ya hemos dicho, se ha realizado trabajo abierto entre las masas, aunque *camuflados*, por supuesto. Por lo demás, en todo caso el mote nos enorgullece, porque lleva implícito cierto respeto por nuestra labor teórica (si los monjes medievales fueron los depositarios del saber de la época, con este símil se nos reconoce, de alguna manera, como depositarios del marxismo-leninismo, nuestra labor para su recuperación y difusión), y porque es síntoma de que hemos estado aplicando correctamente nuestro trabajo de masas, impidiendo que fuera relacionado orgánicamente con el partido⁴⁰.

³⁹ El caso de Abo es sintomático de lo que ha ocurrido en el conjunto de la organización: primero, el fracaso en el trabajo de masas tradicional, y, segundo, la dificultad en asumir la rectificación pertinente debido a la escasa formación ideológica. Finalmente, los más atrasados optaron por no aceptar las consecuencias del fracaso y secundar a los cabecillas renegados por puro seguidismo, guiado por la amistad u otro apasionado criterio ajeno, desde luego, a los intereses del proletariado.

⁴⁰ Lo peor de los necios es que lo son y enseguida lo evidencian. Veamos. Si el partido se identifica con lo que realiza abierta y directamente, de modo que nos olvidamos de la labor de otros organismos porque no aparentan serlo –posición que ha adoptado el idiota

Pero no abandonemos todavía el escenario del drama. El señor Comas permanece aún sobre el tablado. Parece que se niega a salir de escena sin antes obsequiarnos con una demostración de su amplitud de registros como actor. Ya nos ha deleitado con sus dotes dramáticas; ahora, viene la comedia: “Toda la experiencia de estos años debe servirnos...” (*ibid.*, pág. 3). Así comienza Comas su pieza cómica. ¡Y en verdad que es para troncharse de risa si no despertara la mayor indignación! ¿Comas valorando “la experiencia de estos años” del PCR? ¡¿Pero cuándo ha habido entre Comas y el PCR un *nosotros*?! ¡Jamás! ¡Nuestra experiencia y la de este señor son absolutamente diferentes, completamente ajenas! ¿Por qué se arroga este papel de juez? ¿Qué se pretende con esta farsa?, ¿por qué se llega hasta niveles tan miserables de engaño y falsedad? Naturalmente, porque la mentira emponzoña la verdad e impide que se vea. Pero aquí está. Este espécimen, adaptado a sobrevivir y a depredar en ambientes políticos de marcado dominio oportunista, se salió de nuestra organización justo cuando ésta se constituía en PCR, porque quería construir el Partido en el plazo de un año sobre la base de la redacción de los preceptivos documentos en los que se plasmaran unas Tesis políticas, un Programa y unos Estatutos. Naturalmente, nuestra Conferencia rechazó esta paranoia y él nos rechazó a nosotros, largándose y tildándonos de idealistas y de izquierdistas (este hombre, como se ve, comenzó su carrera como cómico: pone plazos para el Partido, ¡y los idealistas son los demás!), se constituyó con su pequeño grupo local en Organización Comunista y se lanzó a la aventura de la *unidad comunista*, primero, con el Frente Marxista-Leninista de España de *monsieur* Antonio de Miguel, y, después del fracaso, se dirigió derecho hacia un nuevo fiasco cuando formó el Comité de Organización desde el acuerdo de unidad de acción con la Organización Leninista de Cataluña y el Colectivo Marxista-Leninista de Navarra. Como durante todo este tiempo hizo de cacatúa del jefe del cotarro en esta empresa, el líder de la OL, de esta experiencia aprendió, sobre todo, a hacer en adelante de cacatúa del jefe de turno en todo *asunto* que fuera menester, siempre y cuando se tratase de figurar con el mínimo esfuerzo y no fuera demasiado en serio desde el punto de vista de la revolución. Pasaron los años y se nos presenta, de repente, anunciándonos el fracaso del Comité de Organización y su deseo de retomar el contacto con nosotros. Estamos hablando del otoño de 2000, justo cuando comenzábamos los debates que desembocarían en la Nueva Orientación. Reanudamos el contacto y en agosto de 2001 nos presenta su *autocrítica*, pasando a la situación de *aspirante*, mientras estudiase, difundiese LA FORJA y tratase de organizar algún

creyendo que desde ella su crítica *genial* nos destrozaría –, y si la teoría, a la que parece se ha reducido “casi exclusivamente” nuestra actividad, es producción exclusiva –como así lo ha sido, efectivamente– del Comité Central, entonces, ¿no supone esto identificar, de hecho, al partido con el Comité Central? He aquí la visión organicista del Partido en su expresión más elevada; he aquí los necios desenmascarados como mentirosos.

núcleo partidario en su zona. Por supuesto, durante dos años ni difunde, ni organiza nada, y su relación con la dirección es muy esporádica. Y lo que es más importante para lo que nos ocupa, tampoco toma parte en los debates que se estaban desarrollando en torno a la Nueva Orientación. El caso es que en el verano de 2003 ingresa en el partido por la puerta de atrás (por la vía de los hechos consumados impuestos por su mentor, que pasó por encima del órgano competente para tomar esa decisión; ¡así se las gasta este *demócrata* de pacotilla!). En resumen, el señor Comas no conoce en primera persona la experiencia de aplicación del Plan de Reconstitución del PCR durante el periodo crucial –crucial de cara al balance–debate de la Nueva Orientación– que transcurre entre 1994 y 2000. ¡Y con este currículum pretende presentarnos él el balance! (aunque no dudamos de su maestría para hablar de oídas y de cosas que no conoce). ¡Pero si ni siquiera fue capaz de realizar un diagnóstico sobre el fracaso de la vía *reconstrucción-unidad comunista* en la que sí participó! En su autocrítica, *Balance-rectificación de unos años de trabajo de un comunista*, sólo se lamenta de sus errores **personales** cometidos para con nuestro partido. En este balance, superficial y astutamente medido, no nos dice nada que no sepamos, ni nos aporta nada que pudiera servir como lección de provecho para el conjunto de la vanguardia sobre su experiencia en la aplicación de los preceptos de una determinada vía de recuperación del Partido Comunista; no nos enseña nada sobre el fracaso, su fracaso, en la aplicación de la táctica de *unidad comunista*. Fracaso que es su única y verdadera experiencia, la única de la que puede hablar con conocimiento de causa. En este documento, en verdad, hay más crítica hacia nosotros que autocrítica propiamente dicha. Se trata, más bien, de una autojustificación en su mayor parte. De hecho, se ratifica en sus errores de fondo, y no oculta sus discrepancias graves con la *Tesis de Reconstitución*⁴¹ y con la visión que el PCR tiene del marxismo-leninismo como *Weltanschauung*, como concepción del mundo⁴². Sin ninguna duda, sería muy aleccionadora la

⁴¹ La crítica que realiza a nuestra tesis del Partido desde el doble prisma del “partido abierto” (guiándose del punto de vista organicista-estaliniano, tilda nuestra visión del Partido como de partido de masas, o sea que, según él, confundimos Partido y Clase) y de la “estructura cerrada” (nos acusa de estrechismo conspirativo y afirma que la organización ilegal no es un principio estratégico de construcción del Partido) demuestra su absoluta incompreensión de la naturaleza del partido de nuevo tipo proletario. ¡Que estudie la carta de Lenin a Smidovich, a ver si consigue entender que “estructura cerrada” de la vanguardia y “partido abierto” hacia las masas son los dos “extremos” de las misma cosa!

⁴² En su documento, Comas nos reprocha “una concepción idealista del marxismo-leninismo” porque “define al marxismo-leninismo como una ideología, como ‘un sistema ideológico’ [esta crítica nos suena muy reciente, ¿no?!] o como ‘una concepción filosófica abstracta’ (en referencia al materialismo histórico) y no como una teoría con su complejo científico (materialismo histórico) y su complejo filosófico (materialismo

publicación de este documento, pues en él se encuentra ya gran parte de la munición teórica con la que la fracción derechista está disparando contra la Nueva Orientación y el PCR. Tal vez haya que hacerlo. Por el momento, nos conformamos con situar los elementos que permitan valorar al lector si, en puridad, semejante sujeto, completamente ajeno a la experiencia práctica de nuestro partido, puede participar, con tono tan altanero y en los términos que lo hace, en este debate entre el partido y los sediciosos derechistas. ¡Tragicomico, verdaderamente!

...y confesiones

Con sus chismes y sus patrañas han ido confesando los renegados de nuestro partido su verdadera intención liquidacionista y su verdadera posición oportunista. Sólo hemos tenido que ir realizando una lectura marxista-leninista de su discurso para desvelar lo que realmente oculta. Sin embargo, en otras ocasiones, esta gente es menos críptica, o más torpe, y se confiesa abierta, clara y directamente. No repasaremos todas sus confesiones por lo tedioso del asunto, pero sí indicaremos las más sangrantes. En primer lugar, el eclecticismo burdo como modo de pensamiento. Más adelante desentrañaremos otros rasgos y manifestaciones del mismo que requerirán mayor indagación, pero, en este caso... ¡es tan evidente!:

dialéctico), pero que forma una única teoría, indivisible, una doctrina, pero como toda ciencia, con la necesidad de desarrollar sus conceptos y como toda filosofía, con la necesidad de desarrollar sus categorías.” (*Balace-rectificación de unos años de trabajo de un comunista*. No publicado. Agosto, 2001; pág. 8). Esto es Althusser en estado puro. Y como alumno del francés, repite sus errores positivistas e idealistas. No nos centraremos en criticar esto, pero es bueno señalarlo para conocer de dónde procede cada cual y hasta qué punto ha recapitulado sobre sus orígenes. Sólo nos referiremos a un par de cuestiones para dejar claras las diferencias. En primer lugar, el PCR defiende que el marxismo-leninismo **no es** una ciencia, como Althusser y el Comas *aspirante* a miembro del partido decían. Hoy, fuera de él (mañana, no sabemos), se cuida mucho de afirmaciones de corte positivista tan peregrinas tras la demoledora crítica de la Nueva Orientación hacia la desviación cientista experimentada por el marxismo durante el Ciclo de Octubre. Para nosotros, el marxismo-leninismo es una forma de conciencia superior a la ciencia –y que la incluye–, la cual no es sino una forma de conciencia burguesa, eso sí, la más adecuada y coherente con ella, la que confiere el más amplio marco de desarrollo a la concepción del mundo burguesa. En segundo lugar, la Nueva Orientación defiende que el marxismo-leninismo es la **unidad entre teoría y práctica** y no la unidad entre ciencia y filosofía. ¡Esto último sí es idealismo!, ¡con esto sí que se abre el camino a una interpretación especulativa del marxismo, a su simplificación como actividad intelectual puramente contemplativa!

“[...] no voy a poder recoger aquí lo positivo que, a mi juicio, hay en la N[ueva] O[rientación], sino que me veo obligado a concentrarme en la antítesis, en la denuncia de su hilo argumental, de su esqueleto [...]” (*ibid.*, pág. 15).

¡Vaya, vaya! Aquí, parece que la “antítesis” ya no es “negar absolutamente”, que la “denuncia” desde la crítica no excluye la síntesis, ni es “antagonismo” ajeno a la unidad de la contradicción, ni juguete de intelectuales pequeñoburgueses. Nada de eso, ahora es la luminaria de los practicistas quien se digna a hacer uso de los instrumentos de la teoría; entonces, todo se trastoca, todo se transmuta, el contacto del santón con la teoría provoca la transustanciación y la teoría pura ya no le convierte a uno en “intelectual puro” y, por lo tanto, en burgués; ya no es preciso estar rodeado de obreros para alejar las nefastas influencias: por una vez, se dispone a levitar por encima de sus cabezas y a desarrollar la teoría proletaria (¡agárrense!)... ¡sin el proletariado! (*vid.*, *ibid.*, pág. 24). ¡Menuda bazofia! Pero, a lo que vamos. La dialéctica, según dice este encantador de serpientes (¡y en verdad que se ha llevado un buen cesto de víboras!), es la oposición de contrarios que halla su síntesis en su unidad, en la unión de *lo positivo* de cada uno de los aspectos de la contradicción. Esto es eclecticismo a gritos. En primer lugar, porque **la unidad de la contradicción no es igual a su síntesis**. Semejante ecuación de equivalencia supondría, llanamente, la liquidación del proceso de desarrollo, del desenvolvimiento de la contradicción, la supresión de la *lucha* y su reducción a la sola *unidad* de los contrarios. En segundo lugar, porque, derivado de lo anterior, la anulación de la lucha de contrarios como proceso objetivo permite que el antagonismo pueda ser reducido al momento subjetivo de cada uno de los dos aspectos opuestos, a *mi* aspecto. Es esta maniobra de subjetivación lo que permite que se instale la perspectiva teórica de la posibilidad del anticipo del resultado de la contradicción agregando en una síntesis espuria lo que *ad hoc* se considera *positivo* de cada uno de los lados en oposición. Esta *positividad* —que sí es una absolutización unilateral de la dialéctica, porque excluye la *negatividad*, el antagonismo— sólo puede consistir en lo que de común existe entre ambos opuestos, en su unidad primigenia (*an sich*, en sí), en su identidad **inmediata**, siendo, de este modo, **descartada toda unidad mediatizada como síntesis**, como negación de la negación, como unidad superior (*für sich*, para sí). Se trataría, pues, de la liquidación de la dialéctica como principio de desarrollo, de su reducción subjetivista, la cual prestará un marco teórico adecuado al voluntarismo, a la tendencia idealista a resolver la contradicción, casi siempre, como vemos, desde el eclecticismo. Desde el punto de vista teórico, se trata de la filosofía metafísica del *dos hacen uno*, de la unidad externa desde el encuentro de los elementos comunes de los opuestos; desde el punto de vista político, se trata de la **liquidación práctica de la lucha de clases** como principal motor de los procesos sociales, **a cambio de la conciliación de**

clases. Se trata de la negación del antagonismo entre las clases y de su solución desde su lucha, a cambio de la búsqueda de *lo que hay de común* entre ellas, del respaldo y fomento de su unidad. Además, como se niega el carácter objetivo de la contradicción y su despliegue real desde la lucha abierta entre sus opuestos, independientemente de nuestra voluntad y en función de su propia naturaleza como contradicción específica, virtualmente se está sustrayendo cualquier papel a la práctica, puesto que todo quedará resuelto *ad hoc* en el esférico mundo supraterráneo de las ideas y su santa, selectiva e interesada voluntad⁴³.

Todo esto, por último, en cuanto al plano de la teoría; respecto a la práctica, queda en evidencia, de manera patente, directa y *natural*, que este modo de pensamiento ecléctico es el reflejo lógico y fidedigno de la táctica política que han adoptado los escisionistas, al mismo tiempo que la fuente intelectual desde la que se justificará y reproducirá en sus elementos ideológicos. En concreto, como estos señores anteponen *lo que hay de común*, lo que conforma la unidad de la contradicción, no les queda más remedio que, en el terreno de las contradicciones de clase en la sociedad capitalista, dirigirse allí donde la unidad entre la burguesía y el proletariado prevalece sobre la lucha entre ellas. Ese lugar no es otro que la esfera de la producción capitalista, el plano económico donde esa contradicción social se presenta como oposición entre capital y trabajo. De aquí el llamamiento de los derechistas a que la vanguardia se oriente hacia las luchas inmediatas, de ahí la línea de masas sindicalista que proponen, de ahí el entronamiento de la lucha de resistencia y de la conciencia de clase *en sí*. De este modo, mientras se pone el acento en el sector de las relaciones sociales donde la tendencia dominante empuja de manera irrefrenable hacia la conciliación de los intereses de clase, hacia el pacto social, hacia la conducción de la lucha sólo hasta un determinado límite, las esferas de la sociedad donde esa lucha puede aplicarse de manera intransigente y consecuente hasta el final, hasta la solución verdadera de su carácter antagónico –las esferas de la política y de la ideología–, quedan desplazadas y desatendidas.

Pues bien, aunque a nuestro ecléctico farsante le gustaría coger pizca de aquí y pizca de allá para componer una caricatura de línea política que le permitiera salir del paso, es imposible, porque la Nueva Orientación es un bloque

⁴³ En su *Anti-Dürhing*, Engels advierte que “la naturaleza de la negación dialéctica está determinada por la naturaleza general, primero, y especial, después, del proceso” (Engels, F.: *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dürhing*. “*Anti-Dürhing*”. Ed. Crítica. Barcelona, 1977; pág. 144). Es decir, no es posible anteponer los resultados de la negación de manera apriorística; sólo el desenvolvimiento práctico de la contradicción según su naturaleza particular podrá desvelarnos los contenidos reales de la forma superior de unidad que resultará de ese proceso dialéctico. Jamás podremos anticiparlos de manera teórica más allá de las hipotéticas tendencias a cuya comprensión nos conduzca su análisis. Pretender más es traspasar la frontera del idealismo.

compacto y homogéneo cuyas partes constitutivas sólo casan entre sí. Pero no le importa, en su proyecto de plan de trabajo cabe todo, todo es posible y abarcable⁴⁴. ¿Acaso no hemos impuesto el punto de vista unilateral y subjetivo frente al mundo?, ¿acaso no hemos impuesto nuestra santa voluntad a la realidad? El caso es que para la Nueva Orientación no es así: no se trata de un plan *centrífugo*, de dispersión de la actividad sin un centro claramente definido que aglutine toda la labor, es un plan *centrípeto* de conexión y cohesión paulatina de esferas de actividad, un plan sensato, acorde con la situación actual de las relaciones de clase, no un caótico rompecabezas sin ligazón ni unidad. Nosotros enfrentamos la Nueva Orientación a la línea oportunista de derecha como bloque teórico-político; no pensamos encontrar en ésta *aspectos positivos* para integrarlos en nuestro plan (pues si hay algo atractivo en la forma, será erróneo en el contenido, y a la inversa), ya que ambos son un todo producto de sendos e inconciliables intereses de clase con sus respectivas visiones antagónicas del mundo. Algo, claro está, fuera del alcance del entendimiento del eclecticismo contumaz, que abotarga la mente de los metafísicos. Perseveraremos, pues, en la lucha de dos líneas contra la línea oportunista de derecha hasta alcanzar su derrota completa y su destrucción como línea política, y perseveraremos en la aplicación práctica de la Nueva Orientación y en el constante contraste de sus resultados con la crítica marxista, con el fin de desarrollarla, divulgarla y distinguirla cada vez más de la teoría y la política burguesas.

En cuanto al partenaire teórico del faro guía de los derechistas, el señor Comas, como buen althusseriano es estructuralista de pensamiento, por lo que todo lo relacionado con la dialéctica le es ajeno (continuaremos comprobándolo), así que necesita cierta ayuda para presentar sus argumentos al modo dialéctico,

⁴⁴ El maestro demagogo propone: “[...] preparemos nuestra paulatina fusión con el movimiento obrero **en sus más variadas manifestaciones**, teniendo en cuenta nuestras fuerzas y nuestro objetivo de transformarlo en movimiento revolucionario. Y esto, **a la vez que** proseguimos nuestras tareas teóricas, priorizando las que necesite la lucha política del proletariado (estudio de nuestro clásicos, balance de la experiencia histórica, aprendizaje de las ciencias, análisis concreto de la realidad concreta, especulación filosófica, etc.)” (1ª T-“D”, pág. 25. La negrita en nuestra *-N. de la R.*). ¡Cantos de sirena! Una vez más, los “aventureros y granujas”, los “fanfarrones y vocingleros” que pretenden “hacer veinte cosas a la vez y no acabar ninguna”. Por cierto, con este plan omnímodo y tal despliegue de actividad, ¿qué sentido tiene el objetivo de reconstituir el Partido?; semejantes medios, ¿no indican la realidad operativa del Partido ya reconstituido? ¿Qué diferencia cualitativa hay, desde ese proyecto, entre destacamento de vanguardia y Partido Comunista para estos señores? Ninguna: han vaciado de sentido y de contenido el Plan y la *Tesis de Reconstitución*. Todo lo cual, unido a la teoría de que *ellos* ya pueden realizar práctica revolucionaria, permite completar los ingredientes de ese voluntarismo absurdo en el que estos petimetres del oportunismo pretenden convertir la política proletaria. Entonces, ¿quién es aquí idealista?, ¿quién *izquierdista*?

aunque sólo sea en la forma. El problema que tiene es que sólo puede imitar, cual cacatúa, a su mentor, y éste es un ecléctico redomado:

“Hay que cambiar el concepto de la relación entre la ciencia y la filosofía, que absolutizan cada una con lo suyo, cada desviación niega la del contrario. Pero el cambio tiene que ir ligado a la transformación revolucionaria: a la ciencia habrá que **quitarle** su ropaje positivista y a la filosofía su concepción en Sistemas teóricos cerrados. De esta manera, se conseguirá la superación, el salto cualitativo, **lo nuevo concebido con los elementos progresivos de ambas ‘disciplinas’**, para la transformación revolucionaria, **rechazando** sus estructuras cerradas y su sentido clásico contemplativo e interpretativo.” (*ibid.*, págs. 10 y 11. La negrita es nuestra –N. de la R).

El gran proyecto althusseriano de unificación teórica ciencia-filosofía en el marxismo (¿por qué no confiesa abiertamente Comas, al menos a sus nuevos *amigos*, sus verdaderas intenciones: sustituir el marxismo-leninismo por Althusser?) conseguido según el método metafísico, con la varita mágica de la selección, apriorística y subjetiva, de los “elementos progresivos” de cada una de las dos partes en litigio, y a través del arte de seleccionar y “quitar” a antojo y de “rechazar” a voluntad lo que (creemos que) no nos interesa. Aislamos lo “positivo”, lo “progresivo” de aquí, también lo de allí, lo unimos, ¡y ya tenemos “la superación, el salto cualitativo”! Patética confesión de eclecticismo y de idealismo subjetivo (estos señores rechazan a Hegel, el gran idealista objetivo, pero resulta que su pensamiento es prehegeliano).

Lo peor de todo es que estos enanos mentales no sólo no han sido capaces de sospechar siquiera de la deriva idealista por la que les conduce su *dialéctica*, sino que tampoco se han detenido a reflexionar sobre el significado y las consecuencias teóricas del uso de términos como “lo positivo” o “lo progresivo”. Y es que estos conceptos encierran una intención teleológica, finalista de las cosas, muy a tono, por cierto, con la forma de pensar idealista⁴⁵. En política, el

⁴⁵ Los renegados no son los únicos que introducen este tipo de nociones idealistas en el marxismo. Por ejemplo, Gramsci, aunque rechaza expresamente la “concepción fatalista de la filosofía de la praxis” (*op. cit.*, pág. 62) y es consciente de su vinculación estrecha con el punto de vista del “mecanicismo” (*ibid.*, pág. 63), no es capaz de advertir, sin embargo, la relación del mecanicismo fatalista con la interpretación teleológica del marxismo, que para Gramsci es introducida a través de la problemática de la “misión histórica” del proletariado, y que él acepta y considera que puede ser “compartido y justificado” por el marxismo (*ibid.*, pág. 102). Efectivamente, la idea de *misión histórica* presupone la consideración de una naturaleza abstracta –no social– del proletariado como clase desde una esencia interna e independiente de su posición en el conjunto de relaciones sociales, con lo cual se aparta del punto de vista del marxismo-leninismo

finalismo se traduce en *fatalismo revolucionario*, que es el sustrato ideológico que sostiene la **visión espontaneísta** del desarrollo del proletariado como clase y de su lucha de clases –hermano gemelo de la *teoría de las fuerzas productivas*–, y que, como sabemos, han abrazado nuestros desertores de la Nueva Orientación, es decir, los desertores de la tesis que defiende que no hay nada prescrito, que todo proceso de construcción revolucionaria debe ser consciente porque la revolución no obedece sólo a los mecanismos impersonales de las leyes económicas, porque no es algo independiente de la voluntad de los hombres⁴⁶, porque lo nuevo no surge **de** lo viejo espontáneamente, sino que lo nuevo se construye **sobre** la base de lo viejo conscientemente. Como se puede observar, todo va encajando en la deriva derechista y liquidacionista de nuestros renegados, todos los elementos teóricos y tácticos van acoplándose poco a poco y la línea oportunista de derecha que van conformando adquiere más y más nitidez. Más aún. Cada vez van

(fijado, en este asunto, por la *VI tesis sobre Feuerbach*, de Marx, y por Lenin en su artículo *Una gran iniciativa*). Es cierto que esa fórmula de la *misión histórica* cobró gran predicamento durante el Ciclo de Octubre y que aún hoy la aceptan acríticamente sus náufragos; incluso nosotros como partido hemos abusado de ella sin analizarla. Ahora, debemos matizar y rectificar, pero sin renunciar a ella. Lo correcto es afirmar que la clase obrera no tiene una *misión histórica* por naturaleza, *per se*, sino que es el socialismo científico quien se la encomienda. Es decir, su papel histórico es uno de esos elementos de conciencia que se le confieren al proletariado *desde fuera*. Por lo demás, comprobamos que, en todo este tipo de cuestiones relacionadas con la degeneración idealista del marxismo, tenemos de nuevo de la mano a Gramsci y a los renegados, al *marxismo occidental* y al señor Comas.

⁴⁶ En 1920, Lenin decía que “la ley fundamental de la revolución” consiste en que “‘los de abajo’ no quieren y ‘los de arriba’ no pueden seguir viviendo a la antigua” (Lenin: *O. C.*, t. 41, pág. 72). Esto supone no sólo que todos los factores de la revolución no son de naturaleza objetiva, sino que los decisivos son de carácter subjetivo. En segundo lugar, significa que “los que no pueden seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan”, “los de arriba”, tienen un margen de maniobra para encauzar las tendencias objetivas en una dirección favorable a sus intereses de clase, por lo que, de la misma manera, “los de abajo” sólo pueden hacer lo propio desde la conciencia y la organización. En resumen, el marxismo-leninismo enseña que las condiciones objetivas prestan un contexto de crisis del sistema, favorable a la revolución, cierto, pero también favorable para la contrarrevolución, y que, por tanto, lo decisivo es el factor subjetivo: su grado de desarrollo, su capacidad de organización y de influencia sobre la lucha de clases. El siglo XX está plagado de ejemplos que confirman esta ley y sus consecuencias (la Alemania de entreguerras es quizá el ejemplo más ilustrativo y lacerante). Sin embargo, en nuestra tradición dominó, y aún domina, la idea de que la crisis da ventaja a la revolución (y este espejismo es capital para las espontaneístas expectativas políticas de nuestros héroes de la derecha), lo cual es falso si antes el sujeto revolucionario no ha conquistado posiciones que permitan hacer realidad esa *ventaja* (de hecho, en principio, si alguien tiene ventaja de partida es quien posee el aparato del Estado, o sea, la contrarrevolución).

mostrándose con mayor claridad las fuentes que inspiran esta forma de pensamiento, cada vez va resultando más evidente su familiaridad con cierta corrienteseudomarxista moderna:

“Así pues, la ley de la negación de la negación es una ley cuya acción está condicionada por el nexo y la continuidad entre lo negado y lo que niega; a consecuencia de ello, **la negación dialéctica** no es una negación huera, ‘inane’, que rechaza todo el desarrollo precedente, sino una condición del desarrollo que **afirma y conserva en sí todo el contenido positivo de las fases anteriores**, repite a un nivel superior algunos rasgos de los grados iniciales y tiene, en su conjunto, un carácter de avance, ascensional.” (AA. VV. – Konstantinov, dir.: *Fundamentos de filosofía marxista-leninista. Parte I: Materialismo dialéctico*. Ed. Progreso. Moscú, 1975; págs. 161 y 162. Destacado en cursiva en el original. La negrita es nuestra –N. de la R.).

Efectivamente, se trata del revisionismo moderno en su versión soviética, se trata de la escolástica soviética, de la ideología conservadora y reaccionaria de la burguesía burocrática del denominado *campo socialista* del este de Europa, de cuyas ubres han mamado y al calor del regazo de cuyos aparatos políticos se han criado estos quintacolumnistas infiltrados en las filas de la revolución. Y, como se puede observar, su concepción ecléctica y teleológica de la dialéctica coincide plenamente con la de sus maestros revisionistas en sus conceptos fundamentales. El eclecticismo, o sea, la negación de la lucha de clases, y la teleología, es decir, la autojustificación de la propia situación como el resultado necesario e inevitable del proceso social, son elementos constitutivos del discurso de toda clase dominante que pretenda mantener las condiciones de su hegemonía, por lo que no podemos reprochar nada en este sentido a la burguesía soviética –salvo, claro está, que lo haga bajo el ropaje del marxismo. Pero, ¿qué decir de sus acólitos occidentales? Hoy en día, desaparecida la burguesía soviética, los restos supervivientes de su influencia ideológica en el mundo han sido incorporados en su discurso por un sector *radicalizado* (por hallarse al borde de la *reproletarización*) de la aristocracia obrera con el fin de expresar, con fraseología revolucionaria, su programa de conciliación de las contradicciones inconciliables, antagónicas, entre la burguesía y el proletariado (con el que suplica su no exclusión de la casta de los privilegiados). Pero pasemos a analizar someramente este pasaje, fiel ejemplo de la dialéctica revisada por la *ortodoxia* soviética.

Se trata de la *negación de la negación*, de la síntesis superior de los dos opuestos de la contradicción (tesis-antítesis). Hay que decir que es aquí donde nuestros censores sitúan la polémica, al acusarnos de que, como “negamos absolutamente”, no puede haber síntesis posterior (*vid.*, *ibid.*, pág. 17). Ya veremos más adelante, cuando hablemos de las contradicciones *antagónicas* y *no*

antagónicas, qué es esto de negar “absolutamente” (y en esto los soviéticos demostrarán ser más marxistas todavía que nuestros revisionistas caseros), etc.; pero este debate se situará en el terreno de la primera negación; ahora, nos encontramos pisando el de la segunda. Como ya hemos indicado, para nosotros, la dialéctica de estos señores es falsa, no puede producir progreso, una segunda negación, sencillamente porque no existe la primera, porque se trata de una dialéctica de la unidad, no de la lucha de los contrarios: para ellos, *de facto* –como queda dicho–, unidad de la contradicción y síntesis en el sentido de negación de la negación, es la misma cosa. Exactamente lo mismo que hacen los soviéticos: para definir la segunda negación, se remiten a la primera y, además, ésta únicamente en lo que tiene de “afirmación” y “conservación”, es decir, de común, de unidad, con el momento anterior que niega. Además, de paso, esa “conservación” se refiere al “contenido positivo”, progresivo, que otorga un “carácter de avance, ascensional” al proceso; es decir, en relación con un fin teleológico posterior para el que está predestinado que desemboque ese proceso⁴⁷. La tergiversación consiste, pues, en primer lugar, en que a la primera negación se le usurpa su función de crítica, su papel de antítesis, de antagonismo, de momento de separación y enfrentamiento entre los opuestos, de lucha de contrarios; a cambio, se le encomienda la búsqueda de la unidad con su contrario en un acto de subversión lógica sublimado como *progreso*, como movimiento “ascensional” hacia el fin preestablecido de antemano. Al parecer, los soviéticos y sus alumnos, al fin y a la postre, sólo supieron recoger la dialéctica mistificada de Hegel, su lógica, aún permaneciendo *patas arriba*, como la describía Marx. En segundo lugar, se le hurta a la segunda negación, a la *negación de la negación*, su cometido de síntesis, de retorno y búsqueda de esa unidad que cancele, conserve y, a la vez, supere esa contradicción (*Aufhebung*), de modo que queda vaciada de contenido. La verdad es que, muy al contrario, sólo es posible una síntesis superior desde el desenvolvimiento real, práctico, libre y llevado hasta sus últimas consecuencias de la lucha entre los opuestos de la contradicción, en cuyo desarrollo se perfilarán y destacarán los elementos concretos de síntesis que permitirán la conformación de una unidad dialéctica cualitativamente superior. No es, por tanto, la negación (antítesis), la que puede conservar “en sí todo el contenido” que recogerá la unidad superior (síntesis), sino una nueva, constante y recurrente negación desde el primer momento afirmativo de la contradicción (tesis). Es este permanente negarse desde la antítesis a la tesis y viceversa, esta

⁴⁷ En una carta a Lassalle de 1861, Marx, refiriéndose a Darwin, incluye entre sus méritos el haber dado “por primera vez el golpe de gracia a la ‘teleología’ en las ciencias naturales” (Marx, K. y Engels, F.: *Correspondencia*. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1973; pág. 110). En otras palabras, Marx es un enemigo acérrimo de todo teleologismo, incluido el originado en la práctica científica; de modo que es preciso denunciar toda *dialéctica* pretendidamente marxista que incluya una *causa finalis* más o menos expresamente.

mutua transformación de los contrarios⁴⁸, lo que conforma la lucha que destilará los elementos para la síntesis posterior⁴⁹.

La nostalgia por sus orígenes políticos de estos cachorros del revisionismo soviético revera involuntariamente, a modo de confesión apasionada, cuando, en su desesperación por “pintarnos de negro”, sobre todo

⁴⁸ “El momento dialéctico [la negación] constituye ese momento especial en que sus determinaciones finitas se suprimen ellas mismas pasando a su contrario”. “La dialéctica, por el contrario, es el tránsito inmanente de un término a otro [...]”. “[...] bastará recordar cómo la experiencia universal nos enseña que un estado, una acción llevada a su extremo límite se cambia ordinariamente en su contraria [...]. Se ve también cómo en la esfera política los extremos de la anarquía y del despotismo se engendran uno a otro.” (Hegel, G. W. F.: *Lógica*. Ed. Ricardo Aguilera. Madrid, 1971; págs. 123-127). Queda claro, pues, que la primera negación supone la oposición de los contrarios “llevada a su extremo límite” –esa “negación absoluta” que tanto asusta a nuestros eclécticos– y que, sólo así, tendrá lugar la mutua transformación de los opuestos. Y únicamente de este proceso podrá surgir un resultado positivo, la negación de la negación. Hegel lo explica en los siguientes términos: “La dialéctica [negación] tiene un resultado positivo [negación de la negación], porque tiene un contenido determinado o, si se quiere, porque su resultado no es una negación vacía, abstracta [ésta es la verdadera *mala dialéctica*, no cuando se opone una “negación absoluta”, como dicen nuestros filósofos timoratos, sino cuando se opone una “negación abstracta”, definición a la que no responde, por supuesto, la crítica teórica marxista], sino la negación [“llevada a su extremo límite”, recordémoslo] de las determinaciones afirmadas que están contenidas en el resultado por lo mismo que éste no es una negación inmediata, sino un resultado [negación mediata o nuevo momento positivo].” (*ibid.*, pág. 128). La dialéctica de Mao también es útil para desenmascarar el eclecticismo metafísico de los renegados: “El caso es que la unidad o identidad de los contrarios en las cosas objetivas no es algo muerto o petrificado, sino algo vivo, condicional, móvil, temporal y relativo; sobre la base de determinadas condiciones, cada uno de los aspectos de la contradicción se transforma en su contrario.” (Mao Tsetung: *Obras escogidas*. Ed. Fundamentos. Madrid, 1974. Tomo I, pág. 363). Es decir, la unidad de los contrarios no es “lo que tienen de común” o la agregación de “lo positivo” de cada uno de ellos, como dicen estos farolones, sino que consiste en el hecho de que ambos opuestos se transforman mutuamente el uno en el otro, que es algo bastante diferente. Esto es dialéctica materialista; lo otro, idealismo subjetivo.

⁴⁹ Hablando del trabajo como dialéctica entre el hombre y la naturaleza, Marx escribe: “Al actuar mediante este movimiento [el trabajo] sobre la naturaleza exterior a él y cambiarla, transforma al mismo tiempo su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitan en él y somete el juego de sus fuerzas a su propio dominio.” (Marx, K.: *El capital*. Ed. Akal. Madrid, 1976. Libro I-Tomo I, pág. 241). Es decir, sólo el proceso real, material, de mutua transformación de los contrarios (hombre-naturaleza, en este caso) puede permitir el despliegue de todas “las potencias que dormitan” en la contradicción. Sin este despliegue en lo concreto, no hay síntesis verdadera. Anticipar los elementos “positivos” o “progresivos” antes de los resultados del proceso real –como hacen los eclécticos, temerosos del despliegue de toda lucha– es idealismo, es negar la dialéctica materialista.

ante su parroquia –mejor dicho, ante la mentalidad atrasada de sus parroquianos, cuyo espíritu comparten y sirven gentilmente–, recurren a argumentos más propios de fajadores que de diletantes en la práctica del debate. Por ejemplo, como ya sabe el lector, nos relacionan con el *marxismo occidental* y, en particular, con Lukács, sólo porque hay similitud en el nombre utilizado para designar algún concepto. Estos señores no se han molestado ni se molestarán en demostrar si el contenido de ese concepto es también análogo; pero no importa, como buenos empiristas, tienen bastante de nominalistas y de fervor por el poder esotérico de las palabras. Peregrina operación de analogía ésta. Pero ya hemos hablado de esto, y continuaremos hablando. De momento, señalaremos que en su afán por estigmatizarnos, han llevado su peregrinaje más allá, y, después de conducirnos hasta Lukács, han continuado empujando hasta colocarnos al lado de... ¡Imre Nagy! Saboreemos este pecado en confesión. Hablando de Lukács, dice el adulator del militante borrico:

“A mediados de los años 20, acatará la crítica que le dirigió el Partido Bolchevique, pero, en su vejez, acabará colaborando con el gobierno contrarrevolucionario húngaro de Imre Nagy y apoyando a los ‘disidentes’ de la URSS y de Europa Oriental.” (1ª T-“D”, pág. 18).

Este argumento, impensable en los tiempos que corren salvo para oportunistas montaraces, es una obra maestra de manipulación desde el conocimiento de los supuestos mentales del público al que va dirigido. Como éste es de su escuela e inconscientemente está dispuesto a aceptar la *maldad* de los “contrarrevolucionarios” húngaros y de los “disidentes” soviéticos, también inconscientemente identificará la *bondad* de sus enemigos (mejor dicho, de sus *contrincantes*, pues la historia ha demostrado que eran fracciones de la misma clase burguesa), es decir, ¡los Janos Kadar, Jruschov, Breznev y demás ralea anticomunista! Esta maniobra alimenta mitos revisionistas como el de una Unión Soviética socialista hasta la *traición* de Gorbachov, y otros por el estilo⁵⁰. Pero no importa qué precio pagar con tal de armar un argumento contra nosotros, aunque sea a costa de la educación comunista de los obreros. Con este tipo de prácticas, el jefe traidor muestra su verdadero rostro de manipulador político compulsivo, su desprecio olímpico por la formación y elevación de sus camaradas y, por extensión, de las masas en general, su oportunismo recalcitrante guiado por los

⁵⁰ Es de suponer que este tipo de actitudes les ayudará en su retorno de hijos pródigo al redil de las grandes sucursales internacionales de lo que sobrevive de la rama prosoviética del pútrido revisionismo moderno, como el Seminario Comunista Internacional del Partido del Trabajo de Bélgica (que hoy ya está reconvertido como sucursal pro-china del revisionismo dengxiaopinista).

intereses personales ante los que no duda ofrecer cualquier sacrificio (ya sea la línea del partido, ya la ideología comunista) y su desapego hacia todas las conquistas de la vanguardia obtenidas, precisamente, tras la crisis y caída de ese revisionismo cuya época dorada tanto añora.

Si la primera confesión abierta nos ilustraba sobre la talla intelectual de este personaje y de sus seguidores, y la segunda nos ha permitido conocer la verdadera procedencia de su inspiración política, además de que nos avanzaba alguna información sobre la calidad de su comportamiento ético, otras más nos corroborarán la real catadura moral de este engendro que quiere postularse como guía para el proletariado.

Hablando de la Nueva Orientación y tratando de exculparse de la acusación –que nosotros le dirigimos y continuaremos dirigiéndole– de “haber obstaculizado la aplicación de su política” dice el cabecilla apóstata: “Lo cierto es que la apliqué con convencimiento en todos los campos, excepto en eso de la ‘reforma del pensamiento’” (*ibid.*, pág. 16). La piedra de toque de la Nueva Orientación es la lucha contra la ideología burguesa en todos los ámbitos, incluido el personal. No hay Partido Comunista sin ideología comunista; ésta, por su parte, debe ser reconstituida, y no hay reconstitución sin revolucionarización del estado actual de la conciencia de la vanguardia dominada por el revisionismo, comprendida ésta tanto en su sentido colectivo como individual. En un proceso de estudio, crítica y lucha de dos líneas –y de construcción en paralelo de los vínculos políticos y organizativos que permitan su desarrollo–, la vanguardia se transformará hasta alcanzar la posición que le permita dirigirse a la conquista del movimiento de masas. En el plano individual, formar parte de este proceso requiere un esfuerzo de autocrítica consciente de nuestra visión del mundo burguesa y de desarrollo de la asunción de la concepción del mundo proletaria; es decir, se requiere precisamente lo que se niega a aceptar el farsante, muy a gusto con su modo de vida y de pensamiento burgueses, la “reforma del pensamiento” (expresado según su espíritu pusilánime y siempre *correctamente* moderado; nosotros preferimos hablar de *revolucionarización de las conciencias*). En consecuencia, nadie puede decir que se “aplica” en todos los campos cuando reconoce que, al menos, rehuye una tarea; nadie puede decir que colabora “con convencimiento” cuando esa tarea resulta ser, además, la principal y la que da sentido al conjunto del Plan. Sobre todo cuando más adelante se queja de sentirse “oprimido” por los objetivos de la Nueva Orientación (*ibid.*). Probrecillo... ¡y ante el Comité Central decía que lo que le oprimía era su vida familiar! Pero de toda esta farsa nos enteramos ahora, ingenuos de nosotros. Es ahora cuando, ante tan clara confesión, comprendemos que este taimado mentiroso estaba al acecho, aceptando sólo de palabra los acuerdos aprobados democráticamente por la Conferencia del partido, “aplicándose” en una colaboración formal para atrincherarse en su posición en la dirección, mientras disimuladamente esperaba la oportunidad para orquestar un contraataque contra la Nueva Orientación. Y, en

efecto, él mismo, con el apoyo de una minoría de la dirección, creó las condiciones para ello y, finalmente, provocó ese contraataque reaccionario contra el partido que, como se está demostrando, perseguía la liquidación completa de su línea política proletaria y de su constitución como destacamento de vanguardia comunista.

Lo mejor de las confesiones es que lo son. Lo peor es cuando se hacen con candidez, porque eso demuestra que no se tiene conciencia del pecado cometido. Lo peor de un Judas es no sufrir el tormento del remordimiento: después de todo, a Iscariote le redimió el suicidio. Sin embargo, como se dice, la ignorancia es atrevida, y el necio, en un acto característico de negligencia intelectual, puede trastocarlo todo sólo con atreverse a pisar el escenario del drama y ejercer el papel de narrador. El cándido, entonces, se convierte en histrión, y éste troca la tragedia en mofa:

“La ruptura de las relaciones sociales en las que el militante comunista se halla inmerso puede llegar a justificarse en momentos revolucionarios álgidos, cuando la sociedad entera se siente sacudida por los ‘dolores del parto’, pero no en períodos como el actual, en que predomina lo evolutivo, el desarrollo cuantitativo del movimiento social del proletariado.” (*ibid.*, pág. 16, en nota).

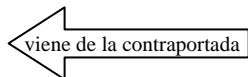
Justificando la propia traición por el método de elevar tan ignominioso comportamiento hasta las cumbres de la aséptica teoría, el renegado ha conseguido fundar una nueva profesión de fe; en su huida de la revolución y del hedor a traición que le persigue, el renegado ha proclamado su nuevo manifiesto *evolucionario*: acoplarse a las circunstancias es el criterio; el oportunismo y la política de la menor resistencia la línea a trazar. Que el creyente de la nueva buena *evolucionaria* no ose emerger “de las relaciones sociales en las que se halla inmerso” para independizarse de ellas y organizarse aparte con el propósito de desarrollar actividad revolucionaria. ¡Nada de profesionales de la revolución! ¡El *¿Qué hacer?* a la hoguera! Sólo lo que permitan “las relaciones sociales en las que nos hallamos inmersos”, sólo el profesional *evolucionario* posible, el funcionario del sindicato burocrático reaccionario de turno... ¡Lo último en marxismo-leninismo: las masas delante, la vanguardia por detrás! ¡Qué vergüenza! Este esperpento de “militante comunista” ha convertido el marxismo en teoría de retaguardia. ¡Cuánta entrega! Hasta que las masas del proletariado no se muevan, él confiesa que tampoco. ¡Cuánta generosidad! No se involucrará si antes el proletariado no le ha garantizado un proceso revolucionario en marcha. Entonces sí, entonces se desembarazará de esas “relaciones sociales” que le ahogan y romperá las *cadena*s de su modo de vida burgués: dejará las horas extras –que le han convertido en una “máquina de hacer dinero”–, despedirá a la asistenta polaca *sans papiers*, dejará de preocuparse de la hipoteca de la segunda

residencia y de si las niñas pueden asistir al elitista Liceo Francés, y se deshará por fin de la arpía (¡que bajo toda esta mierda “se halla inmerso” este renegado, que entre toda esta basura de compromisos con la forma de vida burguesa se hallan ocultas las verdaderas razones de su traición! –por eso experimentaba la presión proletaria y la vigilancia revolucionaria del Comité Central como “opresión”).

Marx escribió: “Solamente en un orden de cosas en el cual no existan clases ni antagonismos de clases las *evoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas*”⁵¹. La vanguardia siempre tiene algún objetivo revolucionario. El estado de la lucha de clases en general y, en particular, su posición en relación con el movimiento obrero, le indican el tipo de obstáculos que debe superar para alcanzar la posición idónea como resorte de la revolución. Que el movimiento de masas esté en calma chicha, que las masas sólo respondan a la resistencia y no tengan oídos para la vanguardia revolucionaria, no significa que no existan ámbitos individuales y sociales de menor escala que sea preciso y necesario *revolucionar* para crear las condiciones para el “parto” revolucionario. La crítica de “las relaciones sociales en las que el militante comunista se halla inmerso” –anterior a la salvadora “sacudida” espontánea de las masas, si es que ésta tiene lugar– es uno de esos ámbitos, es decir, la revolucionarización de nuestra actitud individual hacia la presión del modo de vida burgués, que nos impide formarnos como cuadros proletarios, como tribunos del comunismo; otro, la lucha por la reconquista por parte del pensamiento comunista revolucionario de la posición de teoría de vanguardia, perdida hace muchas décadas por obra y gracia de gentuza como la que hoy nos ocupa, es decir, la revolucionarización de las actuales relaciones en el seno de la vanguardia. Sin estas *revoluciones* jamás tendrá lugar el salto cualitativo en ese “desarrollo cuantitativo del movimiento social del proletariado”. Éstas son las tareas revolucionarias, hoy. Lo demás es cobarde mezquindad, la negación de todo horizonte en las luchas que se pretenda emprender y la espera sin esperanza. Como cuando al traidor sibilino y mentiroso increpó el romano irritado, se dirigirá el obrero consciente, finalmente, al ensoberbecido cabecilla *evolucionario*:

Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?

⁵¹ Marx, K.: *Miseria de la filosofía*. Ed. Júcar. Madrid, 1974; pág. 260).



La historia se repite una vez más

“Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que gravita hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de elevar a capas cada vez más amplias a su avanzado nivel sería únicamente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir nuestras tareas.” (Pág. 56).

* En la propia 6ª Conferencia hubo algún militante que se negaba a ascender al nivel más alto ideológicamente, se negaba a estudiar más, y este jefecillo le apoyaba. ¿Es que tenía miedo de que le quitasen el puesto en el CC? Para este jefecillo lo mejor no es que la militancia estudie y aprenda a pensar por sí misma. Al tomar el rumbo de dirigirse directamente a las masas, hace caso omiso del Marxismo-Leninismo; la inmensa tarea de reconstituir la ideología comunista la desecha, para conseguir simplemente unos parches dentro del capitalismo, negándose a preparar el Partido de vanguardia.

“El Congreso de nuestro Partido ha sido juez de algunas personas que aspiraban al puesto de dirigentes y han sufrido un fracaso. Y ahora estos representantes de la ‘minoría’ maldicen a sus jueces y tratan por todos los medios de desacreditar el Congreso, de aminorar su importancia y su autoridad.” (Pág. 7).

* El CC juzgó el estilo de trabajo de este ex-militante, por sus métodos conspirativos contra el CC, reuniones secretas, llamadas personales, descalificaciones etc., es decir, por sus formas de trabajo anticomunistas. Y ahora maldicen y tratan de desacreditar al CC y los acuerdos de la Conferencia.

“Al hacerlo, expreso de un modo perfectamente claro y preciso mi deseo, mi exigencia de que el Partido, como destacamento de vanguardia de la clase, reúna el máximo de organización posible y sólo acoja en su seno a aquellos elementos que admitan, por lo menos, un grado mínimo de organización.” (Pág. 53).

* ¿Es posible tener en un Partido Comunista (PC), y menos en un CC, a un miembro que no lo respeta como el órgano superior de la organización y que va de autónomo (individualismo pequeño burgués)? ¿Es posible incluir en el PC a alguien que no respeta los acuerdos de la Conferencia, de su órgano supremo? Su expulsión estaba justificada.

“Decía el camarada Pavlóvich, explicando mi fórmula a Liber-significa: Si quieres ser miembro del Partido, debes reconocer también las relaciones de organización, y no sólo de una manera platónica.” (Pág. 69).

* Aquí está claro que para ser militante del PCR hay que aceptar el Centralismo Democrático, y no hacer un trabajo conspirativo contra la mayoría de la organización. Si le sentó mal al jefecillo su expulsión del partido debería entender que fue por saltarse la relación de organización, es decir, las reglas de funcionamiento de un PC. La lucha debería haberla hecho bajo las condiciones del Centralismo Democrático, y no actuando a espaldas del CC, queriéndolo descalificar y eludiendo el debate ideológico como hizo.

“Para el individualismo propio de intelectuales, que se manifestó ya en los debates sobre el artículo primero, descubriendo su inclinación hacia los razonamientos oportunistas y las frases anarquistas, toda organización y toda disciplina proletarias son un régimen de servidumbre. Pronto sabrán los lectores que también el nuevo Congreso del partido es para estos “militantes” y “funcionarios” del partido una institución feudal, terrible e insoportable para los “espíritus selectos” [...] Y, en efecto, es una “institución” terrible para los que quieren aprovecharse de su título de miembros del partido, pero que se den cuenta de que ese título no corresponde a los intereses del partido y a la voluntad del partido... La conducta de la minoría fue una constante insubordinación a los acuerdos del Congreso, una desorganización del trabajo práctico positivo.” (Pág. 149).

* En un principio parecía que el jefecillo tenía dificultades de tipo personal (familiares), pero después de su trabajo fraccionario (reuniones individuales, llamadas telefónicas, zancadillas al trabajo del CC, etc.) se fue viendo claramente que su problema era de tipo ideológico: no le interesaba seguir la línea del CC. Se iba quedando sin argumentos, su peso político se iba diluyendo en el CC, que le cercaba desde la vigilancia revolucionaria (le “oprimía”, decía este “espíritu selecto”), es decir, quería el título de miembro del CC y ser el gran jefecillo a toda costa, mentir, hacer trabajo destructivo, insultar etc. Como diría Lenin, esa insubordinación perjudica al partido.

“Compuesta de oportunistas y gentes que odiaban a Iskra, la minoría destrozaba el partido, estropeaba, desorganizaba el trabajo, buscando venganza por la derrota sufrida en el Congreso y comprendiendo que, por medios honrados y leales (explicando las cosas en la prensa o en el Congreso), no lograría nunca refutar la acusación de oportunismo e inconsecuencia propia de intelectuales de que había sido objeto el II Congreso. Comprendiendo su impotencia para convencer al partido, actuaban desorganizando al partido y entorpeciendo todo el trabajo.” (Pág.149).

* Como por medios legales tenía, esta minoría, perdida la batalla, quiso destruir el partido, como ya hemos dicho e insistimos, haciendo un trabajo destructivo, engañando a parte de la militancia, con las llamadas telefónicas entre otras cosas. Como con los argumentos ideológicos acusándonos de izquierdistas, no podía ser, empezaron con descalificaciones de tipo personal, que si los miembros del CC se creían más que nadie, que eran unos intelectuales etc., sólo les faltó decir que se creían dioses. Echando la zancadilla para que la Nueva Orientación no saliese adelante.

“No someterse a la dirección de los organismos centrales equivale a negarse a seguir en el Partido, equivale a deshacer el Partido, no es una medida de persuasión, sino destrucción. Y precisamente esta sustitución de la persuasión con la destrucción demuestra falta de firmeza de principios, falta de fe en las ideas propias.” (Pág. 156).

* Después de muchos fracasos de lucha entre las masas, y tras renegar de la línea del PCR, se han quedado sin rumbo, están a la deriva, no son capaces de defender honradamente sus principios, por lo tanto su trabajo es intentar destruir al Partido, como lo hacen los revisionistas. Saben que ideológicamente tienen la batalla perdida y sólo les interesa hacer daño, y así convertirse en una organización más al servicio de la burguesía.

“Su propensión a la sicología de intelectual burgués, dispuesto tan sólo a ‘reconocer platónicamente las relaciones de organización’; la facilidad con que se entregan a elucubraciones oportunistas y a frases anárquicas; su tendencia al autonomismo en contra del centralismo.” (Pág.5).

* Su forma de actuar es la del típico intelectual que suelta el discurso a sus seguidores, pero sin opción al debate, poniendo a la asamblea como el órgano más alto, liquidando el Centralismo como forma imprescindible de la organización proletaria: sin discusión de documentos, solamente adoctrinamiento ideológico por parte del líder, y luego vuelta a casa.

“[...] entonces sólo abogaban contra el ‘monstruoso centralismo’ aquellos a quienes no convenía.” (Pág.48).

* Como por lo legal y dentro del Centralismo Democrático, la línea revisionista y minoritaria tenían la batalla perdida, decidieron romper con el Centralismo haciendo un trabajo fraccionario de zapa, al margen del resto del partido, de su organización, pues sólo les interesa la clásica asamblea en la que uno dirige y nadie más piensa.

“Ahora somos un Partido organizado, y esto entraña la creación de un poder, la transformación del prestigio de las ideas en el prestigio del poder, la

sumisión de los organismos inferiores a los organismos superiores del partido.” (Pág. 159).

* Quisieron desacreditar al CC, por todos los medios para que no tuviese potestad para con las organizaciones inferiores, y así dar el golpe de mano, como ocurrió en diciembre de 2004. No acataron ni las decisiones del CC, ni de la 6ª Conferencia, cuando pudieron expresar su punto de vista. ¿Por qué callaron? ¿Por qué actuaron durante un año obstaculizando la labor del partido? Un punto más del Centralismo Democrático que se pasaron por encima.

“Y si hay en las frases sobre burocratismo algún principio, si no son una negación anarquista de la obligación de la parte a someterse al todo, estamos ante el principio del oportunismo, que quiere disminuir la responsabilidad de ciertos intelectuales ante el Partido del Proletariado, debilitar la influencia de los organismos centrales, reforzar la autonomía de los elementos menos firmes del Partido y reducir las relaciones de organización a su reconocimiento meramente platónico, de palabra.” (Pág. 159).

* Negando que una parte se someta al todo, es decir, la minoría a la mayoría, están rompiendo con el Centralismo Democrático, y, por lo tanto, revisando el Marxismo-Leninismo, es decir, se van convirtiendo en revisionistas y así ellos mismos se van situando fuera del Partido. Pero no les basta con esto, prefieren seguir dentro haciendo a hurtadillas un trabajo fraccionario, y así intentar liquidar a la organización. Por lo tanto, vemos que también son liquidacionistas, lo cual va paralelo con el revisionismo, son inseparables.

“El acuerdo de la Liga que rechazaba la resolución sobre la necesidad de someter sus Estatutos a la aprobación del CC era, como señaló en el acto toda la mayoría del Congreso del partido, ‘una flagrante violación de los Estatutos del Partido’, era un acto de puro anarquismo [...]. La negativa de la Liga a aceptar la resolución sobre la declaración del Comité Central que consideraba necesario modificar los Estatutos tuvo como consecuencia inevitable que se declarara ilegítima una reunión de una organización del Partido, y, al mismo tiempo, no someterse al organismo central de éste. Los adeptos de la mayoría abandonaron esta pretendida reunión de Partido para no participar en una indigna comedia.” (Pág. 160).

* También todo esto ha sido una indigna comedia por parte de esta minoría, con sus reuniones aparte del Partido con ciertos militantes, con sus llamadas telefónicas, con las zancadillas al trabajo y a la organización, con sus insultos personales, y como colofón de su hazaña sustituyendo el Centralismo Democrático por un sistema asambleario, típico de cualquier partido pequeño burgués.